

WARI

PRECURSORES DE LOS IMPERIOS ANDINOS



JOSÉ OCHATOMA PARAVICINO
MARTHA CABRERA ROMERO



FONDO
EDITORIAL

UNIVERSIDAD
NACIONAL DE HUAMANGA

WARI

PRECURSORES DE LOS IMPERIOS ANDINOS

WARI

PRECURSORES DE LOS IMPERIOS ANDINOS

JOSÉ OCHATOMA PARAVICINO
MARTHA CABRERA ROMERO



FONDO
EDITORIAL
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE SAN CRISTÓBAL
DE HUAMANGA

José Ochatoma Paravicino / Martha Cabrera Romero (2023).

Wari: Precursores de los imperios andinos. Fondo Editorial de la UNSCH.

200 páginas, 135 imágenes, 07 planos, 02 mapas y 16 dibujos.

© Fondo Editorial de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga (UNSCH). Portal Independencia N° 57, Ayacucho, Perú
(Código postal 05000) Telfs. (0051) 066-312230 / 066-312510

Rector de la UNSCH : Antonio Jerí Chávez
Vicerrectora Académico : Herlinda Calderón González
Vicerrector de Investigación : Juan Ranulfo Caveró Carrasco
Dir. de Innov. y Transf. Tecnológica : María Flores Gutiérrez
Dir. de la Unidad de Fondo Editorial : Jaime Alberto Gutiérrez Sosa

Diseño de carátula : José Ochatoma Paravicino
Dibujo de Portada : Ciro Tello Roca - Wari rindiendo culto a los apus
Dibujos de interiores : José Antonio Ochatoma Cabrera, Ciro Tello Roca,
Christian Vargas Arango, Braulio Huamán Gutiérrez
Fotografías : Martha Cabrera Romero / José Ochatoma Paravicino
Cuidado de edición : E. Hugo Cano Pérez
Corrección : Roly Najarro
Diagramación : pres.

Edición digital, Diseño, Impresión y Acabados por:

Producciones estratégicas - pres

de Edgar Hugo Cano Pérez

Urb. María Parado de Bellido Mz. K - 13

☎ 066-780869 / 966-181955 - AYACUCHO

Primera edición impresa: noviembre de 2023.

Tiraje: 1,000 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2023-11642

ISBN: 978-612-4231-31-5

Impreso en Perú - *Printed in Peru*

Este libro es producto de investigación y fue sometido a dictámenes de evaluadores externos conforme a los criterios académicos del Vicerrectorado de Investigación de la UNSCH.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin permiso expreso del Fondo Editorial y/o autores.

DEDICATORIA

IN MEMORIAM

Al Dr. Luis Guillermo Lumbreras Salcedo,
ilustre académico y extraordinario ser humano,
quien trascendió a otra dimensión y desde allí
nos guía como un faro en el conocimiento del antiguo Perú.

A nuestros queridos padres:
Félix Ochatoma Vilcatoma y Víctor Cabrera Quispe,
los llevaremos siempre con nosotros por ser cada día
nuestros modelos a seguir, nuestra fuerza y luz de nuestras vidas.
A mamita Carmen por su infinita ternura y cariño;
a mamita Dionisia por su fortaleza y amor.

ÍNDICE

Presentación	11
Territorio de los Andes	15
Ubicación y entorno medioambiental	16
Referencias históricas	22
Los huarpas y la secuencia ocupacional en Wari	28
Expansión territorial	40
El militarismo wari	44
La metrópoli urbana de Wari	49
Sectorización de la ciudad	55
Los palacios en la ciudad de Wari	55
Los templos ceremoniales en “D” en la urbe metropolitana	59
El templo de Vegachayuq Moqo	63
El templo en “D” asociado a lanzas de chonta	74
Recinto en “D” - Oráculo privado con pintura mural y escalinatas	83
El sector de Capillapata	87
Recinto en “D” contexto de plumadas	89
Espacio ceremonial en “D” asociado a cerámica Cajamarca	97
Espacio ceremonial en “D” - Asta de cérvidos	101
El sector de Ocopa – Templo en “D”	107

La arquitectura funeraria y el culto a los ancestros	112
Las cámaras funerarias de Cheqo Wasi	113
Las cámaras funerarias de Chupapata	117
Los mausoleos del sector de Monqachayuq	121
Mausoleo con pasajes subterráneos	124
El mausoleo inconcluso	127
El mausoleo real	130
Galerías funerarias subterráneas	138
Los depósitos rituales	146
La religión y las deidades	155
Los depósitos o almacenes	159
La astronomía	163
Manejo y gestión del agua	167
Las unidades habitacionales	172
El sector de cerro San Cristóbal	173
El sector de Chupapata	178
La caída de Wari	184
Ocupación poswari	186
Referencias bibliográficas	195

PRESENTACIÓN

Los Andes centrales son uno de los cuatro lugares en el mundo donde surgieron civilizaciones independientes. Las sociedades complejas que se desarrollaron allí son únicas y excepcionales. Entre ellas se encuentran los waris, quienes crearon una sociedad compleja sin precedentes. Desde su sede en la sierra centro-sur peruano, gobernaron gran parte del territorio actual del Perú. Esta forma de gobierno fue completamente nueva en la región y se forjó a partir de una tradición histórica que carecía de antecedentes que hubieran inspirado o influido en su aparición. Los waris fueron la primera sociedad andina en desarrollar un sistema de gobierno sin precedentes en términos de magnitud e impacto, convirtiéndose en una de las más complejas e importantes de la arqueología andina.

Ocho siglos antes del advenimiento del Imperio incaico, dos prestigiosos reinos controlaban y dominaban el mundo andino. Al norte, se encontraban los waris, quienes emergían como una de las grandes urbes militarizadas y ciudadinas que tenían su sede en el valle de Ayacucho. Hacia el sur, estaban los tiahuanacos, en las proximidades del lago Titicaca, con un prestigioso centro ceremonial al que acudía en peregrinación un gran número de personas.

El Estado inca duró apenas 100 años, mientras que los waris permanecieron durante un poco más de 400 años, aproximadamente entre los siglos VII al X. Lo mismo ocurrió con tiahuanaco, un reino muy influyente ubicado en la actual Bolivia. Estas dos civilizaciones prepararon el escenario para imperios andinos posteriores. Si bien wari y tiahuanaco son contemporáneos y sus sedes albergaron las primeras sociedades complejas que influyeron de alguna manera en ciertas etapas de su desarrollo; en el fondo, representan fenómenos culturales diferentes.

La etapa histórica al que hacemos referencia es el Horizonte Medio o época del Imperio wari (600-1000 d. C.) de los Andes centrales, ubicado en la parte sur del continente americano. En esta etapa, se desarrolló un Estado caracterizado

por un sistema monolítico, centralizador y conquistador; se expandió por gran parte del territorio de Perú, incorporando bajo su dominio una vasta extensión de tierras.

El resultado fue un imperio que abarcaba casi todo lo que hoy llamamos Perú. Este imperio compartía muchas de las mismas características que el Imperio inca: una gran capital donde se concentraba el poder, como era el caso de Cusco; centros administrativos de diversos tamaños en toda la región; el *wariñan*, una red de caminos similar al sistema vial inca, que conectaba nudos importantes a lo largo del imperio y facilitaba el transporte y la comunicación; un ejército jerarquizado con probables órdenes militares; una religión compleja basada en la deidad de los báculos, patrocinada por el Estado. Al igual que los incas posteriores, el Imperio wari parece haber mantenido talleres textiles y de cerámica controlados por el Estado, utilizado un sistema de registro y contabilidad basado en el uso de quipus. Para lograrlo, crearon símbolos de poder, como templos, palacios y mausoleos, con arquitectura monumental y una extraordinaria variedad de obras de arte.

Este imperio surgió aproximadamente mil años antes que los incas; algunos sostienen que no colapsó de modo definitivo hasta que los incas comenzaron a aparecer en la región del Cusco en los siglos XII y XIV. Ciertos intérpretes creen que es posible que en los siglos XI y XII, los waris trasladaron su gobierno al Cusco después de la caída de su capital, Ayacucho. Si esto fuera cierto, es posible que los primeros y legendarios gobernantes incas, Manco Cápac y Sinchi Roca, hayan presenciado los últimos vestigios de los waris, a quienes los incas pudieron haber considerado sus enemigos tradicionales, conocidos como los chankas. Las crónicas españolas nos cuentan que el Imperio inca comenzó la derrota de los chankas. Por lo tanto, la relación entre los waris y el Imperio inca puede ser una conexión de continuidad más que un mero vínculo de antecedente (Lumbreras, 2013).

Sea este el caso o no, la mayoría de los estudiosos coinciden en que la ciudad de Wari fue el centro de un Estado complejo, cuyos restos aún se están descubriendo y describiendo. Aunque aún falta mucha investigación en la ciudad capital, todos los indicios nos llevan a proponer que la cultural wari es sin duda el antecesor del Tahuantinsuyo, quizás su predecesor inmediato.

Los trabajos recientes, que revelaron descubrimientos novedosos en la ciudad de Wari, han reemplazado diversas interpretaciones o especulaciones que se habían propuesto con relación al primer imperio andino. Esto permite presentar una nueva visión sobre el significado y los alcances de este crucial periodo de la milenaria historia andina. A pesar de reconocer que aún quedan numerosos detalles por resolver y muchas cosas por descubrir, resulta evidente que todavía se requiere un extenso trabajo para obtener una idea precisa sobre la naturaleza de este inmenso sitio.

En todo caso, parece más claro ahora que la presencia de altas élites, cuyas construcciones funerarias de dimensiones considerables implican una inversión

elevada de labores especializadas, complejos rituales concatenados de larga duración, destrucción intencional de bienes de valor y contactos más allá del núcleo; excede bastante lo que se conoce de otros sitios cercanos o alejados. Así, la idea de Wari como capital imperial ganó una importancia considerable, más allá de su tamaño en comparación con otros sitios contemporáneos.

Estos nuevos resultados de las investigaciones nos revelan la valiosa importancia que tuvo la capital del primer imperio andino, desde la ocupación huarpa que abarcó desde el año 200 a. C. hasta 550 d. C., así como desde la llegada de los chankas en el año 1200 d. C. hasta 1400 d. C. Durante ese tiempo, este lugar fue testigo de los diferentes desarrollos que experimentaron sus habitantes, y poco a poco se volvió más planificado en cuanto a su urbanismo. Esperemos que continúen haciendo más investigaciones en la ciudad de Wari, estamos seguros de que seguirá sorprendiendo a Perú y al mundo.

El libro que presentamos surgió de la necesidad y la petición de muchos investigadores, estudiantes y guías de turismo de ofrecer una sistematización de los resultados obtenidos durante la última década de estudios en el Complejo Arqueológico de Wari. Aunque se han divulgado artículos en revistas especializadas y se presentaron diversos eventos académicos, existía la necesidad de proporcionar información de divulgación general respaldada por fotografías para actualizar el conocimiento sobre este primer imperio andino, que sirvió como base para la formación de estados complejos posteriores. Sin esta experiencia previa, la formación del Imperio inca —cuyos orígenes parecen haberse basado en el conocimiento de instituciones políticas y sociales de un imperio anterior, los waris— quizá no hubiera sido posible. Por lo tanto, el título del libro hace referencia a los waris como los precursores de los imperios andinos.

La amplia y novedosa información que presentamos es el resultado de casi una década de investigaciones que comenzó en noviembre de 2011 y se extendió hasta 2022, financiada con los recursos del Fondo de desarrollo Socioeconómico de Camisea (Focam) a través de la Oficina General de Investigación e Innovación Tecnológica. Después, se continuó con el respaldo financiero del Gobierno Regional de Ayacucho mediante la Dirección de Comercio Exterior y Turismo; con el apoyo decisivo del Lic. Juan Carlos Arango Claudio, a quien expresamos nuestro agradecimiento.

Finalmente, a través del proyecto *Investigación y uso social de las áreas ceremoniales en «D» del Complejo Arqueológico de Wari*, aprobado en agosto de 2018, continuamos con las investigaciones, con un aporte financiero significativo de los recursos del Focam. Esto ha hecho posible develar nuevos templos ceremoniales que ahora se presentan junto a otras de manera amplia y sistematizada.

Detrás de los logros obtenidos en el trabajo de campo y gabinete, hay un gran equipo que trabajó armónicamente en diferentes roles que les tocó asumir. Nuestros agradecimientos a las autoridades universitarias, en la persona del Dr.

Antonio Jerí Chávez, rector de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga; al Dr. Juan Ranulfo Cavero Carrasco, vicerrector de Investigación, y al Dr. Homero Ango Aguilar, exrector, por su comprensión y apoyo en la importancia del proyecto de investigación en el Complejo Arqueológico de Wari, así como sus inestimables contribuciones en el inicio y la ejecución del proyecto. También debemos agradecer a la Mag. Elisa García Bautista, directora del Instituto de Investigación, por su meritorio apoyo en los trámites administrativos.

Nuestros reconocimientos a los colegas arqueólogos: María Trinidad Cahuana Cisneros, Julio Palomino Callirgos, Nils Sulca Huarcaya, Walter López Córdova e Iván Miranda Vega, por su apoyo como arqueólogos responsables en las diferentes áreas intervenidas. La presencia de bachilleres y egresados de la especialidad de Arqueología de la Escuela profesional de Arqueología e Historia ha sido vital, ya que no solo participaron en la escuela de campo, sino que también permitieron la realización de trabajos de informes de prácticas preprofesionales y trabajos de investigación conducentes a la licenciatura.

Debemos nuestro agradecimiento y gratitud a Fredy Yaranga Loayza, Jesús Ccollana Pariona, Carlina Macizo Cervantes, Sesia Romero Centeno, Karin Flores Rodríguez, Javier Canchari Carrasco, Christian Vargas Arango, Melissa Ñacari Herreras, Juan Víctor Barrial Quispe, Edwin Ramos Cupe, Rolando Alcarraz Quispe, Nidia Lloccla Pillaca, Yasury Navarro Venegas, Martín López Ochatoma, Yovit Fernández Zea, Feliciano Soto Yupanqui, Héctor Carhuas Tenorio, Edgar López Ochatoma, Rudy Huillca Jaime, David Mendoza Babilón, Diana Hinostroza Méndez, Jazmín Gallo Durand, Ciro Tello Roca, Lucero Luján Medina, Marleny Espinoza Chávez, Walof Sánchez Anaya, Marixa Ccasani Bellido, Yeny Ayala Hinostroza, Orlando Palomino Badajoz, Lisbeth Canales León, Luis Vargas Marcaquispe, Gary Vergara Vergara, Charmely Manrique Cóndor, Jordan Lahuana Tipe, Fermín Roca Medina y Claudiano Sauñe López. A ellos, nuestro infinito reconocimiento por su responsabilidad, dedicación y entusiasmo durante las diferentes temporadas del trabajo de campo y gabinete. Sin ellos, no hubiera sido posible lograr los objetivos propuestos.

Finalmente, nuestra gratitud y agradecimiento a Braulio Huamán Gutiérrez y Ciro Tello Roca, por las excelentes ilustraciones realizadas; a José Antonio Ochatoma Cabrera, por su invaluable ayuda con los vuelos no tripulados y la elaboración de mapas y planos; a Faustino Quispe Solórzano y Lorenzo Quicaño Huarcaya, por sus habilidosas manos que conservaron y pusieron en valor una pequeña parte de la antigua ciudad de Wari, que hoy los visitantes pueden apreciar.

Los autores

WARI: PRECURSORES DE LOS IMPERIOS ANDINOS

Territorio de los Andes

Los Andes centrales son el territorio donde se alcanzaron los niveles más complejos de desarrollo económico y social. En esta región se formó una sociedad urbana organizada en Estados de diversos tamaños, con estructuras similares a las que se reconocen como «civilizaciones prístinas» en el Medio Oriente, China o Mesoamérica. Esta área estaba cruzada por una vasta red de caminos y se convirtió en el centro de imperios y reinos; como ocurrió con los incas, a quienes los españoles encontraron al llegar a los Andes en el siglo XVI.

El área andina abarca un extenso territorio que comprende varios países de América del Sur, atravesados por la cadena montañosa de los Andes, que se conecta con el Océano Pacífico y se extiende a lo largo de las estribaciones occidentales en casi toda su longitud. De esta manera, los Andes incluyen a Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y la región occidental de Argentina.

Los Andes son una cadena montañosa con una dirección irregular de norte a sur, que nace en el océano Pacífico y gana altura a medida que avanza hacia el sur. Esto da lugar a que las montañas del centro de Perú, Bolivia y el norte de Chile abarquen cientos de kilómetros de ancho, con picos que superan los 6000 metros sobre el nivel del mar (m s. n. m.). Esta elevada altitud sobre el nivel del mar, así como la latitud, generó marcadas diferencias climáticas y configuró diversos pisos altitudinales; por consiguiente, existen características propias de zonas polares en las alturas más elevadas hasta bosques tropicales cálidos en las zonas más bajas.

Los Andes centrales constituyen la región con los niveles más complejos de desarrollo económico y social. En esta zona se formó una sociedad urbana organizada en Estados de diferentes tamaños, con rasgos semejantes a las que se reconocen como «civilizaciones prístinas» en el Medio Oriente, China o Mesoamérica.

Ubicación y entorno medioambiental

El área de estudio se ubica en una región del territorio peruano conocida como los Andes, cuya configuración fue moldeada por la cordillera de los Andes que atraviesa el país de norte a sur. Su abrupta topografía, distinguida por valles profundos y vertientes escarpadas, dio lugar a una rica ecología por la diversidad de nichos ecológicos, presentes en varios niveles altitudinales.

Enclavado al este de la cordillera occidental de los Andes, en la sierra centro-sur del Perú, se encuentra el valle de Ayacucho, que forma parte de la demarcación política actual del departamento de Ayacucho y, más concretamente, de la provincia de Huamanga. La capital del Imperio wari se sitúa a 25 kilómetros al noreste de la ciudad de Ayacucho, en una meseta de superficie irregular, delimitada por las quebradas de Pacaycasa y Tarahuayqo. La zona urbana podría cubrir de 1200 a 1500 hectáreas, pero cuenta con un núcleo arquitectónico de 260 a 500 hectáreas.

El medio geográfico que rodea el sitio arqueológico se caracteriza por una formación volcánica que tiene su origen en el Terciario y Cuaternario, la cual produjo diversos espacios geográficos, como el valle de Huamanga. En este valle, se encuentran quebradas secas de corte transversal en forma de una «V», que tienen su origen a una altitud aproximada de 3500 m s. n. m., en las alturas de Quinua. Estas cañadas descienden cortando el antiguo fondo lacustre integrado por la zona de Pacaycasa, en las inmediaciones de Wari.

La actual configuración del territorio que alberga al Complejo Arqueológico de Wari está vinculada con los procesos tectónicos, que ocurrieron al final del periodo Terciario y al principio del Cuaternario. En concreto, esto se relaciona con la llamada «formación Ayacucho», que corresponde a la segunda unidad litológica de origen lacustre, que dividió en tres miembros que afloran entre Ayacucho y Quinua. Fue justo en el Cuaternario cuando se produjeron los depósitos recientes de tipo coluvial y aluvial, representados por capas de conglomerados de considerable espesor. Estos depósitos se formaron, en parte, a través de la acumulación de materiales arrastrados por corrientes pluviales en una época de intensas precipitaciones, que debió caracterizar esta zona durante el Pleistoceno.

En términos generales, el sitio se encuentra a altitudes que oscilan entre los 2500 a 3000 m s. n. m., que lo sitúa en la zona quechua o en la estepa espinosa montano bajo (Mitchel, 1981). Como resultado, el clima es cálido y seco, con una intensa radiación solar y precipitaciones regulares entre los meses de noviembre y marzo. Las variaciones térmicas entre verano y invierno, así como entre el día y la noche, no son tan pronunciadas como en otros pisos ecológicos ubicados a mayor altura.

La estación de lluvias se manifiesta con tormentas, truenos y relámpagos que suelen comenzar en octubre o noviembre, alcanzando su punto máximo en enero y febrero; prolongándose hasta marzo o abril. La estación seca se inicia en abril y se extiende hasta agosto. Durante junio y julio, las temperaturas descienden, generando condiciones frías que a veces ocasionan heladas nocturnas. La temperatura



La cordillera de los andes y la ubicación de Wari en el territorio del Perú y en Ayacucho

experimenta un aumento gradual en agosto, convirtiendo la estación en la más calurosa. Una de las dificultades que el sitio enfrenta, como parte de las variaciones climáticas a lo largo del tiempo, es la aridez del suelo debido a la escasa disponibilidad de agua.

Afrontar la vida en esta zona debió ser una tarea ardua. La naturaleza misma no es pródiga en recursos cultivables por la escasez de agua, además de contar con un terreno montañoso y accidentado que incluye valles estrechos. La topografía abrupta, con pequeñas áreas de terreno plano y diferentes grados de erosión, hace que los suelos no sean óptimos para la agricultura intensiva, limitándose a cultivos de secano. Gran parte del territorio se asemeja a un desierto, habitado por plantas espinosas que requieren poca humedad. Los terrenos de secano dependen de las lluvias que se producen durante tres meses al año; mientras que, en los otros nueve meses, la sequía es tan intensa que los escasos recursos hídricos tienden a agotarse y la tierra a volverse infértil. Para la agricultura, se necesitaban prácticas de riego un tanto complejas y un control preciso de los patrones de lluvia y sequía.

A pesar de estas condiciones adversas, los escasos terrenos disponibles se utilizaron de manera óptima en la etapa conocida como Desarrollos Regionales (100-550 d. C.). En este periodo, floreció una cultura local denominada huarpa, que logró adaptarse del todo al entorno. No solo aprovecharon explotar los suelos aptos para el cultivo, sino que también ampliaron su frontera agrícola mediante la

construcción de terrazas en las pendientes de quebradas y colinas; convirtiéndolas así en áreas de cultivo y evitando la erosión del terreno.

El régimen agrícola de la cuenca de Ayacucho depende en gran medida de las lluvias de verano, pues las otras dos estaciones tienden a ser muy secas. El invierno, que inicia a mediados de abril y termina en agosto, es sumamente frío y seco, con su periodo de mayor sequedad entre mayo y junio. Esta época también es propicia para el desarrollo de actividades artesanales, como la alfarería. En términos generales, la explotación de los suelos agrícolas no favorece más de una cosecha, pero en condiciones especiales —en terrenos irrigados y en los valles— es posible tener hasta dos ciclos de producción. Aunque la agricultura tenía la capacidad de proporcionar alimentos a la población, no podía asegurar el sustento de una población urbana bastante numerosa; por lo tanto, debieron buscar estos recursos fuera de su ámbito local.

La vegetación natural, si bien en la actualidad ha sido alterada y reducida, muestra una mayor densidad de plantas arbustivas y subarbustivas, destacando variedades espinosas de tallos bajos y cactáceas. Entre las especies arbustivas, es común encontrar el molle (*Shimus molle*), la tara (*Caesalpinia Spinoza*), el abrancay (*Condalia weberbaueri*), la retama (*Spartium junceum*), el tankar kichka (*Duranta dombeyana*) el lambras o aliso (*Alnus furillensis*), entre otras. Muchas de estas se utilizan en la actualidad para obtener tintes a partir de tallos, hojas o frutos, y se emplean en el teñido de lana o algodón; además, se usan con fines medicinales. De todas estas plantas, el molle destaca por su utilidad y cierta abundancia, ya que sus frutos se emplean en la preparación de la chicha.

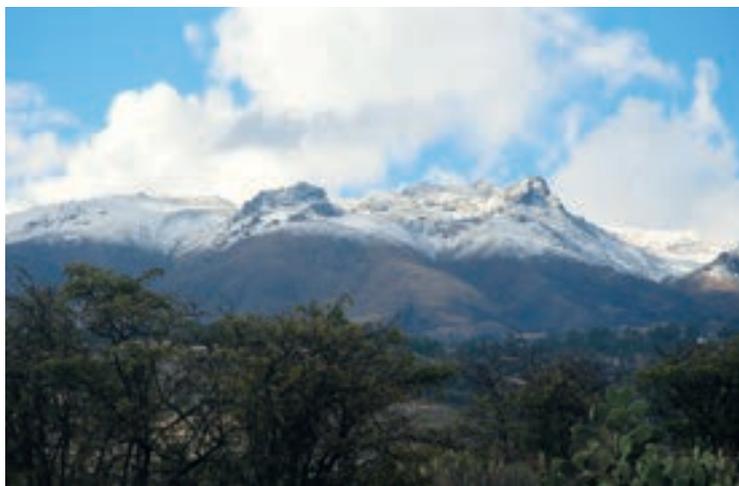
En la accidentada planicie que alberga los vestigios arqueológicos, se destaca otro tipo de vegetación, que incluye la tuna (*Opuntia ficus-indica*), el gigantón o sankay (*Trichocereus peruvianus*), la cabuya o maguey (*Agave americana*), y el pusuquy kichka (*Opuntia tunicata*). Entre estas plantas, la tuna y la cabuya desempeñaron un papel fundamental en la alimentación, la obtención de tintes a partir de la cochinilla, y la utilización de sus fibras y maderas ligeras para la construcción de los dinteles y techos.

Vale la pena mencionar el árbol pati (*Carica Augusti*), también conocido como *wira pasñacha*, que forma parte del Complejo Arqueológico de Wari. Se le ha catalogado como una planta ornamental con supuestos efectos alucinógenos y ciertas cualidades medicinales. Aunque su origen sea desconocido, se cree que proviene de la selva o áreas cercanas, como Patibamba, situada en un valle próximo a la ceja de selva, en la provincia de La Mar (Benavides, 1984).

Dentro de la fauna, el grupo más abundante y extendido corresponde a los animales domésticos, representados por los camélidos como la llama (*Lama glama*) y la alpaca (*Lama pacos*), así como por los roedores, como el cuy (*Cavia sp*), cuyos restos abundan debido a su uso y consumo popular. La presencia de extensas áreas de puna que rodean Ayacucho permitió un pastoreo extensivo de estos animales,

que no solo servían como fuente de alimento o materia prima, sino también como animales de carga para el transporte de productos o materias primas. Por esta razón, se comprende que la llama sea el animal más representado en la cerámica wari. Con relación a los cérvidos, su escasa presencia podría indicar una actividad de caza mínima, ya sea para su consumo o con fines rituales.

Pese a la escasez de suelos apropiados para la agricultura intensiva, el valle de Ayacucho brindó acceso a otros recursos que propiciaron el desarrollo de actividades artesanales, como la cerámica. La información arqueológica disponible indica un alto grado de especialización en la tecnología de la producción alfarera. Se sabe que, debido a la formación volcánica de la cuenca de Ayacucho, existe una amplia variedad de arcillas y temperantes que posibilitaron esta distinción alfarera, como una adaptación a un entorno agrícola desafiante; sin embargo, con condiciones ideales para la obtención de la materia prima (Arnold, 1975).



Cerro de Rasuwillka reverenciado como deidad con nevado temporal visto desde el sitio arqueológico de Wari



El árbol del Pati considerado como árbol sagrado de los waris

Cactus de diversos tipos en la superficie del complejo arqueológico de Wari



Tunales y arbustos que abundan en toda la extensión del complejo arqueológico



Muros de recintos cubiertos totalmente por cactus en el complejo arqueológico de Wari

La importancia del paisaje ecológico, que dio forma a las actuales características de la cuenca de Ayacucho, estriba en la presencia de horizontes de sustancias no metálicas aprovechables, como las tobas puzolánicas, la arcilla y los depósitos de diatomita: recursos de alta calidad para la construcción. Vale la pena destacar la puzolana, ya que— además de presentar similitudes con la diatomita— posee propiedades filtrantes, absorbentes y aislantes. En la actualidad, se utiliza en la industria cementera debido a su facilidad de manejo.

Durante la época wari, estos materiales se utilizaron de manera intensiva en la construcción de morteros que sirvieron para levantar las paredes de viviendas, palacios, centros ceremoniales, edificios monumentales y muros perimétricos de gran altura y grosor. También se emplearon en pavimentos, enlucidos e incluso pintura de las paredes, otorgando una sobriedad que podía ser apreciada desde cierta distancia. Además, dada la abundancia de rocas sedimentarias e ígneas en las proximidades, los waris contaron con las condiciones ideales para construir una gran urbe, digna de admiración.

A pesar de su accidentada topografía y territorio agreste, que no propiciaban un ambiente adecuado para el desarrollo de la agricultura intensiva, los waris supieron aprovechar con pragmatismo y sabiduría los recursos que la naturaleza les brindaba. La abundancia de rocas y puzolana en las inmediaciones del lugar permitió la presencia de hábiles talladores de piedras. Estos, en colaboración con arquitectos e ingenieros, construyeron la ciudad con paredes revestidas de barro y pintadas en blanco y rojo.

Por otro lado, la gran variedad de canteras de arcilla impulsó a los artesanos locales a transformar el barro con maestría y destreza, creando una amplia gama de productos de alta calidad tanto para el uso cotidiano como para las ceremonias rituales. La ganadería de camélidos en las zonas altoandinas proporcionó la materia prima necesaria para lograr un alto nivel técnico en la textilería. Todo esto posibilitó un florecimiento del arte en todas sus manifestaciones, logrando avances muy significativos.

Bancos de puzolana en las inmediaciones del complejo arqueológico de Wari



Se sostiene que la producción artesanal a gran escala y el intenso comercio de los productos manufacturados, fueron el pilar de la economía de los waris. Destacaron, entre otras cosas, la producción alfarera y textil por las excelentes condiciones para este tipo de manufactura.

En suma, aunque las condiciones para la agricultura intensiva eran subóptimas debido a la aridez de los suelos y la accidentada topografía, esta región ofrecía un entorno propicio para el fortalecimiento de actividades artesanales a gran escala, que lograron un vasto desarrollo tecnológico en diversas especialidades. Esto incluye la alfarería, la textilería, la talla de piedra en sus disímiles variedades, así como el trabajo con metales, entre otros.

Referencias históricas

Las primeras referencias históricas sobre los waris se encuentran en los escritos por Pedro Cieza de León, un soldado español que emprendió un viaje a pie y a caballo por el vasto y accidentado territorio del Perú, acompañado con tropas españolas que exploraron muchos lugares que —en ese momento— eran colonias españolas. Durante sus viajes, acopió abundante información sobre los habitantes nativos y sus asentamientos, la cual publicó en su obra *Crónica del Perú*.

La fecha más antigua se remonta a los primeros años de la conquista española, concretamente en 1548, cuando visitó una ciudad abandonada y en ruinas que despertó un gran interés en él. Por ende, recogió testimonios de los nativos que vivían en el sitio, quienes le informaron que esta ciudad había sido construida mucho antes de la llegada de los incas.

Pedro Cieza de León (1984) se refirió a este lugar como «Viñaque», siendo la primera referencia. En sus escritos, señaló:

El río más ancho de los que están cerca de Guamanga, actual Ayacucho, se llama Viñaque, hay allí grandes y antiguas construcciones que sin duda han sido maltratadas por la intemperie y están en condiciones ruinosas, debe haber pasado por ellos muchas edades. Preguntando a los indios comarcanos quien hizo aquella antigualla, responden que otras gentes barbadas y blancas como nosotros, los cuales, muchos tiempos antes que los incas, dicen que vinieron a estas partes e hicieron allí sus moradas. (p. 207)

Existen otras referencias muy escuetas, como la de Fray Lizárraga (1595-1607), quien mencionó la presencia de edificaciones antiguas a cuatro leguas de la ciudad de Guamanga, comparándolas con las de Tiahuanaco. Del mismo modo, el padre Bernabé Cobo (1653) hizo alusión a la existencia de edificios en ruinas, sepultados a dos leguas de Huamanga. Por último, el cronista Fernando de Montesinos (1640) sugirió que mucho antes de la formación del Imperio inca, personas procedentes de Tiahuanaco habrían emigrado a Quinua, ubicado a tres leguas de Huamanga, y que esta memoria estaba registrada en una piedra.

Entre 1550 y 1880, este yacimiento pasó prácticamente desapercibido, quedan-

do en el olvido durante más de 300 años. Escritos posteriores de manera ocasional hacen mención de Viñaque, basándose en la información de Cieza de León, ya sea atribuyéndole o no crédito; autores como Luis Carranza, Vásquez de Espinoza, Rivero y Tschudi, Ruiz Fowler, entre otros, aluden a su existencia. Aunque el lugar era visible para los lugareños, durante los siglos XVII y XVIII cayó en el olvido. Sin embargo, no se puede descartar la posibilidad de que existan referencias en documentos eclesiásticos relacionados con la extirpación de idolatrías.

En el siglo XIX, la información sobre wari era muy escasa, ante todo limitada a algunas crónicas de viajeros. Fue en la década de 1930 cuando el tema de los waris volvió a cobrar relevancia, gracias al interés de los intelectuales huamanguinos. Personalidades como Benedicto Flores, Pio Max Medina, Alberto Arca Parró, Manuel Bustamante y Víctor Navarro del Águila mencionaron a los waris y contribuyeron a la recuperación de información histórica relacionada con este antiguo imperio.

A fines del siglo XIX, específicamente a raíz de los estudios realizados por Max Uhle, el sitio Wari comenzó a perder importancia en el contexto de la historia antigua, ya que se priorizó el papel hegemónico de la cultura tiahuanaco. Uhle, a través de sus estudios, reveló la influencia altiplánica en sitios como Pachacámac y otros en la costa peruana. Esto marcó el inicio de la confusión posterior entre los procesos de wari y tiahuanaco, un enredo que aún hoy persiste en las interpretaciones de algunos autores.

Wari no entró en el debate, ni siquiera cuando Tello en 1931 y Rafael Larco Hoyle en 1948, presentaron la idea de que podría ser el centro de un importante proceso de expansión. De hecho, su existencia estaba documentada desde los tiempos en que Cieza de León, quien —sin proponérselo, en su famosa *Crónica del Perú*— estableció un vínculo entre tiahuanaco y wari al mencionar que ambos eran sitios preincaicos, construidos por hombres «barbudos y blancos» en los lejanos tiempos del mito. Sin embargo, el tema solo volvió a cobrar relevancia con las excavaciones de Wendell Clark Bennett en 1950, desencadenando controversias que se extendieron desde 1960 hasta 1980.

Durante los primeros 30 años del siglo XX, el sitio se conocía como una «ciudad perdida»; sin un nombre específico. Fue Alberto Arca Parró en 1923 quien, por primera vez, señaló que las personas conocidas como «wari» o «huari» estaban compuestas en su mayoría por los habitantes de la zona. A partir de ese momento, el sitio comenzó a llamarse Wari, y entre 1929 y 1931, estudiosos como Luis Gamio y Julio C. Tello destacaron la importancia del lugar, respaldándose en descubrimientos significativos de litoesculturas, similares a los encontrados en Tiahuanaco.

En 1933, Manuel Jesús Pozo escribió sobre las tecnologías desarrolladas por los habitantes de esta ciudad, haciendo hincapié en la ingeniería hidráulica, la cerámica y otras industrias manufactureras. A partir de esa fecha, el sitio comenzó a recibir constantes visitas por parte de Benedicto Flores, quien proporcionó descripciones detalladas, siendo considerado como el primer arqueólogo ayacuchano.

En 1931, Julio C. Tello realizó una breve visita a Wari, acompañado por Toribio Mejía Xesspe y la arqueóloga estadounidense Lila O'Neal. Esta inspección fue parte de unas cortas vacaciones en la región de Mantaro y Ayacucho. Durante su estancia, Tello exploró las ruinas de Wari, Choqllurqo y Tantaorqo, marcando el inicio de una nueva fase en investigación arqueológica del sitio.

Tello amplió su descripción de Wari y añadió que el yacimiento más importante de cerámica policromada se encuentra al pie de las ruinas de Wari, en la hondonada llamada Okros, ubicada en la cabecera del arroyo Tarawayqo. En este lugar, se halla una gran cantidad de fragmentos de cerámica, uno de los conjuntos más completos que ilustran el arte wari.

En 1942, Julio C. Tello regresó a Ayacucho y llevó a cabo excavaciones en Conchopata y Wari. Inicialmente, excavó dos pozos que estaban llenos de vasijas muy finas que habían sido destruidas de manera intencional y enterradas como ofrendas. Estas vasijas eran urnas de gran tamaño y estaban decoradas con motivos relacionados con la deidad representada en la Puerta del Sol de Tiahuanaco. Esta deidad mostraba una figura antropomorfa vista de frente, sosteniendo dos palos con los brazos extendidos. Acompañando a esta efigie, había probables «guardianes» representados de perfil, en actitud de correr o arrodillarse, con máscaras de halcón o rostros humanos. Dichos hallazgos ratificaron la conexión entre wari y tiahuanaco que se sospechaba desde hace tiempo, confirmando las expectativas previas sobre esta afiliación.

En Wari, luego de un reconocimiento y recolección de materiales superficiales, Julio C. Tello realizó excavaciones en el sector conocido hoy como Cheqo Wasi, antes llamado Wari Wakaurara. Allí descubrió cámaras megalíticas construidas con grandes lajas de piedra labrada que él denominó mausoleos. Si bien no informó los resultados en su momento, sus apuntes y notas de campo fueron publicados, hace poco, por el Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad Mayor de San Marcos. Los asistentes de Tello proporcionan abundante y detallada información de sus actividades y hallazgos.

Rafael Larco Hoyle (1948) cuestionó la «filiación» tiwanakense basándose en datos cerámicos que había revisado en sitios de Ayacucho, Chinchero y Huanta. Señaló que estos artefactos resultaron de un proceso propio de la región, con Wari como su centro principal. En lugar de atribuir la extensión del territorio a una influencia, Larco destacó la posibilidad de que se debiera a una conquista, enfatizando así la distancia filial de wari respecto a tiahuanaco.

Hacia el año 1953, Wendell Bennett publicó un informe sobre sus trabajos en Wari, que se llevaron a cabo en 1950. En este informe, describió la excavación de 15 pozos, cada uno con una superficie de 4 a 12 metros cuadrados (m²), a partir de los cuales propuso la existencia de dos periodos constructivos. El primero estaría conexo con las piedras talladas y las esculturas, que guardaban relación con el de Tiahuanaco en Bolivia. El segundo periodo se asociaría con las construcciones rús-

ticas de piedra que pertenecían a etapas posteriores. El aporte de Bennett (1953) incluyó la creación del primer plano general del complejo, donde ubicó las áreas de trabajo.

Asimismo, Wendell Bennett proporcionó descripciones de varios sectores en Wari. En el sector Canterón, señaló la presencia de dos grandes montículos artificiales, en cuyo núcleo hay una habitación alargada que funcionaba a modo de un patio subterráneo. También hizo referencia al edificio de Capillapata, que desde el norte o el este tiene la apariencia de un gran castillo. Los muros de Capillapata se construyeron con piedras de campo, unidas con barro en secciones verticales. Uno de los lados de esta sección, conocido como «El Palomar», presenta numerosos nichos cuadrados. En Sullu Cruz, Bennett mencionó la presencia de un túmulo circular de 7 metros de diámetro y tenía 2.50 metros de altura. Este túmulo se construyó con cuatro terrazas concéntricas, cada una con 1 metro de ancho.

Gracias a los fechados y la cronología establecida, sabemos que el inicio de la expansión de la cultura wari se sitúa en el siglo V de nuestra era, casi 1000 años antes de la llegada de los españoles, y concluye al comenzar la historia de los incas en Cusco. En el caso de wari, la sombra de la famosa civilización de tiahuanaco desempeñó un papel significativo. Hasta la década de los sesenta, todos los vestigios que ahora identificamos con el nombre de wari se consideraban parte de la civilización de tiahuanaco, incluyendo la cerámica, los textiles y, por supuesto, los monumentos de piedra. El Dr. Max Uhle y algunos de sus seguidores creían que chavín también era una variante norteña de tiahuanaco. Sin embargo, estas percepciones han evolucionado con el tiempo.

Fue John H. Rowe (1959) quien, a partir de su trabajo en Ica, propuso una secuencia cronológica «maestra» muy completa, utilizando la categoría de «Horizonte». Esta categoría se basaba en la identificación del predominio de rasgos específicos a los que les asignaba un valor de temporalidad relativa. Gracias a esta propuesta, el debate sobre wari-tiahuanaco se enmarcó en un periodo llamado Horizonte Medio.

Dorothy Menzel (1968), alumna de Rowe, asumió la responsabilidad de estudiar el Horizonte Medio y lo dividió en cuatro fases, cada una segmentada en subfases. La primera fase correspondía al impacto tiahuanaco y se subdividió arbitrariamente en dos periodos. HM1A representaba lo que sería el primer impacto de tiahuanaco sobre Ayacucho. El siguiente periodo, denominado HM1B, marcaba el inicio de la expansión y aún mantenía la influencia de tiahuanaco, pero también se caracterizaba por la creación de estilos propios con un fuerte impacto nasquense. La segunda fase de wari correspondió al tiahuanaco costero y también se dividió en dos periodos, relacionados con el auge de Pachacámac y el posterior colapso del Imperio wari.

Las propuestas de Menzel desempeñaron y siguen teniendo un rol importante en la historia de la cultura wari. Dado que fueron formuladas en una época con

información limitada, hay aspectos que requieren una revisión más detallada. Uno de ellos es el papel asignado a Pachacámac, que siempre se interpretó con errores como un productor y reproductor de una versión «costeña» del Horizonte Medio, diferente a wari. Esta interpretación debe ser reexaminada a la luz de lo que ocurrió con este santuario en el Imperio inca, donde cumplió un papel que —de alguna manera— duplica su función en la época wari.

A partir de 1957, Luis G. Lumbreras mostró un interés especial en conocer el fenómeno wari. Aprovechando el material excavado por Tello, realizó un análisis crítico de los trabajos anteriores y desarrolló una propuesta teórica que lo llevó a proponer que wari tenía un carácter imperial, cuyos orígenes estaban vinculados con las influencias de tiahuanaco y nazca.

Con la reapertura de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga (UNSCH) en 1960, se reavivó el interés por los estudios arqueológicos en la región. Hacia finales de la década de 1960, específicamente en 1969, se puso en marcha en Ayacucho uno de los proyectos más ambiciosos en arqueología andina, bajo la dirección de Richard S. MacNeish. Como parte de este proyecto, Gary Vescelius llevó a cabo excavaciones en Uchpaqoto y Lumbreras, en el sitio de Conchopata, ampliando las investigaciones realizadas en 1961 y 1964, así como en Tunasniyoq. Ambas zonas pertenecían al periodo wari, pero el interés se centró en los asentamientos anteriores a la época wari, con la intención de descubrir los antecedentes del proceso urbano.

En 1977, el Instituto Nacional de Cultura de Ayacucho encargó a Abelardo Sandoval y Francisco Solano la tarea de hacer trabajos de rehabilitación y limpieza en el sector de Monqachayuq, con fines turísticos. Durante estas labores, descubrieron galerías funerarias subterráneas repletas de restos óseos humanos. Ahora sabemos que estos correspondían a reentierros posteriores realizados durante el Intermedio Temprano. En otras palabras, no pertenecían a la época wari, sino que se reutilizaron después de casi dos siglos de abandono.

El mismo año, Mario Benavides Calle, de la UNSCH, realizó excavaciones en Cheqo Wasi. Estas fueron hechas en el marco de las celebraciones por los 300 años de fundación de dicha institución educativa superior. El área de Cheqo Wasi había sido excavada por Tello en 1942. Benavides develó varias cámaras funerarias que constaban de dos a tres pisos, ensamblados con piedras labradas. Estas cámaras estaban rodeadas de estructuras arquitectónicas de mampostería ordinaria. Benavides atribuyó a este sitio la función de ser un lugar de entierros de la élite gobernante, vinculado a un culto desarrollado en honor a sus ancestros. Por desgracia, se confirmó que todas las tumbas habían sido saqueadas durante el proceso de abandono.

Paralelo a los trabajos desarrollados en 1977, el arqueólogo norteamericano William Isbell de la Universidad de Binghamton, inició sus trabajos en Wari con una intensa exploración del sitio, con excavaciones que se prolongaron hasta la década de 1980. Como parte del *Proyecto Prehistoria Urbana de Huari*, hizo exca-

vaciones en el sector de Moraduchayúq, donde descubrió una superposición de edificaciones. En la parte inferior de estas, se encontraron construcciones de piedra labrada a las que atribuyó una probable influencia de tiahuanaco. Isabell también informó sobre el develamiento de varias posibles unidades habitacionales de dos y tres pisos, que descubrió como lugares destinados al descanso y alojamiento temporal de funcionarios que visitaban a la metrópoli para rendir cuentas de sus actos administrativos y funciones encomendadas a los gobernantes.

En 1982, Enrique González y Enrique Bragayrac, como parte de un proyecto de investigación y puesta en valor, realizaron excavaciones en el sector de Vegachayúq Moqo. Durante estas excavaciones, descubrieron un área ceremonial al que llamaron «Templo Mayor». Este templo constaba de tres plataformas con cuartos adosados y una estructura en forma de una «D» en la parte baja, la cual estaba asociada a un patio. El lugar se rodeó por una gran muralla y tenía muros adosados que formaban recintos rectangulares. En el interior de estos recintos se encontraron entierros dentro de nichos, que se atribuyeron a una especie de monjes que habrían cuidado del templo. Debido a sus características, este sitio se definió como un área ceremonial.

Luego, hacia el año 1997, Ismael Pérez, como parte del programa de restauración y protección de los sectores expuestos al turismo, hizo trabajos de limpieza que lo condujeron al descubrimiento de una probable tumba real con una planta subterránea en forma de llama. Esta tumba habría albergado a un gobernante wari en algún momento de la historia. A pesar de que la tumba había sido saqueada por completo, se trataba de un buen ejemplo de arquitectura monumental funeraria, construida con piedras labradas. Estas piedras se utilizaron para crear pequeñas celdas o cámaras subterráneas de forma rectangular y circular, que tenían hasta cuatro niveles y estaban interconectadas por pasadizos angostos. Resaltaba una estructura cilíndrica con más de 5 metros de profundidad que presentaba piedras salientes en su interior, a través de la cual se accedía al fondo de la tumba. Dadas sus características, es probable que esta haya sido una de las tumbas más importantes pertenecientes a uno de los principales gobernantes, aunque por desgracia ya había sido saqueada.

Desde 2012 hasta 2019, José Ochatoma y Martha Cabrera de la UNSCH realizaron una larga campaña de excavaciones arqueológicas en el Complejo Arqueológico de Wari; específicamente, en los sectores de Vegachayúq Moqo, Monqachayúq, cerro San Cristóbal, Chupapata, Capillapata y Ocopa.

Los resultados obtenidos son novedosos y cada vez más sorprendentes en cuanto a los secretos de cómo surgió y colapsó este gran Estado imperial, que se desarrolló en Ayacucho. Producto de los trabajos se reveló una novedosa fuente de información contenida en los restos de arquitectura megalítica, con piedras talladas de diferentes formas, que corresponden a edificios de carácter ritual y funerario. Asimismo, se develó unidades domésticas, talleres y seis templos en forma de una

«D» con los que se ha enriquecido y se han formulado nuevas propuestas acerca de la metrópoli, capital de los waris.

En la actualidad, podría decirse que hay un incremento notable de información sobre la presencia de wari en muchas regiones del Perú. Nadie duda, ahora, de que estamos ante un imperio de gran magnitud.

Los huarpas y la secuencia ocupacional en Wari

Se atribuye a la cultura regional huarpa (100-550 d. C.) el papel de ser el elemento sintetizador y la base social que contribuyó a la formación económica y política de la cultura wari. Según Luis Lumbreras, el surgimiento de wari se produjo como resultado de la interacción de los huarpas con dos sociedades externas muy marcadas: la cultura nazca, procedente de la costa peruana, y tiahuanaco, del Altiplano, en los alrededores del lago Titicaca.

La sociedad nazca, que se asentó en una zona desértica del actual departamento de Ica, demostró un amplio dominio de las técnicas agrícolas al construir acueductos subterráneos y reservorios. Además, se dedicaron a la pesca, lo que evidenció su fuerte vínculo con el mar. En actividades como la cerámica y la textilera, alcanzaron una alta perfección tanto en términos de belleza como de tecnología.

Los huarpas y nazcas establecieron vínculos estrechos desde el periodo Formativo Superior, representado por la cultura paracas. Hubo un fuerte proceso de interacción con la costa sur del Perú, concretamente en la zona de la cuenca del río Grande. Estos vínculos se mantuvieron hasta la época wari, adquiriendo importancia estratégica no solo en términos de ideología, sino también en los ámbitos económico y político.

Por otro lado, la cultura tiahuanaco, originaria del Altiplano, se basaba sobre todo en la agricultura y ganadería de altura. Desarrolló artesanías de alta calidad en trabajos de piedra, joyería, cerámica, textilera y metalurgia. Además, creó una variada infraestructura que incluía un prestigioso centro ceremonial dedicado al culto del Dios de los Báculos, representado en el tallado de la Portada del Sol. Este centro atraía a un gran número de peregrinos.

La intensa influencia que los huarpas recibieron de los nazcas y los tiahuanacos, determinó cambios progresivos hacia nuevas formas de organización y más complejas, lo que al fin condujo al surgimiento del Imperio wari. Dorothy Menzel (1968) desarrolló una secuencia cerámica del Horizonte Medio basada en la distinción de los estilos alfareros procedentes de Ayacucho, el valle de Nazca y la costa central. Su trabajo dio como resultado la propuesta de una cronología relativa para el Horizonte Medio, que mantuvo como punto de partida durante mucho tiempo para las discusiones sobre la cultura wari.

Menzel señaló que durante la Época 1 (600-650 d. C.), en la zona de Ayacucho, apareció un tipo de cerámica policromada, sin antecedentes locales y muy diferente a la cerámica huarpa. La iconografía vinculada al personaje de los báculos, origi-

nario del Altiplano, se hizo presente en el contexto de nuevos estilos producidos a nivel local: Chakipampa y Ocros, vinculados a la tradición costeña. Del mismo modo, surgió el estilo Robles Moqo, que se extendió a las regiones de Ica, Nazca y el callejón de Huaylas. La aparición de un nuevo tipo de cerámica fina y polícromada, sin antecedentes en las culturas huarpa y nazca, marcó el inicio del llamado Horizonte Medio.

Sin embargo, recientes investigaciones arqueológicas intensivas en el Complejo Arqueológico de Wari, sobre todo en los sectores de Vegachayuq Moqo, Monqachayuq y Chupapata, revelaron nuevas evidencias que plantean interrogantes acerca de la propuesta de Dorothy Menzel con relación a la secuencia sugerida. De hecho, el descubrimiento de arquitectura monumental que precede a la ocupación de la cultura wari y está vinculada con las manifestaciones culturales huarpas, nos muestra la ocupación temprana en el sitio.

A pesar de que nadie cuestiona que wari surgió a partir de un reino anterior llamado huarpa que floreció en Ayacucho, la información documentada sobre los principales asentamientos de esta cultura era escasa. Nuestros trabajos revelaron que debajo de las edificaciones waris, se encuentran construcciones de muros de piedra, adobe y tapial finamente enlucidos y pintados de rojo, con pisos compactos de puzolana asociados a canales de drenaje de sus edificaciones.

Si consideramos la abundante evidencia de ocupación huarpa en los diferentes sectores excavados, y teniendo en cuenta que el principal templo en forma de una «D» de Vegachayuq Moqo fue construido sobre un viejo templo de esa época, es probable que uno de los principales poblados o la capital de los huarpas estuvo asentado en el mismo territorio donde los waris construyeron su ciudad.



Terrazas Huarpa en el valle de Torobamba en la provincia de San Miguel, Ayacucho



Vasijas de cerámica Huarpa de diferentes estilos con decoración geométrica y colores negro, blanco y rojo

Por las características especiales que presenta esta infraestructura, que se mantiene parcialmente de manera consistente en los estratos más profundos de las áreas excavadas en los sectores de Vegachayuq Moqo, Monqachayuq y Chupapata, podemos afirmar que correspondía a un asentamiento con áreas ceremoniales y unidades domésticas que tuvo estrechos vínculos con la cultura nazca. Esto se debe a que la tradición constructiva, utilizando adobes y tapias de barro, es distintivo de las ciudades de Cahuachi y Pueblo Viejo, que eran sedes importantes en la antigua civilización de nazca.

Después, tras cambios significativos en el desarrollo de esta sociedad, las edificaciones huarpas fueron enterradas para dar paso a la construcción de una nueva infraestructura que se adecuara a las necesidades de sus ocupantes.

Otro factor que pudo haber contribuido al surgimiento del Estado wari fue la interacción con la zona de Huancavelica; en particular con el pueblo de Caja en Acobamba, de donde se derivó un estilo de cerámica muy peculiar conocido como «Caja». En efecto, asociado a la ocupación huarpa y las etapas iniciales de wari, hay una presencia significativa de restos óseos de camélidos y una variedad de vasijas relacionadas con este estilo. Esto nos lleva a sugerir un activo proceso de interacción con esta zona, donde la agricultura y la cría de camélidos eran actividades muy apreciadas debido a sus múltiples usos; en particular la obtención de lana para la producción textil (Ochatoma *et al.*, 2022).

Esta información reciente nos lleva a proponer que los primeros procesos de interacción de los huarpas y los nazcas tienen una larga historia que se remonta al Formativo Superior, con la presencia de la cultura paracas, y se intensifican durante el Intermedio Temprano. En la fase final de este periodo, se observan con claridad elementos iconográficos propios de las Fases 7 y 8 del estilo nazca. Estos elementos incluyen diseños en colores como el rojo, naranja, gris y granate sobre un engobe blanco o naranja. Entre los diseños se pueden identificar espirales, líneas en zigzag, bandas con apéndices en forma de rayos, figuras escalonadas contrapuestas, la flor de lis y una variante serrana del animal corcovado.

Los trabajos que realizamos en el Complejo Arqueológico de Wari durante la última década han revelado una ocupación huarpa bien definida en los estratos inferiores. Estos estaban cubiertos por rellenos intencionales que contenían restos de arquitectura temprana. En esta zona, encontramos un conjunto de edificaciones que se caracterizan por sus paredes enlucidas y pintadas, con pisos de puzolana compacta y sistemas de canales de drenaje. Dichas construcciones correspondían a recintos de carácter residencial y ceremonial.

La cerámica asociada con esta ocupación pertenece a diversos estilos conocidos como Huarpa, incluyendo el estilo Caja, Negro sobre Blanco, Tricolor, Huarpa Polícromo, Cruz Pata y Ocos; todos ellos correspondientes al Intermedio Temprano.

Las edificaciones correspondientes a la ocupación wari fueron erigidas sobre las antiguas estructuras arquitectónicas de los huarpas, lo que demuestra que no hubo colapso, sino más bien un desarrollo continuo y cada vez más complejo. Este proceso evolutivo culminó con la consolidación del estado imperial.

De acuerdo con la secuencia estratigráfica, se ha identificado la existencia de hasta tres fases de ocupación en el sitio arqueológico. La primera fase corresponde a la ocupación inicial de los huarpas, seguida por una segunda fase que fue la más prolongada e influyente, marcada por la presencia de los waris. Este periodo temprano estuvo muy vinculado con el origen del estado y la ciudad, destacando un intenso proceso de interacción con los nazcas de la costa sur.

La segunda fase está relacionada con el apogeo de la metrópoli urbana, marcada por las influencias de la cultura tiahuanaco, que provino del Altiplano. Finalmente, el tercer periodo representa una etapa de crisis y colapso de la ciudad.

La última ocupación, que se produjo tras el abandono definitivo de la ciudad por parte de los waris, está relacionada con varios grupos pertenecientes al periodo Intermedio Tardío. Estos conjuntos se asocian a los denominados chankas o poswari y ocupan parcialmente la parte alta de la ciudad. Emplearon los santuarios o templos como áreas para el reenterramiento de sus ancestros, trasladándolos desde otros lugares a esta ubicación.

Cada una de estas fases se caracteriza por un tipo específico de arquitectura y está respaldada por evidencias materiales que cuestionan la secuencia previamente establecida por Menzel. Esto pone de manifiesto que el Horizonte Medio no comenzó con la influencia simultánea de nazca y tiahuanaco, como se creía antes, sino que se desarrolló de manera secuencial y alternada desde la época de los huarpas hasta el periodo wari. Además, hubo un intervalo de tiempo donde el sitio quedó desocupado antes de ser nuevamente habitado durante el Intermedio Tardío.

La ocupación temprana de Wari se caracteriza por la presencia de edificaciones que servían tanto para fines ceremoniales como residenciales. En cuyos estos edificios, se pueden observar muros contruidos con una combinación de piedras con lajas y el uso de diferentes formas de adobes. La cerámica asociada con esta etapa incluye estilos tempranos como la cerámica Chakipampa, que presenta diseños de pulpos y serpientes; el estilo Caja, con decoraciones que representan serpientes de cabezas triangulares y animales con una especie de pico y cola; el estilo Ocros, con motivos de pulpos y serpientes bicéfalas; la persistencia del estilo Cruz Pata y la aparición del estilo Huari Negro.

En la arquitectura de esta fase, se aprecia una clara influencia de la cultura nazca en el uso de los adobes. Es probable que, durante este periodo, wari haya iniciado su proceso de expansión hacia otros territorios.

La fase intermedia está muy influenciada por la llegada de las manifestaciones culturales procedentes del Altiplano, en concreto de tiahuanaco. Este influjo se expresa en la representación del Dios de las Varas, que se reproduce en cántaros cara gollete en el sitio de Conchopata-Wari, lo que refleja la imaginería religiosa de la deidad de los báculos. Este periodo marcó la máxima expansión y desarrollo de la ciudad.

En cuanto a la arquitectura, las edificaciones se construyen con paredes de mampostería mixta, usando piedras planas canteadas y bloques sólidos de piedras labradas de forma rectangular y cuadrangular. Estos materiales se emplean sobre todo en los mausoleos reales, las galerías subterráneas de función funeraria y en las edificaciones ceremoniales y residenciales. Un indicador notable es la presencia de edificios ceremoniales de forma circular con un muro recto, conocidos como recintos en forma de una «D».



Superposiciones con rellenos que cubren ocupaciones anteriores de la época Huarpa



Evidencias arquitectónicas de la cultura Huarpa debajo de un patio de la época Wari



Edificaciones tempranas de la cultura Huarpa debajo de rellenos intencionales de la época Wari



Vasijas de cerámica policroma Nasca (primera columna izquierda) y vasijas Huarpa (dos columnas al lado derecho) que denotan la interacción entre ambas sociedades de la costa y la sierra



Vasijas Nasca (lado izquierdo) y Huarpa (derecho) en la que se observa la influencia de la costa sur en Ayacucho



Cerámica Wari del estilo Chakipampa inicial producto de la interacción con Nasca de la costa sur

En cuanto a la cerámica, se destacan los estilos asociados, como el estilo Viñaque, Robles Moqo y Conchopata, que se caracteriza por su manufactura fina y la representación de las imágenes de la Portada del Sol. Junto a estos estilos, encontramos cerámica del estilo Huamanga, que es una versión más doméstica y opuesta a la cerámica fina. Además, persisten estilos como Chakipampa, Caja, Aqo Wayqo y Kumunsenqa.

A partir de la información empírica acopiada en los trabajos de investigación llevados a cabo en el Complejo Arqueológico de Wari, se demuestra que no se produjo una interacción o influencia simultánea entre las culturas nazca y tiahuanaco. En cambio, estas influencias se dieron de manera sucesiva y alterna. Los procesos

iniciales en el surgimiento del Estado wari se relacionaron con la costa sur, en concreto con los nazcas, y el área de Huancavelica, donde se encontraban los cajas. Después, la cultura tiahuanaco, originaria del Altiplano, tuvo un papel fundamental en la consolidación de wari como estado imperial.

Es relevante señalar que la probable capital de los huarpas se encontraba en el mismo lugar donde los waris establecieron su capital. Se ha comprobado además que no hubo un colapso en la sociedad huarpa, sino un proceso continuo que se volvió más complejo con la presencia e influencia de las culturas nazca, caja y tiahuanaco. Estos influjos contribuyeron al surgimiento del primer estado imperial en los Andes centrales.



Influencia de la deidad de la portada monolítica de Tiahuanaco en la religión Wari



Incensarios Tiahuanaco (superior) e incensarios Wari (inferior) en la que se denota la interacción entre el altiplano y la sierra sur

Expansión territorial

Desde su sede y bastión en la ciudad, los waris llevaron a cabo una expansión de sus dominios que abarcó cientos de kilómetros a lo largo de los Andes, e incluso se adentraron en los desiertos costeros. De esta manera, construyeron un Estado con las características propias de un imperio. Superando muchas adversidades, alcanzaron su máximo apogeo, logrando la incorporación de un vasto territorio que se sustentaba en un aparato militar eficiente, capaz de someter a otros pueblos.

El Estado wari comenzó su proceso de expansión después de consolidar su región original. Esto se llevó a cabo aproximadamente entre los 550 hasta 1000 d. C. En su máxima expansión, esta política mantuvo dominio e influencia sobre un área que abarcó 1300 km a través de la cordillera andina.

A pesar de que la capital tenía un núcleo urbano con un área construida de cerca de 3 km², los restos arquitectónicos y culturales dispersos en la superficie se extendieron en un radio de unos 10 kilómetros. En su época de máximo apogeo, es posible que la población de esta región haya alcanzado entre 40 y 50 000 habitantes, lo que convirtió a Wari en una de las potencias más influyentes y expansivas del antiguo Perú.

Mediante conquistas y alianzas, los waris lograron dominar un extenso territorio que se extendía desde Lambayeque y Cajamarca en el norte, hasta Arequipa y Moquegua en el sur, incluyendo la región selvática del departamento de Cusco. Para asegurar su control sobre estas vastas regiones y administrarlas de manera efectiva, los waris establecieron asentamientos estratégicos en puntos clave de su territorio imperial.

Estos asentamientos cumplían la función de auténticos enclaves coloniales, creados con el propósito de controlar tanto política como económicamente el territorio donde se asentaban. Como resultado, de manera planificada establecieron centros administrativos como Viracochapampa en Huamachuco, Cerro Baúl en Moquegua, Pikillaqta en Cusco, Willkawain en Ancash, Wariwillka en Huancayo, Vilcabamba en la selva de Cusco, y otros lugares estratégicos.

Según Menzel (1968), la religión desempeñó un papel fundamental como una herramienta de conquista que permitió la incorporación de nuevos territorios y sus poblaciones a través de medios pacíficos. Esto sugiere que zonas como la costa sur podrían haber aceptado unirse al recién establecido Estado wari. Dada la proximidad de la costa sur al valle de Ayacucho, tiene sentido que esta región haya sido una de las primeras en ser incorporada al dominio Wari. En este contexto, se plantea la idea de que durante la época 1B del Horizonte Medio, ya había población procedente de Ayacucho ocupando el sitio de Pacheco en Nazca, durante la cual se desarrolló el estilo Robles Moqo.

En el valle de Pisco en Maymi, en la costa sur, se ha identificado la presencia de cerámica del estilo Robles Moqo, que —al parecer— es coetáneo al periodo de



Mapa de la expansión territorial del imperio Wari (J. Antonio Ochatoma)

Pacheco, como se menciona en el trabajo de Anders (1990). En estas regiones que fueron gradualmente incorporadas al dominio wari, de manera pacífica, parece que se llevaron a cabo actividades rituales en las cuales se ofrendaron alimentos y bebidas en grandes urnas finamente elaboradas, que luego fueron rotas de modo intencional.

Esta forma de incorporar nuevos territorios, incluyendo a sus pobladores, como parte de un acto ritual, no cuenta con un respaldo empírico sólido, en gran parte debido a la escasez de lugares de evidencia. Este hecho podría indicar que la estrategia no pacífica fue la más adecuada para la expansión del dominio wari en otras regiones.

Desde una perspectiva diferente, Lumbreras y Cisneros (1980) sostuvieron que la forma extrema de control y dominación social que permitió a los waris expandirse y conquistar un vasto territorio fue sobre todo de carácter militar. Esto se ha demostrado a través de los radicales cambios que sufrieron las culturas sometidas bajo el Imperio wari, tanto en el plano social, económico, ideológico como cultural.

Estos cambios se dieron ante todo en la sierra central, con algunos enclaves en la sierra norte que funcionaron como puestos de avanzada para la conquista de nuevos territorios. Sin embargo, parece que esta expansión en el norte no se estableció por completo.

Un segundo método de expansión podría haber sido a través de alianzas establecidas entre las élites de wari y las élites locales de otras regiones. Estas élites no pertenecientes a la cultura wari se habrían transformado en élites intermedias en el contexto más amplio relacionado con el Imperio wari. En esta posición, gobernarían en nombre de Ayacucho en los territorios asimilados o anexados por dicho imperio.

Una idea similar, pero con argumentos adicionales, fue planteada por Scheiber y Matthew (2010), quienes identifican diversos indicadores arqueológicos vinculados a la violencia que coinciden con la expansión territorial de la sociedad wari. La introducción de los waris en áreas nuevas y alejadas de su lugar de origen claramente modificó las prácticas y espacios sociales de manera radical.

Según esta perspectiva, los waris se organizaron como un mosaico de diferentes territorios que requerían niveles de control variados, con la finalidad de equilibrar las necesidades del imperio con la situación cultural preexistente en cada región. Se argumenta que los waris mantuvieron relaciones de distintos tipos con las sociedades incorporadas en su dominio. En algunas regiones, especialmente en áreas importantes y estratégicas donde no existía infraestructura previa, los waris construyeron sus propias edificaciones, estableciendo un dominio político y militar directo. En contraste, en regiones donde había una autoridad local y una infraestructura, parece que establecieron alianzas con las elites de estas sociedades. Es síntesis, esta perspectiva sugiere que los gobernantes waris adoptaron enfoques variados para el ejercicio de su dominio, centralizando el poder y gobernando directamente a través

de su ejército y representantes en algunas provincias; mientras que en otras regiones permitieron la autonomía de las poblaciones y sus élites locales (Schreiber, 2010).

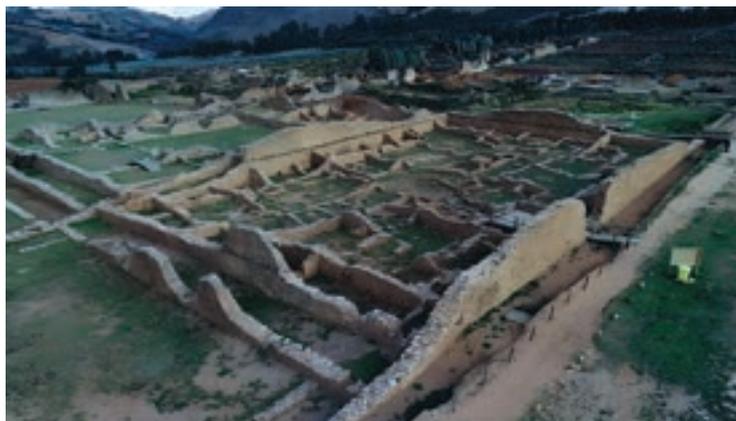
Los waris establecieron una red vial que conectaba los diferentes sitios de su imperio directamente con la metrópoli. La existencia y operación de esta red de caminos era esencial para mantener y sostener las relaciones políticas y económicas en el imperio. Como en el caso de cualquier Estado centralizado, su seguridad y bienestar dependían en gran medida de la rapidez de las comunicaciones, la celeridad de desplazar sus fuerzas conquistadoras o represivas de manera eficiente y el constante abastecimiento de la metrópoli.

Aunque no se conserven evidencias de estos caminos en la actualidad, es probable que algunos de ellos hayan desaparecido con el paso del tiempo. Otros podrían haber sido incorporados en la red vial luego construida por los incas, quienes expandieron y mejoraron las antiguas vías existentes. En las cercanías de la vieja ciudad de Wari, todavía existen caminos que formaron parte de la red vial de los waris.



Sitio de Pikillaqta
en el Cusco sede de
un centro adminis-
trativo Wari

Sitio arqueológico
de Viracochapampa
en La Libertad
construido como
centro
administrativo



El militarismo de wari

Hacia mediados del siglo VI de nuestra era, se inicia una etapa muy importante en la historia prehispánica del área central andina, conocida como el Horizonte Medio o época del primer imperio andino. En este periodo, aparece una organización política centralizada y despótica que incluye una clase poderosa y acaudalada que reside en las ciudades y busca conquistas. Esta sociedad posee una sólida organización social con fuertes mecanismos de control y una infraestructura compleja. Impulsados por una política expansiva ambiciosa, lograron incorporar un territorio muy amplio en los Andes centrales. Esta expansión se sustentó en un eficaz aparato militar capaz de someter a otros pueblos.

El arte de la guerra, basado en la aplicación de tácticas y estrategias, alcanzó su punto apogeo, lo que les permitió expandirse por gran parte del actual territorio de Perú. La práctica de la guerra se convirtió en uno de los principales recursos utilizados por los waris como mecanismo para conseguir su espacio territorial (Lumbreras, 2007).

Es muy probable que los waris hayan mantenido un ejército permanente, ya que sin él habría sido imposible dominar un territorio tan vasto. Los miembros del ejército quizá ocuparon al menos algunos sectores de las capitales provinciales. Una prueba de su expansión militar es la implantación de centros administrativos urbanos, relacionados con una política de ampliación de la frontera agrícola y la imposición de símbolos de poder. Esto condujo a una unificación cultural forzada, lo que es propio de un estado imperial.

Los resultados de las investigaciones en la última década, sobre todo en el sitio arqueológico de Conchopata y en la propia capital, Wari, revelaron importantes pruebas de la presencia de guerreros, representados en vasijas de cerámica. A través de las reconstrucciones de las figuras pintadas en urnas y cántaros de gran tamaño, así como de las imágenes de guerreros en tejidos y metales encontrados en otros sitios donde se identificó la influencia wari, se está empezando a comprender la complejidad de la organización militar durante la época wari.

El Ejército wari, como institución militar, se había consolidado y organizado de modo que las tropas contaban con indumentaria especial y armamento destinado tanto a la ofensiva como a la defensa. Las investigaciones realizadas en la última década han permitido reconstruir un conjunto de representaciones, entre las cuales destacan diferentes tipos de guerreros que —al parecer— están vinculados a la jerarquización y la presencia de órdenes militares en Wari. Un primer grupo bien definido corresponde a guerreros representados de perfil, arrodillados sobre balsas de caña, portando escudos y armas en ambas manos. Las imágenes también muestran el uso de una gorra especial, rostros tatuados y túnicas ajedrezadas. En una de las manos, sostienen un escudo rectangular con representaciones de cabezas de felino o círculos concéntricos, mientras que en la otra mano portan un arco con flechas

o un hacha.

El segundo grupo de guerreros se caracteriza por mostrar a personajes de pie en su totalidad, con la cabeza y los pies de perfil, sosteniendo armas y escudos en ambas manos, junto con distintivos simbólicos de animales como el águila y el jaguar. La presencia de un águila con las alas extendidas, a punto de posarse o posada sobre uno de los hombros de los guerreros, podría indicar que estas aves fueron domesticadas y usadas como símbolos distintivos de valentía y poder interno. Esto posiblemente transformaba el estado emocional y el ánimo de los guerreros, identificados con una orden o grupo militar específico dentro del ejército.

Por otro lado, el jaguar se representaba de manera simbólica debido a la fuerza descomunal, su vida nocturna, su aguda visión en la oscuridad y su piel manchada, que se relacionaba con el manto estrellado de la noche.

El tercer grupo de guerreros se presenta de cuerpo entero y de frente, mostrando solo sus armas sin ningún distintivo simbólico. Se caracterizan por llevar gorras decoradas con motivos geométricos, y en la parte central de una de ellas, se encuentra una representación de la cabeza de un puma o jaguar. Las gorras tienen dos abultamientos en ambos extremos, tal vez utilizados como elementos protectores para la cabeza.

Los rostros de estos guerreros se hallan tatuados, y visten túnicas de mangas cortas que se extienden por debajo de las rodillas. Uno de ellos lleva una especie de pechera de color blanco, debajo de la cual se hallan figuras estilizadas de cabezas de felino que cubren todo su cuerpo. La otra imagen muestra una túnica bastante sencilla, dividida verticalmente por líneas ondulantes que delimitan el color blanco y rojo. Este personaje sostiene un escudo rectangular y una especie de lanza en ambas manos, mientras que el otro lleva el mango de un hacha en cada mano, orientadas hacia abajo. Ambos van descalzos, aunque se pueden observar una especie de brazaletes en la altura de los tobillos.

Las evidencias registradas para el Ejército wari nos muestran una organización similar a la de los incas, aunque tal vez con algunas particularidades distintivas. La presencia de hombres armados con arcos y flechas, hondas, hachas, porras y estólicas, junto con distintivos simbólicos que aluden al águila y el jaguar, nos habla de un ejército profesional con órdenes militares jerarquizadas.

El Ejército wari, como institución militar, se había consolidado y organizado de tal manera que las tropas estaban equipadas con indumentaria especial y armamento diseñado tanto para la ofensiva como para la defensa. A través de las reconstrucciones realizadas en las representaciones de personajes pintados en urnas y cántaros, se ha evidenciado la existencia de una fuerza militar institucionalizada que llevó a cabo conquistas territoriales desde Cajamarca y Lambayeque, por el norte, hasta Cuzco, Arequipa y Moquegua en el sur.



Hachas de piedra y metal usadas probablemente como armas bélicas



Porras estrelladas de bronce y piedra utilizados como armas ofensivas por los guerreros wari



Guerreros wari sobre balsas de totora con arcos, flechas y hachas



Guerreros wari con indumentaria, armas, escudo y halcón en cerámica, lítica y tejido



Representaciones de guerreros wari en soporte de plata y bronce con armas y escudos rectangulares



Recreación de guerreros wari en base a la iconografía de la cerámica.
Dibujos de Ciro Tello y Braulio Huamán

La metrópoli urbana de Wari

Wari es una de las ciudades prehispánicas más extensas del área andina, tanto en términos de su terreno, con más de 350 hectáreas de área construida en el núcleo urbano y de 1200 a 1500 hectáreas en la periferia. Presenta una organización social compleja, donde se pueden identificar espacios de uso público y religioso, así como talleres de producción y las residencias de representantes de diferentes estratos sociales.

La capital de este imperio se encontraba a 25 kilómetros al noreste de la ciudad de Ayacucho. Los estudios realizados sobre su importancia en la historia antigua del Perú, han llevado a proponer la tesis de que esta ciudad fue la capital de este poderoso imperio que existió varios siglos antes que el Imperio inca de Cusco, con características e instituciones equivalentes.

La ciudad de Wari revela un proceso de crecimiento gradual y espontáneo como resultado del incremento poblacional y la acumulación progresiva de riqueza. Williams (2001) señaló que, en sus inicios, no se concibió una planificación urbana con un patrón geométrico; en su lugar, la construcción se llevó a cabo de manera orgánica, adaptándose al terreno y a la topografía circundante. Conforme la ciudad creció y se volvió más compleja, se abandonaron los trazados irregulares en favor de trazados geométricos basados en cuadrados y rectángulos. La construcción de estas estructuras requería representaciones a escala en forma de planos y maquetas para lograr su realización.

Durante sus fases de máximo esplendor, la ciudad mostraba cierto grado de orden en su organización espacial, con calles amplias que a menudo estaban rodeadas por murallas y cercas defensivas. Sin embargo, al observar planos y fotografías aéreas, se hace evidente la irregularidad en el trazado de las calles y la complejidad de la estructura urbana en su conjunto. No se aprecian muchas calles que atraviesen la ciudad, ni grandes plazas públicas que pudieran haber albergado a multitudes de personas. Esto sugiere que los gobernantes o miembros de la élite de wari no se interesaban en convocar magnas masas de personas para demostrar su poder y grandeza.

Además, no se encuentran áreas extensas con construcciones ceremoniales de gran envergadura. Esto lleva a la suposición de que hubo un alto grado de secularización en la sociedad, ya que sus deidades no parecen haber exigido grandes tributos y la distancia entre élites y sus dioses era menor; mientras que el pueblo común estaba en cierta medida ausente en este contexto (Williams, 2001).

Según Canziani (2017), el surgimiento del urbanismo en Wari durante el Horizonte Medio difiere de los grandes centros urbanos teocráticos que lo precedieron. Este nuevo tipo de urbanismo habría requerido ante todo una capacidad productiva excedentaria, que —al no haberse logrado— pudo haberse resuelto mediante la ampliación en la apropiación de recursos agrícolas a nivel territorial. Esto con el fin de acumular los excedentes necesarios para sostener la economía urbana.

Este proceso pudo lograrse a través de la especialización manufacturera, que fomentó el intercambio de productos urbanos por los agropecuarios. La dinámica de esta determinación pudo haber sido establecida mediante mecanismos ideológicos y el uso de la fuerza, en función a los objetivos de expansión territorial. También se impulsó la articulación e intercambio de diversos recursos entre distintas regiones, aprovechando la capacidad organizativa del Estado para movilizar la fuerza de trabajo. Además, se llevaron a cabo obras públicas de escala supracomunal que contribuyeron a la ampliación y acentuación de la producción. De esta manera, la ciudad de Wari se habría convertido en un centro de poder desde el cual se promovió una nueva propuesta de integración macroregional.

Hasta la actualidad, gran parte de los edificios de Wari permanecen enterrados, aunque algunos sectores de conjuntos arquitectónicos son visibles debido a excavaciones previas. A través de los rasgos de restos de las estructuras arquitectónicas, se determinó que en esta ciudad prehispánica existían diversos sectores dedicados a diferentes funciones.

Dichos sectores incluían espacios para el culto religioso, palacios destinados a los gobernantes y funcionarios involucrados con el ejercicio del poder político, áreas de cementerios con mausoleos de piedra labrada, almacenes, zonas residenciales y áreas de producción artesanal, entre otros. Estos elementos reflejan la diversidad de funciones desempeñados por la ciudad de Wari, que se manifiesta en una amplia variedad de edificaciones y obras públicas necesarias para el funcionamien-

to de este complejo urbano, que albergaba una considerable cantidad de residentes permanentes.

La ciudad de Wari, vista en el sitio, aparece como un conjunto de grandes recintos con formas irregulares, cercados por sólidos muros de piedra sin cantear que albergan espacios abiertos, pirámides que se asemejan a colinas, galerías estrechas, cámaras subterráneas y múltiples habitaciones. Su trazado y su aparente desorden indican un crecimiento progresivo y una adaptación a las irregularidades de la topografía inclinada y accidentada que se nivelaron mediante terrazas.

Muchas de las paredes, que alcanzaban alturas de hasta 12 metros y un ancho de casi tres metros, estaban revestidas de arcilla y barro fino, pintadas de blanco y decoradas con elementos en rojo. Esto habría otorgado a la ciudad una impresionante belleza que resplandecía cuando la luz solar se reflejaba en sus muros.



Maqueta de un probable palacio wari encontrada en la ciudad secundaria de Conchopata – Wari



Vista frontal de la maqueta con un pasadizo y recintos interiores con ventanas y accesos



Posible maqueta labrada en piedra descubierta en las excavaciones de la ciudad de Wari



Probable maqueta de forma circular encontrada en el sector de Vegachayuq Moqo

Como toda ciudad planificada, tenía reservorios de agua con una red de distribución mediante canales de piedra, abiertos u cubiertos, que en muchos casos pasaban por debajo de los muros y pisos atravesando los recintos. Cuando Wari alcanzó su máxima densidad poblacional, sus relucientes edificios de hasta tres pisos se extendían a lo largo de superficies irregulares, creando una imagen sorprendente con formas y dimensiones impresionantes. Por dentro, el flujo de tráfico a través de la ciudad debió ser complicado y caótico, con caminos estrechos, avenidas de gran circulación y accesos restringidos a ciertos espacios.

El diseño urbano de Wari se concebía de manera que, en primer lugar, se construían paredes grandes y gruesas que rodeaban diferentes áreas, incluyendo terrazas. Estas paredes se conectaban de una a otra a diferentes niveles, y luego se adosaban muros secundarios, creando recintos de planta cuadrada o rectangular en los lados, lo que dejaba un espacio central similar a un patio, que se asemejaba

a la cancha inca. Se supone que este diseño pudo haber sido un antecedente y un modelo constructivo posterior para los incas.

Los muros de Wari alcanzan longitudes de hasta 40 metros, y algunos incluso superan los 200 metros. El diseño cuadrículado se considera el más eficiente en áreas limitadas. Por lo tanto, el espacio entre las paredes fue subdividido en forma de celdas con un patio central, lo que resultaba ideal para llevar a cabo actividades comunitarias y organizativas en la ciudad.

Lo más característico de esta urbe son los conjuntos definidos por recintos amurallados de tamaño variado, a los que Isbell (1991) denominó «arquitectura celular ortogonal». Esta arquitectura se caracteriza por presentar unidades cercadas, conformadas por muros paralelos y perpendiculares. La unidad básica o célula es un conjunto rectangular delimitado por un patio abierto en el que podían construir otros edificios. La forma más común era la de habitaciones alargadas alrededor de tres o cuatro lados del patio, con banquetas bajas a lo largo de cada una de las habitaciones. La construcción de estas unidades de patios podía repetirse a lo largo de los lados, formando así gigantescos conjuntos amurallados separados por calles. Este tipo de arquitectura habría comenzado a construirse desde la fase Moraduchayuc (700-900 d. C.), lo cual sería un claro indicio de consolidación de un Estado expansivo que dedicó enormes cantidades de trabajo a la ampliación del centro arquitectónico monumental y a la expansión del área residencial sin precedentes en la zona.



Vista aérea de la ciudad de Wari. Fuente Google



Plano de la ciudad de Wari con diferentes sectores. Fuente Lumbreras 2010

Es evidente que hubo una planificación cuidadosa y no un crecimiento desordenado, ya que se identificó templos, cementerios que incluyen mausoleos, edificios residenciales, administrativos, sectores de producción artesanal y grandes espacios abiertos para reuniones masivas. Las ruinas de los edificios cubren una superficie de aproximadamente 2.5 km² en la zona más densa, pero los restos de arquitectura y los materiales culturales dispersos se extienden en un radio de 10 km². La larga avenida que cruza la ciudad y la divide en dos habría albergado una red de agua potable que se distribuía por toda la ciudad mediante canales subterráneos y redes secundarias con puntos de control del flujo de agua. Además, existen evidencias de que casi toda la urbe estaba protegida por varias murallas de base ancha y paredes muy altas, construidas para resguardar la sede de Gobierno y defender la ciudad contra posibles ataques de sus enemigos, bloqueando el acceso desde las quebradas y los ríos que delimitan el área, convirtiéndola en una extensa meseta.

La magnitud de esta ciudad, considerada la capital del primer imperio andino, evidencia con claridad su importancia económica, religiosa y política, albergando tanto el poder civil como el militar. Se sostiene que la producción a gran escala de artesanías y el intenso intercambio comercial de productos manufacturados fueron esenciales para su economía, destacándose sobre todo la producción alfarera y textil debido a las excelentes condiciones para este tipo de manufactura. Aunque resulta complejo explicar cómo funcionaba este comercio, es posible que se basara en el trueque de productos, donde influyeron diversos factores; incluyendo los de índole religiosa, que debieron constituir uno de los mecanismos más efectivos para la penetración y conquista.

Sectorización de la ciudad

Los constructores waris demostraron una especialización y dominio innegables en las técnicas constructivas de sus edificios, los cuales se destacan por su sencillez, solidez y simetría. Este logro no habría sido posible sin un programa constructivo bien definido, una organización eficiente de los trabajos por parte del Estado y un modelo previo que se replicaba tanto en la metrópolis como en los territorios conquistados.

Los especialistas han dividido Wari en varios sectores o barrios, cada uno con una función o actividad específica. González (2007) mencionó hasta 13 sectores, en algunos de los cuales vivían artesanos especializados. Por lo tanto, ciertos sectores presentan un alto porcentaje de artefactos de obsidiana y restos de talla, mientras que en otros predominan los objetos de cerámica o piedras semipreciosas. Esto lleva a la propuesta de que, dentro de la población urbana de Wari, había sectores habitados por especialistas dedicados a la producción artesanal de cerámica, joyería, textiles y trabajos en piedra; junto con otras manufacturas similares. Dichos sectores operaban independientemente de los especialistas en irrigación, canalización y obras civiles, cuya contribución al orden urbano y al desarrollo económico debió ser significativa.

Carlos Williams (2001) y Luis Lumbreras (2007) sugieren que el conglomerado urbano se dividió en tres grandes sectores: el lado norte, ubicado entre una calle principal y una quebrada de Okros, que albergaba los sectores de Uchpaqoto y Roblesmoqo, ocupados por palacios; el sector central, que se extendía entre la calle principal y la línea de muros, donde se encontraban los sectores de Sullucruz y Lumpaqorqona, destinados a unidades habitacionales para la élite local y los funcionarios, así como amplios espacios para talleres de reproducción artesanal, y por último, el lado sur, considerado como el área sagrada, que comprendía los sectores de Infiernillo, Cheqo Wasi, Monqachayuq y Capillapata, con majestuosos edificios que funcionaban como templos y mausoleos, lugares reservados a la veneración de deidades y ancestros.

En lo que respecta a las áreas de gestión con arquitectura monumental en la ciudad de Wari, nos enfocaremos sobre todo en los palacios, templos y mausoleos o tumbas de la élite, los cuales abordaremos a continuación.

Los palacios en la ciudad de Wari

La arquitectura de dominio correspondiente a los palacios, se distingue fácilmente en la ciudad de Wari, por la monumentalidad y proporción de sus edificios, las plataformas y sus basamentos, el material que se utilizó en su construcción y el manejo del espacio abierto, y el ordenamiento de los edificios entre sí. Aquí es evidente y claro el lenguaje simbólico, pues se trata del lugar donde se atendían los asuntos políticos, jurídicos y administrativos de la población y servían como residencia de

la élite gobernante.

Las construcciones monumentales que podían corresponder a palacios —es decir lugares donde se atendían los asuntos políticos, jurídicos y administrativos de la población y servían también como residencia de la élite gobernante— han sido poco excavadas; a pesar de que sus imponentes muros dominan aún hoy el paisaje.

Williams y Lumbreras coinciden en señalar que el área ocupada por la élite gobernante estaba situada en la parte norte de la ciudad, en un lugar donde al parecer se encontraba el acceso principal a la ciudad; justo en el punto donde ingresa un gran canal de agua procedente de Yanacocha. Aquí se observa un conjunto de murallas protectoras muy altas, con edificios de grandes dimensiones y numerosos espacios arquitectónicos en su interior, que correspondían a recintos residenciales y públicos; estos aún están por excavar.

Uchpaqoto es uno de los sectores que posiblemente cumplía una función palaciega. Se destaca por la monumentalidad de sus murallas de paredes gruesas, que en varios tramos superan los 8 metros de altura, y su extensión abarca unas 7 hectáreas. Este complejo incluye estructuras de distintas formas, como rectangulares, cuadradas y trapezoidales, junto con calles y pasadizos que conectan patios entre sí. Estos recintos, tanto abiertos como techados, se distribuyen en segmentos y se organizan en un patrón reticulado, con sus muros a menudo cruzándose en ángulos rectos. Un detalle interesante es que la mayoría de estos recintos se construyeron sobre plataformas o terrazas, lo que sugiere que previamente se niveló la pendiente con muros de contención y se habilitó una red de canales subterráneos. Según Lumbreras (2007), al observar detenidamente una fotografía aérea, este sector se asemeja a la cabeza de un felino vista de perfil, un animal sin duda venerado como manifestación terrenal de las deidades principales.

Otro sector de gran importancia es Roblesmoqo, que abarca un área de más de 8 hectáreas y colinda con Uchpaqoto. Al observar una fotografía aérea, se asemeja a la forma de la cabeza de un halcón vista de perfil, con su mirada dirigida hacia el lado este. La cabeza del halcón se encuentra en el cuadrante suroeste y presenta un inmenso ojo circular, conformado por un recinto de planta circular de aproximadamente 10 metros de diámetro; mientras que el pico se sitúa en el cuadrante sureste (Lumbreras, 2007). Casi todo el sector se separa del resto por un gran muro, en cuyo interior se puede observar hasta 24 espacios arquitectónicos distintos con dimensiones muy amplias. Los muros divisorios de estos espacios parten desde la cara interior de los muros periféricos principales. Este diseño parece demostrar que el modelo de la traza urbana de la ciudad incaica del Cusco, con forma de un puma, o el de Vilcas Huamán, en forma de un halcón, tienen sus antecedentes inmediatos en la época de Wari.

El tercer sector de gran importancia es Yuraqperqa, situado en la parte noreste de la parte media de la ciudad, ocupando aproximadamente 12 hectáreas y con alrededor de 35 espacios arquitectónicos, según se deduce de las cabeceras de muros



Probables representaciones de cabezas de felino y falcónida en los sectores de Robles Moqo y Uchpa Qoto en la ciudad antigua de Wari



Detalle del sector de Robles Moqo con una probable imagen de la cabeza de un halcón

visibles en la superficie. El nombre alude al color blanco de las murallas, aunque hoy se encuentra opacado por la densa erosión causada por la vegetación local, incluyendo tunales y arbustos. El perímetro de Yuraqperqa se delimita, entre otros elementos, por dos murallas altas que se extienden más allá de sus límites, atravesando casi toda la ciudad. La primera muralla marca el límite sur del complejo, se extiende desde Uchpaqoto hasta Capillapata. La segunda comienza en Roblesmoqo, se bifurca hacia el sureste, separa a Yuraqperqa de Waripampa y termina en las inmediaciones del cerro San Cristóbal. La construcción de estas murallas se adapta

de manera precisa a las condiciones topográficas del terreno a través del diseño de plataformas formadas por muros de contención, que a su vez servían como muros de otros recintos en niveles inferiores. Estos recintos tenían paredes secundarias que formaban edificaciones de hasta dos pisos, con pasadizos de acceso y patios amplios. Según Isbell (2001), se cree que Yuraqperqa corresponde a la fase tardía del Horizonte Medio (800-00 d. C.). Consideramos que este sector nunca se completó y representa la última obra del Imperio wari, un diseño innovador, antes de su colapso.



Edificaciones monumentales con paredes de piedras blancas en el sector de Yuraq Perqa



Murallas perimétricas que encierran el sector de Robles Moqo en Wari

Los templos ceremoniales en «D» en la urbe metropolitana

Cuando se trata de las estructuras ceremoniales o templos en Wari, es importante mencionar las ya conocidas estructuras con forma de una «D». Estas se denominan coloquialmente así debido a su parecido con la letra D mayúscula, pero en términos formales, se refieren a estructuras con una planta semicircular que consta de una parte curva y otra recta. A lo largo del tiempo, se les ha dado diferentes nombres, como «estructura semicircular» (Pozzi-Escot, 1991; Benavides, 1991), «estructura circular truncada» (Solano y Guerrero, 1981), «estructura en D» o «estructura con forma de D» (Bragayrac, 1991; Cook, 2015; Isbell, 2001; Isbell y Cook, 2002; Ochatoma, 2007; Ochatoma y Cabrera, 2001, 2002, 2010).

La estructura ceremonial en forma de D representa un patrón de construcción que constituye la esencia de Wari. Su diseño arquitectónico consiste en un edificio circular con un lado recortado de manera recta, en la que se encuentra el acceso, creando una forma similar a la letra D mayúscula; de ahí su nombre. A diferencia de los edificios ortogonales en provincias como Pikillaqta, Viracochapampa, Azán-garo, Jincamocco, entre otros, las estructuras en forma de una «D» en Wari no están orientadas de manera predefinida hacia los puntos cardinales. En cambio, pareciera existir una combinación entre puntos geográficos sagrados —como montañas, picos, lagunas— y puntos cardinales relacionados con los cambios estacionales: solsticios y equinoccios.

En los sitios provinciales o poblados secundarios, como Conchopata y la capital, la mayoría de estas estructuras alcanzaban un diámetro aproximado de 10 metros. Sin embargo, nuestras investigaciones en la capital han identificado estructuras en forma de una «D» de mayor tamaño, algunas con un diámetro hasta 22 metros y un espesor de pared de 1.70 metros. Además, identificamos dos estructuras más pequeñas con un diámetro de 3.2 metros espesor (Ochatoma *et al.* 2015). Por lo tanto, se ha determinado a estas estructuras en tres grupos, según su tamaño: grandes, medianos y pequeñas.

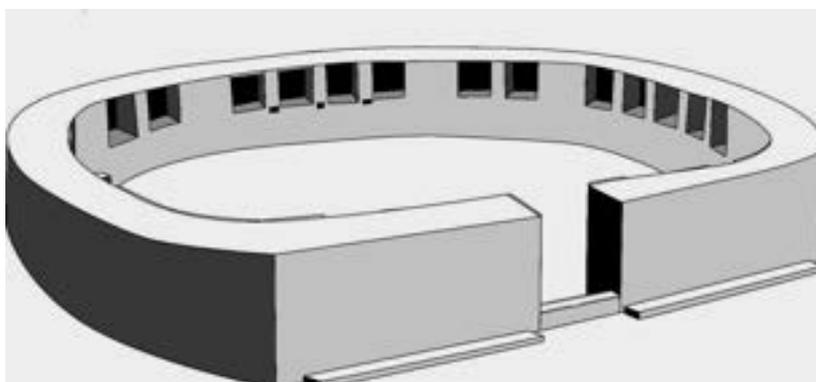
En el caso de la capital, las estructuras en forma de una «D» están compuestas, en todos los casos, principalmente con nichos hacia el paramento interior perimétrico, un acceso en el centro del lado recto y una estructura semicircular con un elemento tubular vertical en su centroide.

Desde el inicio de nuestra investigación en el Complejo Arqueológico de Wari, hemos ido descubriendo gradualmente varios espacios con arquitectura vinculada con las ceremonias religiosas. Cada vez más, estamos comprobando que se desarrollaron diversos rituales, en los cuales el fuego desempeñó un papel incesante en el culto a las deidades y ancestros. Además, la presencia de relojes solares y espejos de agua en las cercanías de Vegachayuq Moqo, deja claro que las actividades astronómicas para controlar el tiempo eran irrefutables.

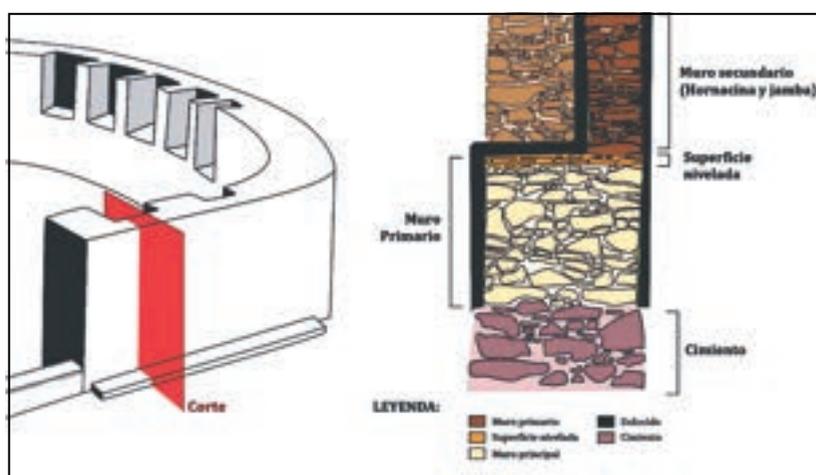
El hallazgo de pilares, que funcionaron como relojes en el interior de los recintos en forma de una «D», se ha vuelto recurrente en otros espacios recién descubrier-

tos. Del mismo modo, la presencia de pequeños recintos alargados, adosados a la parte recta de los muros en el interior del recinto ceremonial de Vegachayuq Moqo y Capillapata, ponen en evidencia que tenían la función de almacenar grandes cántaros; quizá contenía bebidas que se consumieron durante las ceremonias llevadas a cabo tanto en el interior como en los patios, asociados a estos recintos.

Otro elemento que parece estar presente en la mayoría de las estructuras en forma de «D» son pequeñas estructuras circulares o en forma de una «D» pequeña, asociadas a postes tubulares de piedra que tal vez se enterraron en el centro de estas estructuras. Estos elementos se identificaron como *intiqawanas* o relojes solares (Ochatoma *et al.* 2015; Ochatoma, 2007). Además, en todas las estructuras en forma de una «D» excavadas en Wari, se hallaron una gran cantidad de intrusiones y hoyos en los pisos, junto con grandes concentraciones de material quemado asociado al abandono del edificio.



Reconstrucción isométrica del recinto ceremonial en “D” con nichos internos



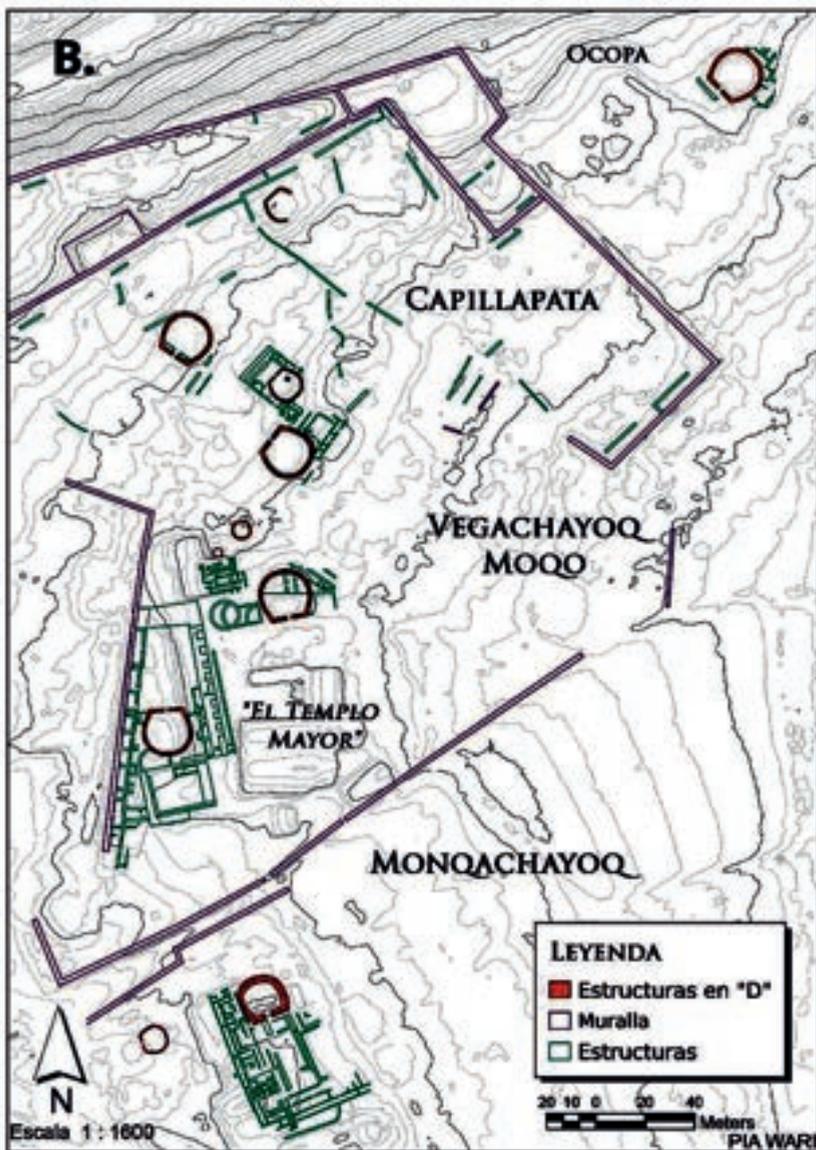
Reconstrucción hipotética de las etapas constructivas de la estructura en “D”.
Dibujos: J. Antonio Ochatoma Cabrera

Un detalle que no debe pasar desapercibido es la disposición y distribución de las hornacinas ubicadas en el interior de la estructura en forma de una «D». Están se encuentran agrupadas en conjuntos de 2, 4 y 5 hornacinas, separadas por jambas. Gracias al buen estado de conservación de una de las estructuras, se pudo determinar que todas las hornacinas contaban con un techo.

En su construcción, se tuvo en cuenta una secuencia siguiendo un patrón establecido: los cimientos, el muro principal, los muros secundarios (hornacinas) y los acabados. La primera etapa implica la apertura de zanjas y la colocación de los cimientos, que —si bien tienen doble paramento— se componen de grandes bloques de piedra. La segunda etapa involucra la construcción del muro principal, que posee un doble paramento y un relleno en la parte central. La tercera etapa se refiere a la construcción de muros delgados que forman las hornacinas y las jambas que separan los grupos de hornacinas. Finalmente, la última etapa consiste en la colocación de techos en la periferia interna, cubriendo los nichos, y la realización de los acabados, que incluyen el revoque con barro y la pintura en blanco o en una tonalidad de rojo muy tenue.



Recinto ceremonial en «D» en el sector de Monqachayuq
con el acceso orientado hacia el lado oeste



Ubicación de los templos en “D” en el área sagrada de Wari.
 Plano: J. Antonio Ochatoma Cabrera

Desde el develamiento de la primera estructura en forma de una «D» en el sector de Vegachayuy Moqo, en la década del 80 del siglo pasado, hasta la actualidad, se han descubierto varios templos o santuarios en muchos sitios waris y en la misma urbe metropolitana. Esto ha permitido ampliar nuestro conocimiento sobre su función y las características arquitectónicas que poseen. A continuación, presentaremos nueva información obtenida que complementa y enriquece lo que ya se conocía acerca del área sagrada de la ciudad de Wari.

El templo de Vegachayuq Moqo

Vegachayuq Moqo es el sector ceremonial más importante de Wari, siendo develado en 1982 por Enrique Bragayrac y Enrique González Carré. En este sector, se descubrió por primera vez un buen ejemplo de la arquitectura pública y quizá religiosa. A través de dicho hallazgo, se pudo conocer con mayor detalle las características de uno de los espacios relacionados con los rituales en honor a sus deidades y ancestros.

El complejo se sitúa encima de un montículo con una forma casi piramidal, que ocupa un área de 10 000 m² y está rodeado por altas murallas que lo encierran. En la parte frontal del templo, se destacan dos amplias plataformas que parten desde el nivel superior. En la segunda se hallan varios altares con hornacinas en sus paredes laterales y un muro enlucido de color blanco en su superficie. Luego, se encuentran un conjunto de recintos adosados al muro de la segunda plataforma, con acceso a la parte central, donde se encuentra una estructura circular truncada en su parte norte, que alberga la entrada. Esta estructura cuenta con 18 hornacinas en su interior y un diámetro promedio de 20 metros, con muros cuyo grosor oscila entre 1.60 y 1.80 metros.

Los recintos antes mencionados presentan muros cubiertos con un enlucido primero rojo y luego en color blanco, con hornacinas y cavidades semicirculares donde se encontraron restos de carbón y ceniza, lo que sugiere la presencia de fuego de forma permanente. La muralla que se halla frente a la plaza y la elevación principal del sector tiene construcciones adosadas de barro y piedra, cuyas superficies están enlucidas en color rojo. Estas construcciones consisten en pequeños recintos situados delante de un conjunto de nichos o tumbas que se han insertado en la muralla. Los nichos son cavidades con dinteles de madera, enlucidos y poseen una forma trapezoidal. En su interior, se hallaron los restos de tres o cuatro cadáveres cubiertos con cañas atadas, restos de tejidos y ofrendas de cerámica. Los cráneos de estos individuos presentan una deformación alargada, indicando que desempeñaban un rol social relacionado con el culto religioso y las actividades del templo.

La parte posterior del sector Vegachayuq Moqo se extiende hacia un espacio abierto rodeado por una muralla. Este cercado cuenta con dos entradas, en el centro de las cuales se encuentra un adoratorio cuyas paredes están enlucidas en color rojo y blanco. El adoratorio se ubicaba en la parte exterior, y para acceder a él, se atraviesa una calle flanqueada por muros.

En cuanto a la función del edificio, según González Carré y Enrique Bragayrac (1996), este sector corresponde a un área ceremonial que simboliza un espacio sagrado destinado a la comunicación con los dioses y ancestros. Esta propuesta del área ceremonial o templo se respalda con el hallazgo de cámaras y estructuras que contienen entierros múltiples, asociados a cerámica de la época tardía, con una clara filiación cultural chanka. Este tipo de evidencia sugiere que el recuerdo del

antiguo esplendor de la ciudad y la importancia de sus divinidades convierten las ruinas en un lugar de peregrinación para nuevos habitantes y personas que mantuvieron vivos los antiguos cultos durante cierto periodo de tiempo.

En esta misma línea de pensamiento, Luis Lumbreras (2007) sostiene que en el área donde se ubican los templos —en concreto al suroeste, sobre plataformas de 8 a 10 metros de altura que albergan al Templo Mayor de la ciudad—, también se encuentran piedras labradas que forman parte de edificios sagrados; asemejándose a pirámides o a los «ushnu» incas. Estas plataformas complementan con una serie de recintos circulares, plazas cercadas o terrazas con forma de una «D», cuyos muros presentan una serie de hornacinas en su interior. Asimismo, señala que, hacia el lado oeste, junto a una gran muralla, existían una serie de hornacinas que al parecer tenían una función sepulcral. En el lado oriental, se levanta una plataforma con terrazas escalonadas en la cima de la cual se hallan piezas de piedra labrada con diseños, que tal vez son los elementos a los que hace referencia la crónica de Pedro Cieza de León.

Vegachayuq Moqo no se excavó en su totalidad. En 2018, hicimos trabajos que develaron por completo el recinto ceremonial en forma de una «D». Durante estas excavaciones, se descubrió un conjunto de ofrendas debajo del piso de los recintos adyacentes. Se ha confirmado que la construcción de este recinto se hizo sobre una estructura antigua que fue cubierta en su totalidad por un piso de puzolana compacta. Sobre este piso se encontraba una estructura lítica tubular rodeada por un anillo de piedra, que fue identificada como reloj solar. Gran parte del pavimento presentaba signos de deterioro y evidencias de quemaduras en algunas partes. Además, se identificaron dos muros de paredes delgadas, dispuestos de forma paralela a la parte recta del muro, formando dos recintos de 4 metros de largo, separados por un acceso. En estos recintos, al parecer, se almacenaban cántaros que contenían bebidas, como la chicha, para su uso en los rituales.

Las estructuras develadas debajo del pavimento estaban cubiertas por un relleno intencional, que incluía seis recintos rectangulares y un muro recto que —al parecer— correspondía a otro espacio arquitectónico que no fue excavado por completo. El recinto más grande tenía una planta rectangular con dimensiones de 6.70 metros de largo y 5.24 metros de ancho. Los muros se revocaban con barro y mostraban evidencias de haber estado pintados en un tono de color crema lechoso. El suelo del recinto era compacto y estaba hecho de barro, y en su parte central se encontró un contexto de ceniza, quizá resultado de alguna quema ritual antes de que fuera rellenado.

El contenido cultural recuperado en el área excavada, asociado a los recintos bajo el piso, está compuesto ante todo por fragmentos de cerámica. El análisis tipológico revela que un 60 % de estos fragmentos se vinculan con el Intermedio Temprano, indicando la presencia de manifestaciones culturales de la cultura huarpa; entre las cuales se han identificado los estilos Huarpa ante, Huarpa Negro sobre

Blanco, Huarpa Negro sobre Ante y Huarpa Tricolor. Le sigue el estilo Caja, con un 3 %; el estilo Okros, con un 15 %; el estilo Kumunsenqa, con 12 %, y un Chakipampa temprano o Cruz Pata, con un 5 %.

Junto a estos materiales, se encontró una presencia significativa de restos óseos de camélidos, dispersos en el relleno; asimismo, lascas y láminas de basalto, núcleos, percutores con extremos astillados, una boleadora, puntas de proyectil en basalto y desechos de talla de obsidiana.



Vista parcial de las plataformas y el templo en “D” de las excavaciones del año 2012. Foto E. Bragayrac



Vista de las plataformas con recintos y parte del área ceremonial en “D” de Vegachayuq Moqo. Foto E. Bragayrac



Área ceremonial en “D” del sector de Vegachayuq Moqo durante la década de 1980



Vista parcial del área ceremonial y las plataformas con recintos o altares durante la década de 1980



Área ceremonial en “D” de Vegachayuq Moqo excavado parcialmente antes de su develamiento hasta el pavimento

Detalle de los recintos tempranos debajo del pavimento al interior del recinto ceremonial en “D” de Vegachayuy Moqo



Vista aérea del área ceremonial en “D” con el reloj solar y el piso restaurado en Vegachayuy Moqo



Estado actual después de su restauración con pavimento de puzolana, el reloj solar y sumideros



Vista del reloj solar en la parte interna del recinto ceremonial en “D” de Vegachayuq Moqo

El pavimento presenta una consistencia compacta, ya que se utilizó puzolana triturada y granulada con un promedio de 4 a 6 cm. Este pavimento se colocó sobre una compactación preparada con una ligera inclinación hacia el lado sur, donde se situaban dos sumideros que captaban el agua de las lluvias y la conducían a un canal subterráneo ubicado a casi un metro de profundidad. Dicho canal se talló en la roca y contaba con una cubierta de lajas de piedra. Este canal se conecta con otro de mayor tamaño, ubicado en lado oeste de la parte exterior del recinto ceremonial.

Casi en la parte central del recinto, se identificó una porción de la estructura donde estaba el pilar, el cual descansaba sobre una pequeña fosa delimitada por una estructura con forma de una «D», en cuya parte central se encontraba empotrada la pilastra. El piso muestra evidencias de haber sido remodelado al menos en una ocasión, dado que se ha encontrado superposiciones.

Sobre el pavimento, se procedió a retirar parte del relleno que cubría el piso que no se excavó en su totalidad durante el año 1982. Entre los materiales recuperados, se observó una persistencia de tipos de cerámica huarpa, que representaban el 26 % del hallazgo, seguido del estilo Chakipampa con un 30 %. Además, se hallaron trozos de los estilos Huamanga, que constituyeron un 30 %, un reducido número de fragmentos de los estilos Viñaque y Wari negro, con un 4 %, y el resto estaba compuesto por fragmentos de vasijas utilitarias sin decoración.

Hacia el lado norte, contiguo al acceso, se encuentra un amplio patio de forma trapezoidal, con una longitud de 34 metros y un ancho que varía de 17.20 metros en su parte más ancha hasta 9.20 metros en la zona donde se reduce. Al principio, se creía que este patio formaba una sola unidad debido a su planimetría, pero al

realizar la excavación, se descubrió que casi en su punto medio se hallaba un muro divisorio con tres accesos que lo divide en dos áreas distintas.

El patio que colinda con el acceso presenta una forma cuadrangular, con una longitud de 19 metros y un ancho variable oscila entre 17 y 19 metros. En la parte exterior del muro recto, hay una banqueta que se conecta con un piso compacto de puzolana y diatomita, con varias intrusiones que llegan a la roca madre. Un hallazgo significativo en este espacio fue la identificación de una fosa cuadrada con ángulos redondeados, tallada en la roca. Esta fosa se ubica casi en la parte central y muy cerca del muro divisorio. Sus dimensiones son de 4.5 metros de largo por 3.90 metros de ancho y estaba cubierta por un relleno bajo el cual se encontraron compactaciones que cubrían una capa gruesa de color gris, en la que se hallaron semillas carbonizadas y una abundante cantidad de textiles quemados. Dado el espesor de esta capa, es probable que la fosa haya sido utilizada para la quema de muchos tejidos como parte de una ceremonia. La fosa tiene una profundidad de más de 2.50 metros, y casi en la base se encontraron piedras labradas adosadas en los cuatro lados.

Dentro del segundo patio, delimitado por el muro, se halla un colector de agua que se conecta a un canal. Este colector está compuesto por una gran piedra labrada con un orificio central y rodeada de piedras planas que funcionan como pavimento. En las cercanías de este colector, se encontró un contexto con una concentración de fragmentos de cerámica, restos óseos de camélidos y ceniza. En el extremo norte, se develaron recintos rectangulares adosados a un muro más grande que encierra el patio.

La estructura arquitectónica, cuya planta tiene una forma de una «D», no se halla aislada, sino que está inmersa en un contexto rodeado de edificaciones asociadas a las plataformas del lado este y de un conjunto de recintos adosados a un gran muro en el lado oeste. En dirección al norte, colinda con un patio; mientras que, en el lado sur, limita con otras plataformas que aún no se excavaron. A raíz de la información obtenida en las excavaciones de otras estructuras ceremoniales en el sitio de Conchopata, así como en Wari, hemos ampliado nuestras investigaciones a los recintos adyacentes que no se excavaron de manera extensiva o solo se limitaron a definir parte de los pisos y las hornacinas de dichos recintos.

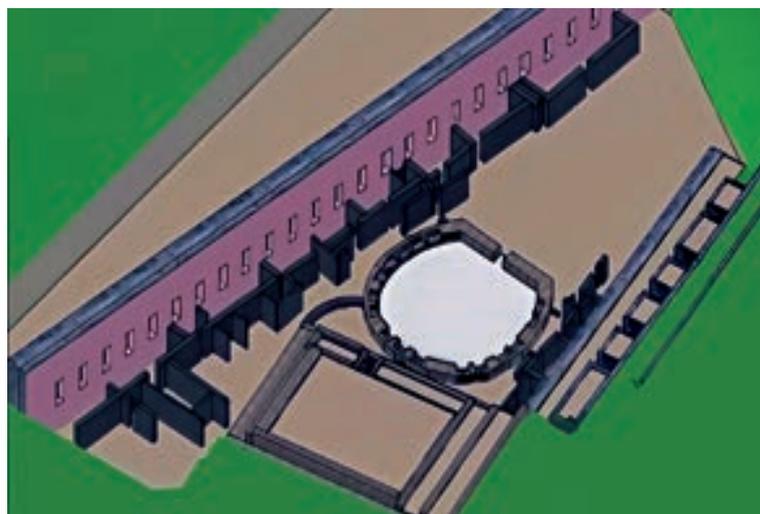
Los resultados obtenidos son muy importantes, ya que se han encontrado un conjunto de depósitos rituales en la parte interna de recintos rectangulares, adyacentes al recinto ceremonial. Estos hallazgos constituyen evidencias de la realización de actos rituales en los cuales se depositaron diversos elementos en fosas cavadas, rompiendo el piso; luego, fueron cubiertas para protegerlos. A pesar de haber sufrido un gran proceso de destrucción y saqueo durante la época de abandono, se ha develado varias ofrendas que en el mundo andino son conocidas como «*pagapus*». Estas ofrendas consistían en una variedad de objetos que se enterraron en hoyos y fosas en el interior de los cuartos adosados a las plataformas, así como en la gran muralla que rodea este sector.

De acuerdo con las evidencias, podemos afirmar que estos elementos se colocaron en diferentes momentos. Algunos parecen corresponder a la construcción de nuevos espacios, renovación o reconstrucción, otros a rituales funerarios, algunos más a ofrendas a sus deidades, y los demás se relacionarían con el abandono.

No se trata de un solo tipo de ofrenda, sino de varios tipos asociados a un conjunto de elementos, ya sea solos o en pares, y que tenían diferentes finalidades. Estas ofrendas realizadas dentro del área sagrada adquirieron un significado simbólico muy especial. Hasta el momento, Vegachayuq Moqo se destaca como uno de los lugares más importantes dentro del Complejo Arqueológico de Wari.

Sin duda, esto se relaciona con el apogeo de la ciudad, las ceremonias públicas y la exhibición de supremacía del grupo que controlaba la urbe. En todo este contexto político y social —que hizo más compleja para la administración estatal wari—, los depósitos rituales desempeñaron un papel muy importante, ya que están vinculados a diversos eventos que dejaron evidencia de la realización de rituales asociados a un conjunto de objetos.

Las evidencias empíricas demostraron que una de las prácticas comunes y frecuentes —durante el Horizonte Medio— era la de romper o «matar» ritualmente vasijas de cerámica, acompañadas de otros elementos: entierros de camélidos enteros o partes de sus cuerpos, metales, tejido, etc. Tales elementos dependían a lo mejor del tipo de ofrenda realizada a sus deidades. En el caso de Vegachayuq Moqo, estos depósitos rituales se colocaron en el interior de las estructuras arquitectónicas de planta rectangular que tenían las paredes enlucidas y pintadas, con un piso compacto de puzolana, diatomita y arcilla. La mayoría de los depósitos se colocaron en fosas cavadas, rompiendo el piso, ya sea de manera superficial o profunda. En casos muy específicos, se habilitó un revestimiento interior con piedras y se cubrió con una laja de piedra, sobre la cual se rellenó hasta el nivel del piso.



Recintos adosados a la gran muralla con hornacinas en cuyos pisos se colocaron las ofrendas.
Dibujo: Christian Vargas Arango



Culto y ritual a los ancestros al interior de las áreas ceremoniales en "D"

Según la información obtenida a través de las excavaciones arqueológicas, se identificó diferentes tipos de depósitos. Algunos corresponden a tumbas secundarias que se hallan enterradas dentro del área sagrada adyacente a un conjunto de ofrendas. Otros depósitos incluyen objetos de cerámica fina adrede rotos, cestos con tejidos multicolores, fragmentos de concha de espondilos trabajados, esculturas antropomorfas de piedra, placas metálicas de plata, *tupus* o prendedores, entierros de cuyes y semillas de maní, mazorcas de maíz y fragmentos trabajados de espondilos.

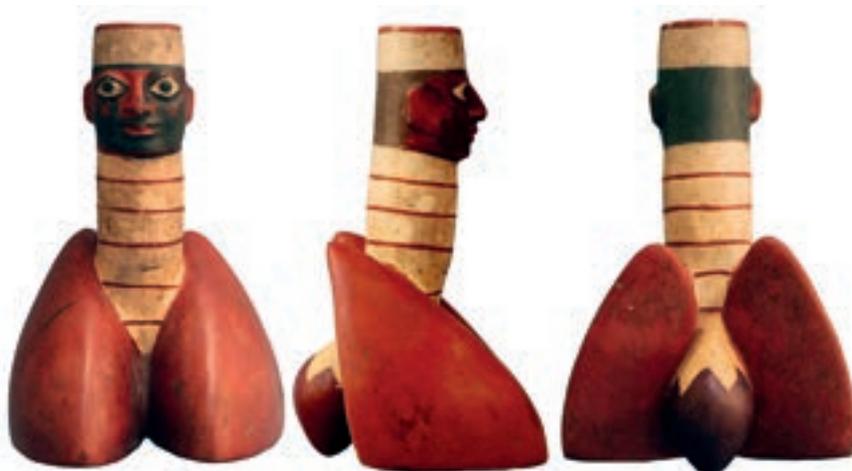
De todos los depósitos encontrados, destacaremos dos debido a su importancia, ya que proporcionan pistas sobre rituales vinculados a sacrificios humanos. El primero se encontraba en el interior de un recinto de planta rectangular situado en el lado oeste del recinto ceremonial. Se hallaba por debajo del piso y tenía una cubierta de lajas de piedra. Al retirarlas, se descubrió una cista cilíndrica revestida de piedras, en cuyo interior se encontraba un plato con una cabeza decapitada. La cabeza presentaba un orificio en la parte frontal y aún tenía dos vértebras cervicales conectadas. Estaba asociada a prendedores de uso femenino y una pequeña botella. ¿Acaso se trataba del sacrificio de una dama que fue decapitada y colocada como ofrenda? El segundo caso corresponde a otra fosa cavada bajo el piso de un recinto contiguo al anterior, que contenía restos óseos humanos desarticulados e incompletos, incluyendo un cráneo, junto a dos vasijas intactas y nueve prendedores.

Una de las vasijas que destaca y que es única en su género para la época wari representa la tráquea con un rostro humano en la parte superior, y en la inferior se encarnan con gran maestría y realismo, dos pulmones con el corazón en la parte media. Para lograr esta representación, creemos que los waris debieron diseccionar cadáveres para extraer las partes blandas y ofrecerlas a sus deidades en rituales. El hallazgo de esta vasija escultórica nos ha proporcionado valiosas pistas para interpretar la compleja iconografía wari, en la que se muestra a las deidades míticas sosteniendo la tráquea y los pulmones en sus picos. ¿Se trataba de sacrificios humanos que implicaban la disección de cadáveres y la extracción de las partes blandas para ofrecerlas simbólicamente como alimento a sus deidades? Lo que es indiscutible es que durante la época wari, se llevaron a cabo sacrificios humanos que involucraban la decapitación de cabezas y la extracción de partes blandas para ofrecerlas simbólicamente a sus divinidades.

Sin duda, el sacrificio humano fue una práctica común en muchas sociedades prehispanicas. En el caso de wari, los últimos hallazgos producidos en el sector de Vegachayuq Moqo han proporcionado información novedosa que recién empieza a ser estudiada. Estamos seguros de que abrirá una nueva línea de investigación en el conocimiento del antiguo estado imperial que surgió en Ayacucho.

Además, se descubrieron depósitos rituales que incluían cestos y tejidos en proceso de elaboración, junto a instrumentos relacionados a la actividad textil, mates pirograbados y restos óseos humanos desarticulados. También se encontraron

semillas de maní, tusas con granos de maíz y entierros de cuyes. La presencia del espondilo o el *mullu* es significativa, ya que su hallazgo es recurrente en muchos depósitos de ofrendas. Más allá de su profunda conexión simbólica con el agua, es probable que estuviera relacionado con los procesos constructivos y de abandono de las estructuras arquitectónicas.



Botella escultórica con representación de la tráquea, pulmones y corazón humano



Deidad mítica wari devorando simbólicamente los órganos blandos producto de un sacrificio

Como hemos podido observar, los depósitos rituales en los diferentes espacios arquitectónicos contiguos al área ceremonial en forma de una «D» presentan un contexto arqueológico que varía según el contenido y el tipo de objetos asociados. Su presencia dentro del templo le da cierta relevancia, ya que se halla en un área considerada sagrada donde se realizaron una serie de rituales en honor a sus deidades y sus ancestros.

Hasta el momento, no se encontró ningún otro tipo de depósito similar en los demás recintos ceremoniales dentro del área sagrada de Wari. Tampoco se han hallado plataformas superpuestas. Este hecho convierte al recinto mencionado, hasta ahora, en el centro ceremonial más importante de la ciudad de Wari.



Mate pirograbado con iconografía de animal estilizado de perfil que lleva un bastón

El templo en «D» asociado a lanzas de chonta

A unos 60 metros hacia el este del templo en forma de una «D», en una elevación plana, se excavó otra estructura similar. Su cabecera de muro era visible, con un acceso orientado hacia el sur, y había sido excavada parcialmente en años anteriores.

Las excavaciones develaron en su totalidad otro recinto ceremonial, el cual presenta una planta circular trunca con el muro recto orientado hacia el sur, donde se ubica el vano de acceso que colinda con un patio al cual se accede a través de una gradería de tres peldaños. El diámetro externo de norte a sur es de 21.84 metros, mientras que de este a oeste es de 21.44 metros. El diámetro interno de norte a sur es de 17.50 metros, y de este a oeste es de 18.40 metros.

La parte interna del recinto cuenta con 18 hornacinas de tamaño apenas variable, distribuidas en el muro interno circular. En el lado recto, se encuentra el acceso que, al parecer, tenía puerta cuyos soportes se insertan en dos nichos paralelos pequeños, uno a cada lado de las jambas. Un elemento arquitectónico peculiar que no se ha presentado hasta el momento en otras estructuras similares, es la presencia de dos nichos de 52 cm de largo por 45 cm de ancho con una profundidad de 52 cm, ubicados en la parte media de los lados este y oeste del muro circular. Estaban clausurados y cubiertos por un enlucido de color blanco. Al retirar el enlucido, se reveló que los nichos estaban vacíos, sin ningún contenido en su parte interna. En general, las hornacinas no presentan evidencias de dinteles, pero las jambas y la

mocheta muestran rastros de haber tenido un revoque de barro que se pintó de color blanco lechoso.

El muro del edificio ceremonial se construyó utilizando la técnica de mampostería especial y cuidadosa. Consistió en piedras canteadas y labradas de tamaño mediano y grande, en forma rectangular. Estas piedras se colocaron con la parte plana hacia el paramento interno, lo que proporcionó una cierta planimetría y un acabado de mejor calidad. El grosor del muro varía entre 1.45 a 1.70 metros, y la altura con respecto al piso promedia alrededor de 1.80 metros.

El acabado final de los muros incluyó un revestimiento o revoque, seguido de una capa de pintura. Es evidente que la parte interna del edificio tenía un aspecto sobrio y elegante debido a la pintura blanca lechosa utilizada. Sin embargo, las excavaciones revelaron que gran parte de este revoque se destruyó a propósito y arrojado dentro del relleno que cubrió todo el recinto. El revoque estaba compuesto por bloques compactos que contenían una mezcla de arcilla, paja, arena seleccionada y tal vez puzolana triturada. Además, estos bloques aún presentaban la impronta de cañas sobre las cuales se aplicó el mortero usado para el revoque.

El piso del edificio ceremonial está construido con una superficie sólida y nivelada, compuesta de puzolana, arena granulada similar a gravilla y arcilla seleccionada, proporcionando una consistencia bastante compacta. El color original de este piso era blanco cremoso. Sin embargo, debido a las reiteradas quemaduras rituales con alta temperatura —realizadas en algunos sectores de la parte interna— el color del piso se modificó, adquiriendo tonalidades grisáceas, verdosas y naranjas; lo cual se debe a la oxidación de la arcilla presente en la mezcla del piso. El grosor varía entre 16 a 23 cm y se colocó sobre un falso piso construido como si fuera un empedrado, después de llenar adrede estructuras arquitectónicas que datan de una época anterior.

El área ceremonial fue a propósito enterrado antes de su abandono definitivo, como lo indican varios indicios. Entre ellos, se encontró un gran relleno compuesto por ciertas piedras canteadas de gran tamaño y bloques de piedra cuadrangulares y rectangulares, que se cubrió con tierra y que se extendió por toda la extensión del área interna. Dentro de este relleno, se recuperaron varios objetos culturales, como fragmentos de cerámica que datan de los periodos huarpa y wari, restos óseos de camélidos y humanos dispersos sin una disposición ordenada o asociación específica, así como instrumentos líticos como pulidores, abrasivos y percutores. Entre los hallazgos, se destaca un tapón de forma cónica hecho de tufo volcánico. También se encontraron una gran cantidad de escombros de puzolana y mortero compactado, que se pintó de blanco y que corresponde a pequeños bloques desprendidos de los muros interiores. Además, se hallaron restos de quincha y sogas, junto con concentraciones aisladas de ceniza y carbón.

Debajo del relleno de piedras, se expuso con claridad todo el pavimento del área de ceremonial. En esta capa, se identificaron zonas con evidencias de quema,

donde se encontró una abundante cantidad de ceniza y material orgánico calcinado. Entre estos objetos incinerados, se hallaron concentraciones de paja amarrada en pequeños bloques, troncos de madera y cuerdas de diferentes grosores.

Las excavaciones en el área ceremonial nos permitieron registrar múltiples contextos, asociados con la evidencia de quema intensiva de restos orgánicos; marcando así el abandono definitivo del área ceremonial. Estas zonas de quema concentrada se ubican sobre todo en la parte central y el lado sur del interior del recinto en forma de una «D». En estos contextos, se encontraron cantidades considerables de juncos, paja, troncos gruesos y delgados, atados —en algunos casos— con cuerdas de fibras vegetales, lana de camélidos y algodón. Estos materiales se calcinaron como parte de un ritual antes de ser abandonados de manera definitiva en el lugar. Además, sobre el piso, que aparentaba estar vitrificado por la alta combustión, se encontraron agrupamientos de chonta carbonizada, que correspondía a lanzas con los extremos terminados en punta.

La combustión de los elementos mencionados en el área ceremonial parece haber ocurrido a la vez en espacios adyacentes, y se incluyó la quema de objetos no identificados por completo. Los bloques de paja atados a troncos delgados y gruesos, junto con cañas y juncos, sugieren la realización de eventos rituales muy importantes que marcaron el abandono y cierre definitivo del lugar. Mientras las brasas aún ardían, se procedió a rellenar el área con bloques de piedra y tierra. La presencia de grandes cantidades de carbón y troncos a medio quemar, así como residuos de paja con cuerdas finas y medianas, indica con claridad este proceso de abandono y cierre del área ceremonial.

El contexto arqueológico definido en el lado noreste del área ceremonial incluyó una capa de ceniza debajo de la cual aparecieron bloques de paja combinados con totora. Estos bloques se amarraron en pequeños paquetes con soga delgada de fibra de camélidos, mientras que los troncos se entrelazaron con sogas de grosor mediano, y se identificó la fibra vegetal del maguey en algunas de estas sogas. Debajo de esta capa, sobre el piso, se encontró otra concentración de chontas carbonizadas superpuestas unas sobre otras. Estas chontas tenían dimensiones que variaban de 72 a 45 cm de largo y 3.5 cm de grosor, con un extremo filoso y el otro plano o redondeado. Además, se halló un madero en parte calcinado, incrustado en el suelo, que parecía corresponder a una columna. Junto con estos elementos, se encontraron granos de maíz carbonizado.

El contexto más representativo y definido se ubicó en la parte central, orientada hacia el lado norte. En esta área, se registraron alrededor de 50 lanzas de chonta superpuestas, junto con una cantidad significativa de paja, totora y troncos de madera delgada y gruesa, entrelazados y amarrados, que al parecer correspondían a una parte del techo que se había desprendido para su quema. Además, destacó el hallazgo de concentraciones de cuerdas o sogas de diferente grosor y material. Según los análisis realizados por Melisa Ñacari (2019), los tipos de madera identifica-

dos fueron el aliso (*Alnus acuminata*), que representó la mayor proporción, seguido en menor medida por el molle (*Shimus molle*) y chachas (*Escallonia resinosa*). El aliso al parecer fue el material utilizado en la construcción de los techos, ya que su tronco era recto y largo; mientras que las chachas se requerían como combustible, debido a su alta durabilidad.

Uno de los hallazgos que ha permitido definir parte de las funciones del templo en forma de una «D» es la presencia de una columna lítica tubular e incrustada en el pavimento, rodeada de una pequeña estructura en forma de una «D» a la que hemos denominado reloj solar o *intiqawana* (lugar donde se observa el movimiento del sol). Estaba ubicado cerca de la parte media, orientado hacia el lado sureste, y presentaba revoque de barro con arcilla y puzolana. La columna tiene un diámetro de 2.36 metros, mientras que la estructura lítica tubular tenía 26 cm de diámetro y una altura de 85 cm hasta el piso.

Por último, cabe señalar que al lado noroeste —pegado al muro— se registró otro contexto en el que, aunque en menor proporción, se repiten los elementos citados antes. Se identificaron restos de un cesto elaborado con palos delgados entrelazados, que al parecer tenía un contenido que se consumió del todo por el fuego.

Por los elementos asociados en los diferentes contextos identificados en el pavimento, resulta evidente que hubo un acto ritual de abandono. En dicho acto se incineró una cantidad significativa de lanzas con puntas afiladas y probables arcos de chonta, que se utilizaban como armas por los guerreros.

Este hecho, que no es frecuente en otros templos con forma de una «D» de la época wari, nos lleva a proponer que es probable que esta estructura haya correspondido a uno de los grupos corporativos de especialistas que vivieron en la ciudad; en este caso, guerreros cuya arma principal eran las lanzas y los arcos con flechas. Una idea complementaria es que estos guerreros podrían haber tenido algún vínculo con la Amazonia, ya que las chontas corresponden a plantas cuyo hábitat natural es la selva, un territorio conocido por los waris. Los hallazgos realizados en Vilcabamba, en el Cusco, son un claro testimonio de la presencia de los waris, donde establecieron un centro administrativo desde el cual se abastecieron no solo de chontas, sino también de coca, frutos, plumas de aves y otros recursos propios de esta zona.

Esto incluyó la quema y destrucción del edificio, ya que los materiales como la paja y la totora se usaron para techar los espacios arquitectónicos, y además se emplearon maderos de diferentes grosores como soporte de la carga estructural. Este acto habría marcado el final del prestigio de los templos con planta en forma de una «D», ya que —al parecer— correspondían a colectivos de especialistas vinculados con los grupos de poder que gobernaron la ciudad.

Una vez que se registraron y retiraron los contextos del piso, se pudo observar un pavimento con evidentes huellas de combustión a altas temperaturas. Tanto es así que la tonalidad de color varía desde un naranja rojizo hasta un tono crema en

áreas donde la combustión no fue tan intensa. Es importante destacar que el acto de quema no se limita solo a la época de abandono, sino que en su interior se llevaron a cabo incineraciones de eventos anteriores como parte de rituales durante el funcionamiento del templo.

Una vez del todo descubierto, el piso mostró 29 intrusiones que rompen la superficie, con diámetros y profundidades variables, destacando ante todo tres de ellos. El primero correspondía a la base del reloj solar, donde uno de los pilares se enterró. El segundo contenía fragmentos de conchas de *spondylus* calcinados junto a abundante ceniza. El tercero reveló una tumba intrusiva con revestimiento de piedras, ubicada en el lado noreste, a una profundidad de 30 cm debajo del piso. Este nicho se disturbó y no contenía ningún objeto o resto.

Por último, una intrusión —ubicada en la parte media del lado norte— nos condujo al descubrimiento de recintos de planta rectangular con acceso y hornacinas internas. Estas estructuras arquitectónicas tempranas contaban con paredes enlucidas y hornacinas, que habían sido adrede enterradas bajo bloques de piedra y puzolana; además, estaban dispuestas de manera uniforme con la cara plana hacia los paramentos, para evitar dañar las paredes. La estructura estaba orientada de norte a sur y parecería tratarse de un recinto rectangular con hornacinas internas, situado en una pequeña plataforma desde la cual se descendía a otro espacio a través de una serie de graderías compuestas por cinco peldaños de piedra y barro. El piso era compacto y estaba hecho de puzolana, con una planimetría bien definida. La altura del piso con relación al pavimento de quema era de 2 metros y estaba relleno con una abundante cantidad de piedras seleccionadas, dispuestas con cuidado, junto con tierra compactada con agua. Bajo este piso, se encontró otra cimentación de una construcción inicial, lo que sugiere la presencia de hasta tres momentos constructivos correspondientes a la época huarpa, la etapa inicial wari y el periodo de máximo apogeo vinculado con la edificación en forma de una «D».

Finalmente, en la parte exterior, adyacente al acceso principal orientado hacia el sur, se encuentra una pequeña plataforma empedrada con baldosas de piedra que se extiende a lo largo de la parte recta del recinto. En su centro, hay una escalinata de seis peldaños que conduce a un patio. En la parte lateral derecha, se hallan pequeños cuartos y un recinto circular, mientras que en el lado izquierdo hay otros recintos de planta rectangular bien elaborados, con enlucido y pintados de blanco. Llama la atención sobre todo un espacio arquitectónico de planta irregular, junto a cuartos pequeños con hornacinas, cuyas paredes estaban pintadas de rojo. Uno de estos cuartos, el de mayor tamaño, cuenta con un piso apenas inclinado que se orienta hacia un colector asociado a un canal.

De acuerdo con las evidencias encontradas en las excavaciones del recinto en forma de una «D», podemos afirmar que se trata de una estructura arquitectónica de carácter monumental, asociada con la arquitectura de poder. Sus elementos constructivos, dimensiones y elementos arquitectónicos demuestran que su fun-

ción se vinculaba con rituales de carácter religioso y astronómico. El culto a sus antepasados, al parecer, fue una de las actividades desarrolladas en el recinto, ya que las hornacinas quizá se utilizaron para colocar las momias de los ancestros, venerándolos a través de una serie de rituales. Por otro lado, la presencia de 16 hornacinas orientadas casi simétricamente hacia los lados este, oeste y sur —en asociación con el reloj solar o *intiqawana* en el centro del recinto—, también sugiere una función como observatorio astronómico para el control del tiempo.



Reconstrucción de los rituales de quema al interior de los recintos ceremoniales en “D”



Parte interna del templo en “D” con áreas de quema intensa en el pavimento

Concentración de lanzas de chonta calcinadas sobre el piso en la época de abandono



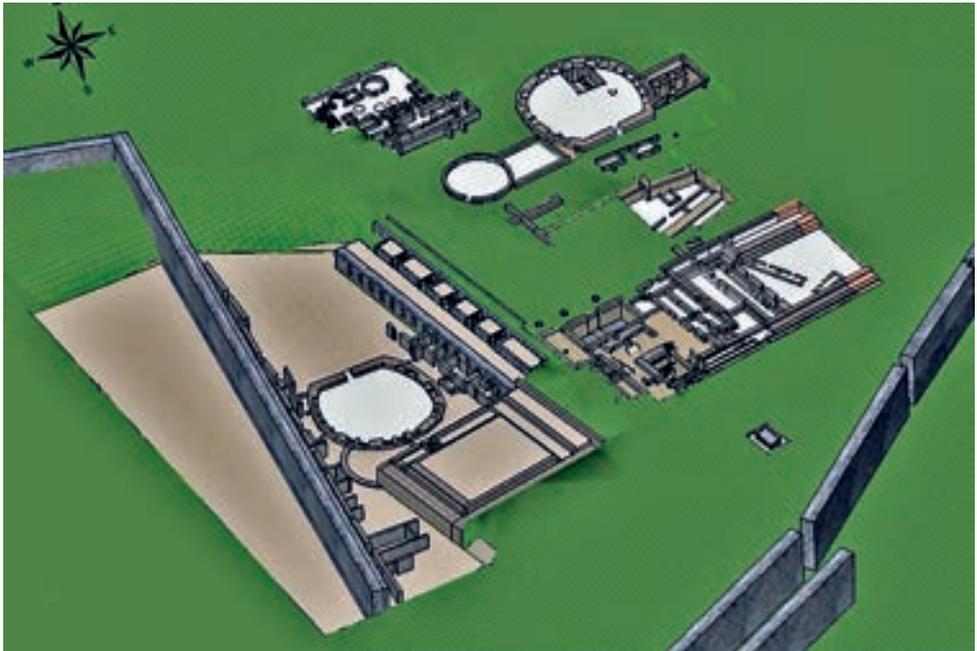
Lanzas de chonta con extremos en punta carbonizadas por la combustión



Vista aérea del templo en D asociado al reloj solar construida sobre una edificación anterior



Detalle constructivo de la edificación temprana debajo del pavimento y sobre ella el reloj solar



Reconstrucción isométrica de los templos ubicados en Vegachayuq Moqo
(Dibujo: de Christian Vargas Arango)



Plano del sector de Vegachayuq Moqo con los dos recintos en “D asociados a estructuras arquitectónicas y un recinto ceremonial circular tardío.
J. Antonio Ochatoma Cabrera

Recinto en «D» - Oráculo privado con pintura mural y escalinatas

Se trata de un recinto en forma de una «D» que, debido su dimensión tan pequeña en comparación con otros conocidos en la ciudad de Wari, se cree que pertenecería a un oráculo privado de algún gobernante o sacerdote. Está ubicado en el lado noroeste del templo asociado a la quema de las lanzas de chonta, a unos 15 metros de la parte posterior, en el lado norte. Se accede a él descendiendo a través de un pasadizo con escalinatas de piedra finamente trabajadas.

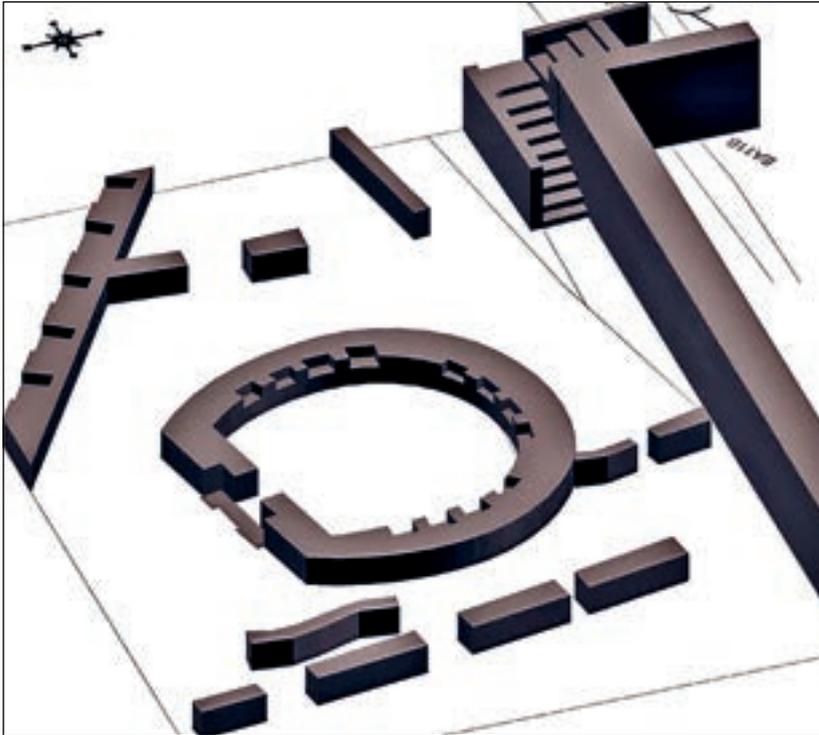
El recinto presenta dimensiones notables, con un diámetro orientado de este a oeste de 5.76 metros (interno) y 7.85 metros (externo); mientras que el diámetro de norte a sur es de 5.33 metros (interno) y 7.66 metros (externo). El grosor del muro varía de 1 a 1.18 metros, con una altura de 1.40 metros desde el piso. El muro está construido en mampostería ordinaria, compuesto por tres hiladas verticales y de 7 a 10 hileras horizontales; además, se construyó con lascas de piedras careadas de distintos tamaños, unidas mediante mortero de barro. El acceso es peculiar, con dos jambas, y orientado hacia el lado norte, adyacente a un pequeño patio de un recinto rectangular.

En la parte interna, se encuentran solo 12 hornacinas, con dimensiones de 98 cm de altura, 84 cm de ancho y una profundidad de 56 cm. La altura del piso hasta la mocheta promedia 1.28 metros.

Los nichos se distribuyen de manera proporcional, con cuatro en cada uno de los lados: este, sur y oeste. Además, se revistió con barro y pintado de blanco, tanto en su parte interna como externa, y no se encontraron evidencias de la presencia del reloj solar con la estructura tubular incrustada, ni indicadores de incineraciones en el pavimento. Por sus dimensiones, al parecer, estuvo del todo techado, incluyendo los pasadizos y un muro lateral donde se encontraron vestigios de pintura mural, incluido una representación de felino.



Vista del probable oráculo privado con planta en «D» con nichos enlucidos y pintados de blanco



Reconstrucción isométrica del templo pequeño asociado a escalinatas de piedra y pintura mural

El recinto presenta un acceso peculiar con doble jamba, situado sobre un pavimento bien conservado de puzolana y diatomita. La jamba interna tiene medidas de 1 metro de largo, 56 cm de ancho y 52 cm de altura; mientras que la jamba externa cuenta con dos pequeñas escalinatas de 10 cm de altura y una longitud de 2.10 metros, con un ancho de 45 cm.

Las estructuras arquitectónicas estaban cubiertas por un relleno de tierra suelta de granulometría fina y escasos bloques de puzolana, lo que sugiere un relleno intensional y planificado; ya que se tuvo el cuidado de no dañar los enlucidos. El contenido cultural del relleno es escaso, y consta de fragmentos de los estilos Chakipampa y Huamanga, que corresponden a cántaros, botellas y escudillas. También se hallaron pocos restos óseos de camélidos dispersos.

Una vez retirado el relleno, se reveló un pavimento de puzolana y diatomita de color blanco lechoso. Su superficie estaba totalmente limpia, y presentaba huellas de 10 intrusiones concentradas en la parte este; mientras que en el lado oeste se encontraba en buen estado de conservación. Durante la excavación de las intrusiones, se descubrió que contenían solo tierra y algunas piedras, lo que permitió exponer una secuencia de tres pisos superpuestos que descansaban sobre la roca antes nivelada y apisonada.

En la parte exterior del oráculo personal, hay una serie de recintos en parte descubiertos, junto con un pasadizo encajonado que consta de 14 escalones de piedra finamente trabajados; el cual desciende desde el lado noreste, donde se encuentra otro recinto en forma de una «D» de mayores dimensiones. Este pasadizo es estrecho, enlucido y pintado de blanco, con un ancho de 1.10 metros, y presenta dos secciones que forman una especie de «L», descendiendo entre plataformas superpuestas. El primer tramo, orientado de norte a sur, presenta un óptimo estado de conservación, con seis escalones muy bien ensamblados y encajados, formando ángulos de 90 grados. El segundo tramo, orientado de este a oeste, consta de ocho peldaños algo deteriorados debido al uso, y se conecta con un pasadizo que rodea el lado sur del recinto en forma de una «D». Al parecer, antes, las escalinatas estuvieron pintadas de rojo, ya que en las esquinas y en partes de los peldaños se encuentran restos de pintura que se desgastaron de manera gradual debido al uso.

Por último, es necesario mencionar que en los cuatro peldaños de arranque de la parte baja, se identificaron concentraciones de quema que se extienden hasta el pavimento de otro pasaje. Estas concentraciones consisten en ceniza y material orgánico carbonizado, que incluye paja, sogas y maderos de tallos delgados y gruesos, resultado de la combustión que afectó y ennegreció parte de las paredes laterales. Además, se hallaron otros elementos asociados, como fragmentos de cerámica del estilo Huamanga, un emparejador de puzolana, desechos de talla de obsidiana, un percutor y escasos restos óseos de camélidos.

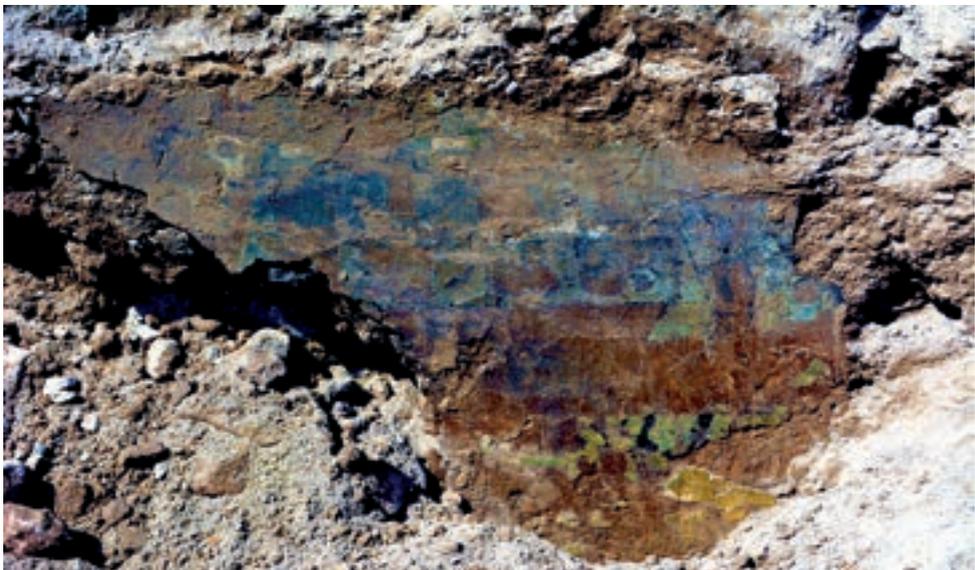
En el paramento externo de la pared del lado sur, que encajona las graderías, se hizo un hallazgo excepcional, único hasta el momento en la ciudad de Wari. Se trata de los primeros indicios de pintura mural, que se develaron en parte y luego cubiertos en su totalidad para garantizar su conservación. Este descubrimiento consiste en la representación de lo que parece ser un felino de cuerpo entero, visto de perfil, en el que se distinguen la cola, las patas traseras y delanteras, así como parte de la cabeza, pintados sobre una pared con fondo marrón. Los colores empleados incluyen blanco, gris, amarillo y negro. La porción del mural que se develó tenía unas dimensiones de 60 cm de largo y 37 cm de altura.

Las graderías conducen a un pasadizo estrecho delimitado por un muro de contención que tal vez corresponda una terraza, y que bordea la parte posterior del recinto en forma de una «D». Aquí, se hallan dos muros adosados que forman una especie de acceso que continúa rodeando hacia el lado oeste, donde hay una pared recta con tres accesos y hornacinas que no se excavaron. Hacia el lado norte, donde se hallan el muro recto y el vano, existe un recinto rectangular que funciona a modo de patio. Esta platea se ve interrumpida por un muro apenas curvo, que sirve como contención para una plataforma o relleno posterior.

El área circundante al probable oráculo está rodeada por un conjunto de recintos a los que se accede a través de la escalinata. Existen indicios de que los recintos adyacentes poseen accesos y hornacinas que no se excavaron por completo.



Detalle de las escalinatas de piedra labrada encajonada en un pasadizo estrecho que conduce al oráculo privado



Pintura mural parcialmente develada con representación de un probable felino



Vista aérea en planta del templo en “D” u oráculo privado asociado a pasadizos y una gradería de piedras

Sector de Capillapata

Este sector se encuentra en el extremo norte del Complejo Arqueológico de Wari, delimitado por una muralla perimétrica que bordea un acantilado conocido como quebrada de Ocopa, a una altitud de 2685 m s. n. m.

Dentro del sector cercado por murallas altas, se encuentran espacios arquitectónicos de grandes dimensiones. Uno de los elementos más destacados es un anfiteatro de más de 100 metros de longitud, que incluye una plataforma piramidal adosada al muro principal. Esta plataforma quizá cumplió una función similar a la de las pirámides de los grandes templos de la costa. Este espacio, que se asemeja a una gran plaza alargada, se rodea de altas murallas y presenta una planta trapezoidal. En su extremo norte, se encuentra un muro que la separa de un pasaje vestibular que conduce a un recinto cuadrangular de grandes dimensiones. En el muro principal de este recinto, hacia el este, se observa una gran cantidad de pequeñas

hornacinas, en las cuales se cree que podrían haber estado insertadas unas clavas de piedra similares a las «cabezas-clava» halladas en Tiahuanaco. Si bien no se encontró una clava *in situ*, existe un ejemplar en el Museo Regional de Ayacucho que procede de Wari y representa una clava que termina en la cabeza de un felino. Esto sugiere que podría corresponder a uno de los elementos incrustados en la pared.



Vista aérea de los tres templos con planta en “D”
develados en el sector de Capillapata

Este sector no se excavó antes y carecía de información detallada sobre las evidencias empíricas. Los reportes previos se limitaban a descripciones basadas en las prospecciones, así como a las características de los muros y las dimensiones de los amplios espacios. El sector colinda al norte con la zona de Vegachayuq Moqo y forma parte de un sector más grande dedicado al culto de deidades y ancestros, dentro de lo que se conoce como la zona sagrada de Wari.

De acuerdo con los resultados de las investigaciones realizadas en este sector, se han descubierto tres edificaciones ceremoniales con planta en forma de una «D» y, al parecer, hay otro muy cerca de las murallas que delimitan los amplios espacios. El terreno donde se construyeron estos edificios presenta una ligera pendiente, lo que sugiere que se niveló a través de la creación de plataformas sobre las cuales se levantaron los monumentos ceremoniales. Estas estructuras están asociadas a un conjunto de espacios arquitectónicos que exhiben un acabado de alta calidad, con revoque y pintura de un tono blanco cremoso.

Recinto en «D» - Contexto de plumadas

Se trata de una de las estructuras arquitectónicas ceremoniales con planta en forma de una «D» mejor preservadas. Permanecía cubierta por un gran relleno de piedras sueltas y una densa vegetación de cactus y arbustos típicos de la zona. Su descubrimiento se produjo como resultado de un reconocimiento sistemático y a partir de algunos indicios que se encontraron en la superficie. Está asociado a un conjunto de recintos adosados en la parte externa, y su acceso colinda con un espacioso patio que conecta con otro recinto en forma de una «D» de dimensiones más reducidas. Este recinto se ubica a unos 50 metros al norte del edificio con la escalinata de piedra y pintura mural.

Las dimensiones de esta edificación presentan ligeras variaciones en comparación con la de Vegachayuq Moqo. El diámetro externo es de 21 metros de norte a sur y 20 metros de este a oeste; mientras que el diámetro interno es de 17.86 metros de norte a sur y 16.86 metros de este a oeste. El grosor del muro perimétrico promedia 1.60 metros.

El tipo de construcción es de mampostería mixta, que se caracteriza por presentar una elaboración a base de grandes bloques de piedra; las cuales están labradas ligeramente en uno de los lados, mostrando formas rectangulares y cuadrangulares. Además, se hallan mezcladas con piedras canteadas o lajas de tamaños medianos, con la cara plana dispuesta hacia el paramento y rellenas con gran cantidad de piedras menudas a modo de pachillas.

Uno de los datos importantes revelados de este templo es el buen estado de conservación del muro orientado hacia el lado sur, que estaba cubierto por un amplio relleno. Este muro tiene una altura de 3.85 metros y presenta hornacinas internas que alcanzan una altura de 1.20 metros. En el umbral de estas cavidades, se observan una especie de ménsulas hechas de piedras planas que sobresalen del

paramento interno. Además, en las jambas laterales se hallan evidencias de concavidades circulares donde se insertaron maderos que servían como techo para cubrir la hornacina.

Otro dato relevante, con relación al patrón de las hornacinas internas, es la presencia de 22 nichos en total. De estos, 18 se encuentran en la parte curva; mientras que los cuatro restantes se ubican en la parte recta, cerca del vano de acceso, con dos en cada lado. Las dimensiones de estos nichos varían: la altura máxima alcanza los 1.85 metros en la parte mejor conservada; en tanto que, en otros casos, solo llegan hasta 35 cm. El ancho oscila entre 1.15 a 1.60 metros, con una profundidad promedio de 1.10 metros.

Las 18 hornacinas ubicadas en la parte curva del muro se dividen en cinco grupos, y cada uno se delimita por una pilastra de 2.15 metros; mientras que entre cada hornacina hay una pilastra con un ancho promedio de 60 cm. El primer grupo se halla en el lado norte y consta de cinco hornacinas. El segundo grupo está en la esquina noreste y se compone de dos hornacinas. El tercero grupo, situado en el lado este, se constituye de cuatro hornacinas. El cuarto grupo, en la esquina sureste, se forma de dos hornacinas, y el último grupo, hacia el lado sur, cuenta con cinco hornacinas.

Hay otro grupo de hornacinas pequeñas de forma cuadrada que se distribuyen en dos niveles, en función al piso. Sus dimensiones no son exactas, con variaciones que oscilan entre 20 y 30 cm en altura y ancho, y una profundidad de 25 a 30 cm. Estas hornacinas se encuentran tanto en la parte recta como en la curva del muro interno, y algunas están ubicadas en la parte inferior de las hornacinas mayores; mientras que otras se hallan en la parte media, entre las jambas o pilastras. Un detalle que debemos resaltar es la presencia de hasta tres capas superpuestas de revoque compuestas por puzolana, arcilla y tierra seleccionada, con un espesor de hasta 12 cm, que estaban pintadas con un color blanco lechoso. En las dos capas iniciales se pueden observar las huellas de las manos, aunque en algunas áreas se utilizaron emparejadores para lograr una superficie uniforme, antes de aplicar la pintura blanca lechosa. La presencia de capas sobrepuestas en las paredes indica que el templo se sometió a remodelaciones y renovaciones en hasta tres ocasiones, abarcando tanto la parte interna como la externa.

Tras su desvelamiento en la superficie, se observó un gran relleno de piedras sueltas cubierto de vegetación. Entre los escombros, hay una presencia significativa de terrones compactos de arcilla con puzolana que presentaban improntas de diversos colores, desde un gris hasta un anaranjado rojizo. Esto como producto de las altas temperaturas de la combustión que alcanzó en ciertas áreas durante el abandono definitivo. Otro elemento que se encontró con regularidad fueron los bloques de piedra de diversas dimensiones, que correspondían a las paredes colapsadas y a otros que se habían utilizado como relleno. De manera conjunta se halló tierra con restos óseos de camélidos y fragmentos de cerámica de diferentes estilos; predominando Huamanga y Chakipampa, así como Viñaque, en menor proporción.



Proceso de develamiento del templo asociado a las plomadas en Capillapata



Piso saqueado con intrusiones y con evidencias de quema intensa antes de su abandono



Vista parcial de las hornacinas con enlucido y piso calcinado dentro del templo en “D”



Contexto de los hallazgos de las plomadas al interior del recinto en “D”

Otros materiales encontrados junto al relleno incluyen tapones líticos de cántaros con forma cónica, hechos en puzolana. Se hallaron fragmentos de conchas marinas, como *spondylus*, *conus strombus* y almejas, además de un emparejador de revoques con una cara plana. También se identificaron tres puntas de proyectil, cantos rodados usados como percutores y desechos de obsidiana.

Casi en la parte central del recinto, se identificó un muro seco irregular y aislado. Se construyó con dos hileras de piedras sobrepuestas y tenía una longitud de ocho metros y un ancho 1.20 metros, con una altura de 60 cm sobre un pequeño relleno en el piso. Parece que su función era delimitar el área del relleno de piedras, ya que había una escasa cantidad de tales materiales en el lado opuesto.

Muy cerca del piso, en el lado sur del paramento interno, se hizo el hallazgo de un contexto a una profundidad de 1.80 metros desde la superficie. Se trata de una concentración de 14 plumadas de piedra de diferentes tamaños, formas y peso. Estas plumadas estaban dispersas entre los bloques de piedra sobre el suelo, colocadas al parecer de manera aleatoria en diversas direcciones y sobre un lecho de tierra y piedras.

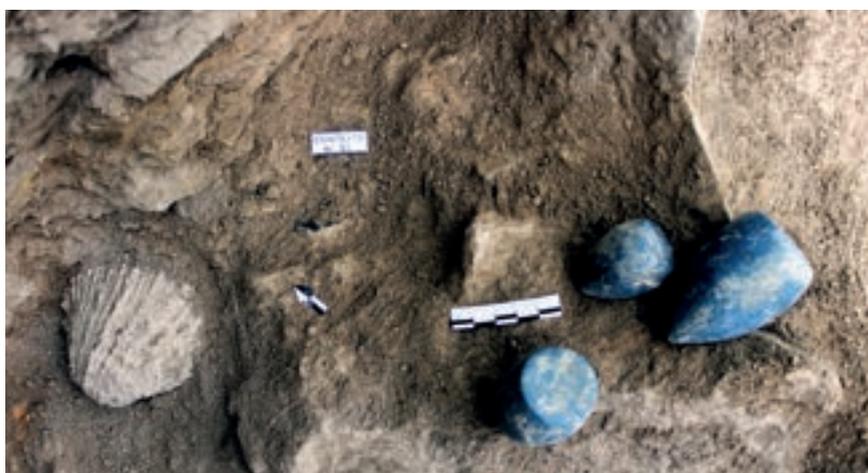
Se trata de instrumentos utilizados en la construcción de sus edificaciones para verificar la verticalidad de las paredes. Tienen forma cilíndrica con la parte superior plana y la fracción inferior cónica, y se confeccionaron en diversos materiales de piedra. Un rasgo distintivo, sobre todo en la parte cilíndrica, es la presencia de líneas incisas paralelas que rodean el cuerpo, algunas con líneas quebradas y otras sin ellas. Hay dos tipos que poseen cuerpos compuestos. Sus dimensiones varían; los más grandes tienen una longitud de 5.2 cm y los más pequeños 3 cm; mientras que el diámetro mayor es de 4.1 cm y el menor de 2.7 cm.

Un segundo hallazgo de plumadas se realizó en la parte noroeste, sobre un relleno de tierra, piedras y ceniza. Se trata de tres plumadas hechas de lapislázuli y se asemejan a trompos de piedra, variando en dimensiones. El más grande mide 7 cm de largo con un diámetro de 4, el segundo tiene una longitud de 4.2 cm y un diámetro de 2.4 cm, y el tercero mide 5.3 de largo con un diámetro de 3.9 cm. Estos instrumentos se asocian con una valva de *spondylus*.

Las características del relleno, que incluye una gran cantidad de piedras y tierra, indican que, junto a estos elementos, se encontraban bloques de enlucido desprendidos de las paredes. Esto sugiere que parte del muro de la edificación podría haber colapsado, quizá como resultado de una intensa quema que ocurrió antes de su abandono. La presencia de capas de ceniza y concentraciones de material orgánico carbonizado, revela que algunos elementos fueron quemados por completo, reduciéndolos a cenizas; mientras que otros experimentaron una combustión incompleta, dejando evidencias de paja, sogas de fibra vegetal y pelo de animal. Además, se encontraron maderos calcinados concentrados sobre el piso, muy cerca de la periferia interna. Esto indica que los techos tal vez cubrían solo los nichos y la parte central de la estructura carecía de cobertura.



Vista en detalle de las plomadas de piedra utilizados por los constructores wari



Hallazgo de tres plomadas de lapislázuli asociados a una valva de espóndilo

Una vez que se retiró el relleno, se expuso un pavimento compacto, aunque muy deteriorado, con áreas de quemaduras intensas dentro del recinto. Este piso estaba compuesto de puzolana, arcilla y diatomita, lo que le otorgaba una coloración cremosa y consistente. Sin embargo, debido a la exposición del fuego, adquirió una variedad de tonalidades, desde un naranja rojizo hasta un amarillento. El pavimento tenía un grosor que oscila entre 5 y 10 cm, y en su superficie se identificaron 40 matrices de intrusiones de diferentes tamaños y profundidades distribuidas de manera irregular. Al excavar estas fosas, se descubrió que la mayoría tenía el mismo relleno que cubría el recinto, compuesta por piedras, tierra, ceniza, fragmentos de enlucido, y restos de cerámica de diversos estilos, con una presencia predominante de los estilos Huamanga, Chakipampa, Viñaque, Aqo Wayqo. Este material incluía platos, ollas, cántaros y elementos líticos, como manos de mortero fragmentadas, esquirlas de obsidiana, y restos óseos de camélidos.

La información que se obtuvo debajo del pavimento sugiere que hubo un relleno compuesto de piedras y tierra, que cubría un piso inicial; el cual se colocó debajo, sobre un lecho de roca madre que se había nivelado y apisonado. Este hallazgo nos lleva a proponer que hubo un momento de renovación del templo, que incluyó la clausura del piso inicial y la colocación de un nuevo pavimento; el cual se asoció con la presencia de al menos dos tipos de revoque superpuesto en las paredes, en cuya etapa final se percibe un revestimiento rústico. En esta última capa de enlucido rústico, se pueden observar las huellas de los dedos de las manos dispuestas en diferentes direcciones, y sobre esta se aplicó una capa de pintura de color blanco.

Es importante destacar que no se han encontrado evidencias del reloj solar, tal vez debido a la intensa depredación que sufrió antes de la quema y el abandono definitivo. Es probable que, como parte de un acto previo a la ceremonia de incineración, se hayan retirado algunas ofrendas que posiblemente estuvieron presentes en las fosas; las cuales quedaron abiertas y luego fueron cubiertas con un relleno compuesto de piedras, ceniza, carbón, tierra y otros elementos. Hasta el momento, no se ha encontrado ningún contexto significativo, a excepción del proceso de abandono y destrucción del sitio.

En la parte externa del recinto ceremonial, sobre todo en la zona norte donde se encuentra la entrada, se han develado contextos de intensa quema en laterales de las jambas. Se observa de manera recurrente la presencia de concentraciones de paja, maderos carbonizados tanto gruesos como delgados, sogas de fibra animal y vegetal, y carbón con una notable cantidad de ceniza. Estos elementos se delimitaron por un muro seco. En el lado este, hay un conjunto de recintos de planta rectangular que presentan enlucidos, que se construyeron adosando a la pared exterior del recinto ceremonial.



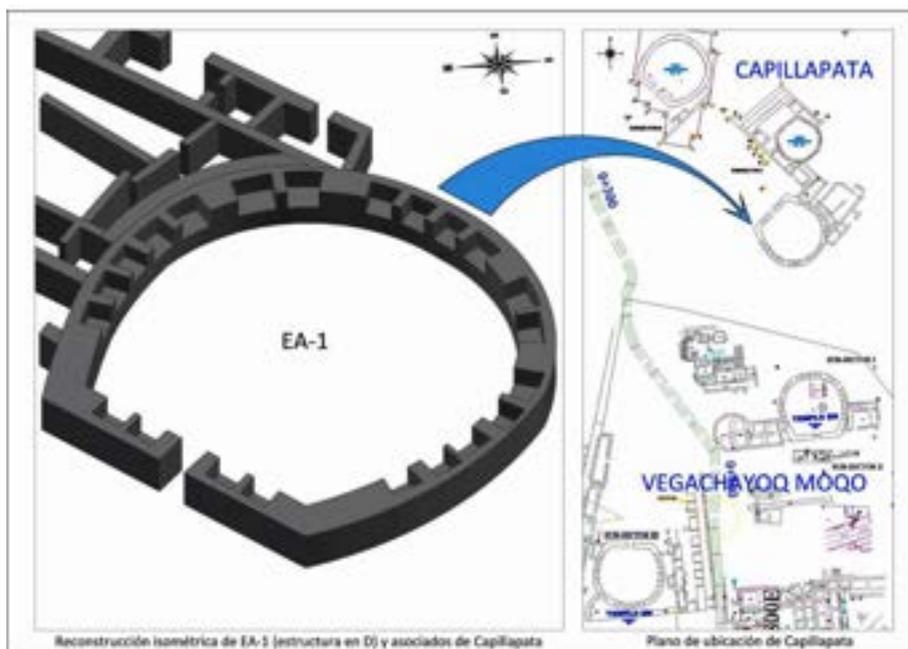
Detalle del muro enlucido y pintado de blanco con improntas de los dedos en las paredes



Vista aérea en planta del templo en “D” asociado a recintos rectangulares en el lado externo



Vista del acceso desde la parte interna orientado hacia una probable deidad tutelar o apu



Reconstrucción isométrica y ubicación del templo en “D” asociado a recintos rectangulares en el lado externo

Por las evidencias encontradas, no queda la menor duda de que, antes de su abandono, se realizaron ceremonias rituales con quema intensa, cuya huella en el pavimento es muy evidente gracias a las diferentes tonalidades que van desde un naranja rojizo hasta el gris. El acto final que marcó el abandono definitivo también incluyó un rito, que consistía en una quema. En algunas partes, se aprecia una incineración completa hasta reducir los objetos a cenizas; mientras que, en otras, la combustión no consumió por completo los productos, ya que fueron rápidamente cubiertos con tierra y piedra; interrumpiendo así la combustión y dejando rastros carbonizados en el piso. Cabe señalar que las altas temperaturas a las que se sometieron, también afectaron de manera inevitable a los muros, los enlucidos y techos, provocando un colapso.

Espacio ceremonial en «D», asociado a cerámica Cajamarca

Se ubica en el lado noreste del recinto en forma de una «D», asociado a las plomadas, a una distancia alrededor de 8 metros. Está orientado al noroeste y tiene una anchura de 13.74 metros en la dirección este-oeste, y una longitud de 13.12 metros en la dirección norte-sur. Se construyó sobre un suelo estéril compuesto sobre todo de puzolana, que —debido a su naturaleza— es fácil de tallar y perforar. Para nivelar el terreno, se excavó un poco más en la zona donde se levantaría el muro de la estructura en forma de una «D», para así colocar los cimientos del muro. Sobre

esta base se construyó el piso y, con él, se completó la primera fase de ocupación. La construcción del piso demandó el empleo de puzolana, la cual —al combinarse con otros elementos— presenta propiedades cementantes significativas.

El acceso se orienta hacia el lado sur y presenta un umbral con un pequeño muro que incluye una gran laja que impide el acceso directo al recinto. Por sus dimensiones, se clasifica como una estructura mediana, con 18 hornacinas internas y un anillo circular en el lado noreste, donde insertaba un pilar tubular de piedra que funcionó como un reloj solar.

Sobre el piso, cerca de la parte central, se construyó una pequeña estructura de forma circular denominada «reloj solar», asociada con un elemento circular, en cuyo interior había un hoyo destinado a sostener un elemento lítico de forma tubular, a modo de poste. Durante el uso de este piso, se hicieron agujeros circulares en el centro y en áreas adyacentes a la cara interna del muro. Estos hoyos habrían servido como repositorios de vasijas, un fenómeno documentado en la estructura en forma de una «D» de Conchopata. Sin embargo, en ninguno de estos agujeros se encontraron ofrendas de cerámica, sino más bien rellenos secundarios.

Sobre el estrato de arena suelta, se coloca un extenso relleno compuesto por numerosas piedras y una variedad de cerámica de distintas épocas. Estos periodos abarcan desde el Intermedio Temprano con estilos cerámicos como Huarpa, Kumunsenqa, Okros hasta el Horizonte Medio, donde se destacan estilos como Viñaque, Robles Moqo, Wari Negro y Chakipampa.

Sin embargo, antes de cubrir este recinto con un relleno de gran tamaño, se realizaron intrusiones en la parte central y en el lado del muro, creando varios hoyos circulares y evidenciando rasgos de quemas. Sobre este relleno, que data de la época poswari, se levantaron dos muros secos, sin argamasa. Uno de ellos recorre a lo largo del lado recto de la estructura en forma de una «D», mientras que en otros tienen forma semicircular y presenta una sola cara y un paramento. En los cimientos del segundo muro, se halló —a modo de ofrenda— una plomada de color rojo. Encima de este relleno se deposita un estrato de tierra compacto de origen eólico, donde se descubrió una ofrenda que consistía en una vasija intacta con forma de aríbalo. Esta vasija estaba ubicada en un pequeño espacio cuadrangular acondicionado con lajas de piedra.

El hallazgo más importante en este recinto es la gran cantidad de cerámica de estilo Cajamarca hallada en Wari. Se trata de vasijas abiertas que incluyen platos, tazones y cuencos con una característica base anular y engobe en tonos crema y naranja. De acuerdo con un análisis morfológico e iconográfico, se clasificaron en dos grupos de cerámica: Cajamarca de caolín y Cajamarca ayacuchano. El primero se elaboró con arcilla blanca (caolín) y su decoración es típica de la sierra norte del Perú, representado el estilo cursivo floral. En cuanto al segundo grupo, está hecho con arcilla naranja y encarna una hibridación entre la tradición alfarera cajamarquina y la cultura wari, ya que se incorpora motivos desconocidos procedentes

de la sierra norte. Se incluyen representaciones de personajes antropomorfos que guardan similitud con los personajes waris. La decoración destaca por la presencia de motivos escalonados y triangulares en el exterior, así como de personajes acompañados por líneas paralelas en el interior de las vasijas. Además, en este grupo existe un subgrupo de vasijas con engobe naranja, donde prevalecen los motivos geométricos en su decoración.

En la parte externa del recinto ceremonial, concretamente en la zona donde se ubica el acceso en el lado norte, se han develado indicios de quema intensa en los lados laterales de las jambas. En este contexto, es común la presencia de concentraciones de paja, maderos carbonizados tanto gruesos como delgados, sogas de fibras de origen animal y vegetal, así como una cantidad sustancial de carbón con una gran cantidad de ceniza. Este espacio se delimitó por un muro seco. Este patio no es de gran tamaño, pues se trata de un pasadizo alargado que alberga recintos pequeños en sus extremos. Hacia el lado este, se halla un conjunto de recintos de planta rectangular enlucidos y que se construyeron adosados a la pared externa del recinto ceremonial.

La información empírica que se ha recuperado, nos hace ver otro caso recurrente en el proceso de abandono del área ceremonial. Se trata de hogueras generadas por la combustión de elementos orgánicos como la paja, madera y sogas que al parecer estaban amarrados que fueron consumidos por un fuego intenso tanto en la parte interna del recinto en “D” como en la parte externa donde hay un recinto rectangular, a modo de un patio angosto, en cuya superficie se ha develado una capa gruesa de ceniza, principalmente en el lado colindante con el acceso orientado hacia el lado sur. No hay evidencias de quema en los recintos adyacentes por lo que se supone que fue un acto ritual de clausura del templo, tal vez cuando sus deidades y ancestros hayan perdido su prestigio y cumplido con su ciclo.



Ortofotografía aérea de la estructura en forma de “D” asociado a cerámica Cajamarca



Piso saqueado por completo con intrusiones y anillo circular donde estaba el reloj solar



Reconstrucción isométrica del recinto en “D” asociado a un patio pequeño y fragmentos de cerámica Cajamarca



Reconstrucción de escudilla derivado del estilo Cajamarca vista por la parte interna con rostros y brazos ondulantes. Dibujo: J. Antonio Ochatoma



Fragmentos de cerámica del estilo Cajamarca recuperados del interior del templo en “D”



Fragmentos de cerámica del estilo Cajamarca también recuperados al interior del templo en “D”

Espacio ceremonial en «D» - Astas de cérvidos

Este sector se ubica en el extremo norte de Capillapata, delimitado por una muralla perimétrica que corre a lo largo del acantilado con una pronunciada pendiente, conocida como la quebrada de Ocopa, a una altitud de 2700 m s. n. m.

El espacio arquitectónico se halla a una distancia de 50 metros al sur del recinto ceremonial, asociado a las plumadas. Sus dimensiones son las siguientes: en la parte exterior, mide 21.60 metros; en la interna, 17.72 metros de norte a sur; en sentido

de este-oeste, mide 20.80 metros en el exterior y 18.60 metros en la parte interna. El lado recto se orienta al suroeste, donde se ubica el acceso en el punto medio, con una longitud de 16,90 metros y una altura que oscila entre 55 cm y 1.24 metros. Los muros de los lados este, oeste y norte tienen un espesor promedio de 1.60 metros; mientras que en el lado sur el espesor llega a tan solo 1.50 metros.

La estructura arquitectónica del recinto se compone de muros en estado de deterioro, muchos de ellos destruidos, y solo se pueden apreciar las moquetas o umbrales de algunas hornacinas. Por lo tanto, no es posible determinar el número exacto de estas, aunque podría haber sido similar a las descritas antes. Este recinto se construyó en un terreno en pendiente, que se niveló mediante un muro de contención, creando así una amplia plataforma que se extiende desde el noreste hasta el sureste. En la parte este, se aprecia una depresión que tal vez correspondió a una serie de escalinatas utilizadas para acceder de un nivel a otro.

Su identificación se logró gracias a la presencia de un pequeño tramo de un muro curvo, que estaba en parte cubierto por una abundante cantidad de piedras. Estas, al parecer, formaban parte de los muros que colapsaron y estaban ocultas en la vegetación, compuesta por cactus, arbustos espinosos, guarangos y el pati.

Durante las excavaciones, se descubrió un relleno compuesto de tierra y piedras, donde se encontraron pedazos de revoque pintado de color blanco, una abundante cantidad de fragmentos de cerámica, restos óseos de camélidos, objetos de origen lítico y capas aisladas de ceniza. Uno de los contextos definidos corresponde a una concentración de 41 fragmentos de conchas trabajadas de *spondylus*, junto con tres cuentas pequeñas. Estos elementos se hallaban en el relleno, entre los bloques de piedra, sugiriendo que se colocaron durante el proceso de enterramiento después de la quema del edificio.

Del material cultural analizado, se han recuperado un total de 880 fragmentos de cerámica, entre los que destacan fragmentos de los estilos Chakipampa, Huamanga, Wari Negro, Viñaque, Cajamarca y Robles Moqo. En cuanto a la lítica, se destaca la presencia de puntas de proyectil, esquirlas de obsidiana, una mano de mortero, un tapón de puzolana y escasas cuentas de conchas dispersas. En las concentraciones de ceniza, se registraron numerosos trozos de carbón, puñados de paja y troncos delgados amarrados con soguillas, así como restos de totora, que se habrían utilizado en la construcción del techo.

Al develar el pavimento, se definieron concentraciones de ceniza dispersas en diferentes áreas, destacándose cuatro contextos abiertos sobre el piso. Estos proporcionaron información valiosa sobre su vinculación con los grupos afiliados al templo. Se trata de agrupamientos de astas de cérvidos, algunas fragmentadas y otras en su estado íntegro, que estaban asociadas con capas de ceniza. Se supone que estos elementos se calcinaron como parte de un ritual antes del abandono del lugar.

El primer contexto se ubicaba en el lado norte y representaba astas íntegras y fragmentadas, junto con restos óseos de animales como vértebras, rótulas y costillas

rotas, todos ellos en medio de una capa de ceniza y tierra quemada.

El segundo contexto, también en el lado norte, consistía en otra concentración con un total de 14 astas fragmentadas e íntegras, con puntas pulidas debido al uso. Estas astas estaban dispuestas sobre el piso y cubiertas por una capa de ceniza.

Un tercer agrupamiento se encontraba en el lado este del muro curvo e incluía 52 piezas fragmentadas e íntegras de astas de cérvidos, además micropuntas de proyectil, todo ello asociado a una capa de ceniza.

Finalmente, el cuarto contexto se hallaba en el lado sur y contenía 80 astas de cérvidos, algunas fragmentadas y otras completas, junto con 27 restos óseos de animales en mal estado de conservación.



Detalle de la concentración de astas de cérvidos en la parte interna sobre el pavimento del área ceremonial



Vista del muro interno paralelo a la parte recta del recinto en "D" que está enlucido y pintado de blanco



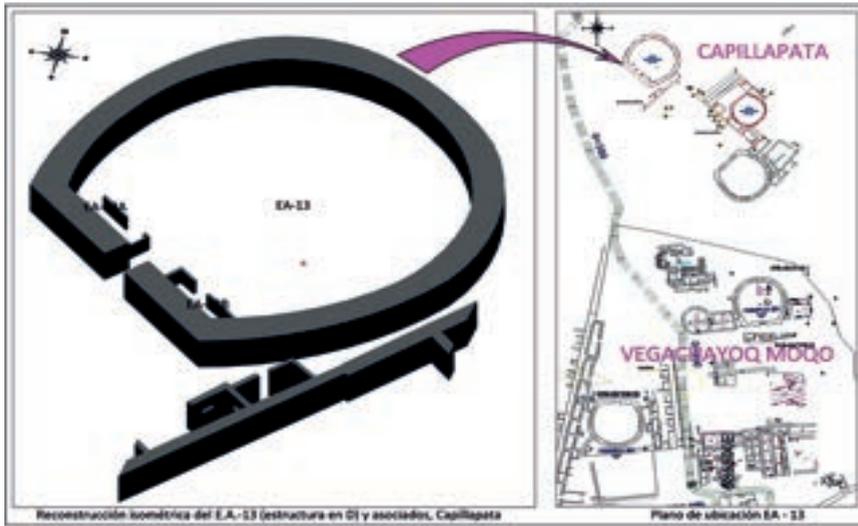
Vista de las intrusiones en el piso y el reloj solar al interior del recinto ceremonial en "D"



Vista aérea de la estructura en "D" asociada al contexto de astas de venado



Contexto de fragmentos de spondylus quemado al interior del área ceremonial en "D"



Plano de ubicación de la estructura ceremonial en “D” en el sector de Capillapata en Wari

El pavimento es compacto y presenta una buena planimetría. Para su construcción, se emplearon materiales como puzolana, diatomita y arena seleccionada. Su color es sobre todo blanco cremoso, aunque presenta manchas de color gris y naranja debido a la combustión de materiales durante actividades rituales. El pavimento tiene un grosor variable que oscila entre 4 a 6 cm y descansa sobre dos rellenos que se utilizaron para nivelar el área, ya que esta presentaba una pendiente.

En la superficie, se han registrado hasta 40 intrusiones, cada una de ellas con diferentes dimensiones, profundidades y contextos asociados. La mayoría de estas intrusiones no contenían elementos especiales, a excepción de los rellenos de tierra, piedra y fragmentos de cerámica. Sin embargo, algunas de ellas resultaron especialmente significativas. Por ejemplo, se encontró una fosa junto al reloj solar donde se descubrieron dos estructuras tubulares de origen lítico enterradas. Otras develaron muros de recintos antiguos que datan de la época huarpa, como lo sugieren los fragmentos de cerámica asociados, así como evidencias de canales de drenaje contruidos con lajas de piedras bajo el pavimento.

Hacia el lado oeste, donde se ubica el acceso en la parte recta del recinto, se han identificado dos muros paralelos en la parte interna de ambos lados. Estos dos muros delimitan recintos rectangulares alargados, cada uno con dimensiones de 5 y 5.40 metros de largo por 1.50 metros de ancho. En el interior de estos recintos, no se encontraron contextos significativos, a excepción del relleno que ocupaba el espacio. Las paredes son delgadas y tienen revoque con pintura blanca tanto en el interior como en el exterior. Por sus dimensiones, parece que dentro de estos recintos podrían haberse almacenado cántaros con bebidas destinadas a ceremonias, similar a lo que se observa en el templo en forma de «D» de Vegachayuq Moqo.

En la parte externa de la entrada principal, hay una especie de corredor o patio que no se excavó por completo. En este espacio, se encontraron evidencias de quema en el muro externo del lado norte. Hacia el lado norte, se descubrieron hasta tres recintos de planta rectangular que muestran un buen nivel de acabado, en cuyo interior había frisos alrededor de las hornacinas internas. Estos espacios parecen estar asociados con el templo y las actividades rituales, que tenían lugar en el área.

De acuerdo con las evidencias culturales recuperadas en cada uno de los estratos definidos, se determinó que la edificación del templo en forma de una «D» se levantó sobre una estructura previa de planta, posiblemente rectangular; esto sugiere una secuencia de dos etapas constructivas. La primera atañería a una edificación temprana que se relaciona con las etapas iniciales del desarrollo imperial de wari. La segunda etapa está vinculada al periodo de máximo desarrollo de la ciudad, es decir, en la fase intermedia. Esta estructura fue abandonada al finalizar esta época y luego rellenada de menara intencional.

La existencia de contextos con concentraciones de ceniza en diversas partes de la estructura interna nos indica que se realizaron quemas de diferentes objetos, como madera, soguillas, paja, totora y quizá textiles; esto como parte de rituales previos al abandono definitivo del recinto ceremonial. Aunque aún no podemos conocer con certeza cuáles fueron las motivaciones detrás de estos rituales, es posible suponer que estuvieran relacionados con una crisis en la ideología religiosa basada en la deidad de los báculos. El culto a esta deidad se abandonó al finalizar la fase media, es decir, después del periodo de máximo desarrollo y esplendor de esta sociedad.

Uno de los hallazgos significativos se asocia con la presencia de contextos que incluyen concentraciones de astas de cérvidos que se quemaron en tres juntas. Hay astas, algunas íntegras y otras fragmentadas como producto de la quema, que forman parte de las actividades rituales. Hasta el momento, este tipo de contextos no se ha encontrado en otras edificaciones ceremoniales, siendo la presencia del «reloj solar» y las hornacinas internas los elementos recurrentes en estas construcciones.

Con relación a la arquitectura, podemos señalar que las dimensiones del espacio arquitectónico en forma de una «D» son casi idénticas a las que se encontraron en el sector de Vegachayuq Moqo. Este espacio incluye 18 hornacinas internas, un piso compacto compuesto de puzolana, la presencia de un reloj solar y una pequeña área destinada al almacenamiento. La construcción de esta estructura se llevó a cabo utilizando grandes bloques de piedra semicanteada, que en algunas áreas cubren todo el grosor de los muros; mientras que en otros casos se emplearon piedras planas canteadas, alternando en ocasiones con piedras labradas de forma rectangular. Además, los muros presentan evidencias de haber estado enlucidos con barro y pintados de un color blanco lechoso. Por desgracia, debido al proceso de destrucción del sitio, no fue posible obtener una evidencia clara sobre la cantidad exacta de hornacinas internas.

El sector de Ocopa - Templo en «D»

El sector de Ocopa se ubica en las cercanías de una quebrada, a una altitud de 2689 m s. n. m. Limita al este con los sectores de Erapata y Sullucruz, al sur con la quebrada que colinda con la carretera Ayacucho-Quinua, y al oeste con el sector de Capillapata.

La edificación arquitectónica con forma de una «D» se encuentra en el lado este de los templos antes descritos, a una distancia aproximada de unos 900 metros, separada por una muralla que constituye una especie de calle. Hacia el norte, en el borde de la quebrada, hay un muro perimétrico que desciende desde la parte alta de Uchpa Qoto y llega hasta Capillapata. En este sector, no se ha registrado ningún reporte de una intervención previa.

El templo con planta en forma de una «D» se extiende a lo largo de 20.40 metros en su diámetro externo, medida de este a oeste; mientras que en la parte recta mide 14.35 metros de norte a sur. La parte interna posee una medida de 17.60 metros y la parte recta mide 12.40 metros. El acceso se encuentra en la parte recta y se orienta hacia el suroeste. El muro del edificio se hallaba muy destruido, presentando una altura de 1.93 metros desde el piso en el lado norte, pero solo 23 cm de altura en el lado sur y oeste. Debido a este deterioro, no se han registrado evidencias de las hornacinas, aunque se perciben indicios de su presencia en la parte superior del muro.

El espacio arquitectónico se compone de un solo muro construido utilizando la técnica de la mampostería mixta. En esta técnica, se emplearon grandes bloques de piedra labrada en la base y medianos en la parte superior, unidos con mortero de barro, y se usaron pachillas de lajas de piedras canteadas en las secciones intermedias del muro. Se observan evidencias de revoque en algunas partes del muro interno, cuyo grosor varía entre 12 y 20 cm.

En el proceso de excavación, se ha confirmado que este espacio fue cubierto por un relleno de tierra y piedras, luego de realizarse un ritual que incluyó intensas quemaduras en el piso. Dentro del relleno, se encontraron bloques que se habían desprendido del revoque de las paredes, principalmente en la periferia interna debido a los efectos de la quema. Además, se hallaron lentes de ceniza y lajas quemadas. El hallazgo más destacado fue la presencia de hasta tres contextos abiertos que contenían concentraciones de fragmentos de cerámica. Uno de estos contextos incluía un cántaro del estilo Chakipampa, junto a restos óseos calcinados de camélidos, dos artefactos cortantes de obsidiana y un *tupu* de cobre.

Sobre el pavimento, se han definido varias concentraciones de quema cuyos escombros cubren casi todo el piso. La combustión parece haber consumido gran parte de los materiales orgánicos, y se encontraron evidencias de restos de paja, soguillas, trozos de tallos delgados y gruesos, entre otros elementos. El pavimento parece haber sido construido con barro arcilloso de color naranja, y presenta un cierto desnivel hacia el sureste y el noreste. Se pueden observar manchas de color gris o negro en la superficie, producto de la quema de materiales.

Sobre el piso, se han registrado un total de 50 intrusiones de diferentes formas y profundidades, destacando ante todo dos canales tallados en la roca madre que fueron hechos antes de la construcción del templo. Asimismo, había otro canal construido con pequeños bloques de puzolana tallada, orientado en dirección noreste a sureste. Al parecer, estos canales se interconectan y cumplían la función de drenar el agua durante la temporada de lluvias.

Un aspecto destacable es la presencia de varias intrusiones que rompen el piso, las cuales consisten en fosas talladas en la roca con formas regulares cilíndricas y bocas circulares de dimensiones variables. Casi la totalidad de ellas no contenían elementos culturales, lo que sugiere que pudieron haber sido saqueadas en el pasado. Sin embargo, dada la calidad de su elaboración y sus dimensiones, podemos inferir que algunas de estas fosas podrían haber servido como hoyos de postes; mientras que otras, de mayor dimensión, quizá se emplearon como receptáculos de ofrendas colocadas durante los rituales.



Develamiento de la cabecera de muros correspondiente al recinto ceremonial en "D" del sector de Ocopa en Wari



Concentración de fragmentos de cerámica de un cántaro roto intencionalmente al interior del área ceremonial



Concentración de ceniza sobre el piso del recinto en “D” producto de una quema intensa



Detalle de una intrusión debajo del pavimento con superposiciones de piso y un canal



Vista del templo en “D” con gran parte del piso calcinado y evidencias de intrusiones

En cuanto a la secuencia ocupacional, se demostró que este edificio se construyó sobre una pequeña plataforma rocosa natural. No se halló evidencia alguna de construcciones anteriores bajo el piso, sugiriendo que se edificó durante la fase de máximo apogeo de la ciudad. Esta afirmación se basa en los materiales de construcción empleados. En el gran muro, de forma circular, se observaron con claridad grandes bloques de piedra canteada y unidas con mortero de barro; además, piedras rectangulares trabajadas que, al parecer, fueron extraídas de otras edificaciones y reutilizadas en la construcción de sus muros.

Los materiales culturales asociados con los estratos que cubrían el recinto en forma de una «D» incluyen escasos fragmentos de cerámica utilitaria, correspondientes a cántaros, vasos y escudillas finas, pertenecientes a los estilos Viñaque y Robles Moqo. No se pueden descartar la presencia de otros estilos como Chakipampa y Huamanga.

El develamiento total de la estructura en forma de una «D» demostró que no se encuentra aislada, sino que está asociada a otras estructuras de planta rectangular que se adosan a los muros externos. Estas estructuras adicionales pudieron haber cumplido la función de altares o recintos sagrados. Respecto a la función de la estructura en forma de una «D», debemos admitir que su determinación resultó un tanto complicada debido a los efectos del proceso de destrucción que experimentó.

No cabe duda de que en el interior se realizaron rituales, ya que se hallaron contextos de quema sobre el piso en partes aisladas, junto con evidencia de paja y restos de probables sogas hechas de fibras vegetales y animales. Además, es importante mencionar que no se encontraron pruebas de la presencia de un pilar o estructura tubular, que suele estar claramente definido en muchos casos similares. En el caso del sector de Ocopa, no existen indicios de ello, aunque debido al estado de destrucción del piso con numerosas intrusiones, es posible que dicha estructura haya sido destruida.

Debido a las dimensiones del espacio ceremonial, que coinciden con las de Vegachayuq Moqo y Capillapata, se presume que estas edificaciones fueron diseñadas y construidas por un arquitecto o especialista común. A pesar de que existen ligeras variaciones en los materiales de construcción, estas edificaciones parecen haber pertenecido a diferentes grupos de poder, cada uno levantando su propio templo para rituales privados o específicos. Dada la dimensión de los recintos y su cantidad en el área designada como sagrada de Wari, se infiere que no se destinaron a congregaciones numerosas, sino más bien a grupos de poder, cada uno con su templo correspondiente.

Finalmente, basándonos en patrones recurrentes, podemos afirmar que su función principal fue servir como un recinto ceremonial, y su abandono se produjo en circunstancias similares a las de otros recintos mencionados. Vale reiterar que esto se produjo luego de un gran ritual de abandono que incluyó una quema intensa, seguida de un relleno intencionado.



Recreación del culto a sus deidades y sus ancestros en los recintos ceremoniales en “D”.
Dibujo: Braulio Huamán

La arquitectura funeraria y el culto a los ancestros

La concepción sobre la muerte, así como las prácticas y costumbres funerarias, son componentes integrales de los patrones culturales de cualquier sociedad humana y están estrechamente vinculados con las dinámicas de relaciones sociales y económicas. La forma en que se haya tratado el cadáver refleja, de diversas maneras, su posición social y sus relaciones con el grupo o la familia. En el caso concreto de wari, no es de extrañar el hallazgo de una variedad de contextos funerarios que van desde los elaborados entierros con bloques de piedra tallada hasta las sepulturas más sencillas en fosas cavadas en el suelo. Aunque difieren en los objetos asociados y las estructuras, todos forman parte de un complejo ritual funerario con un alto grado de elaboración cosmogónica que expresaba la actitud de la gente hacia la muerte. El culto a los ancestros es una tradición muy arraigada en las culturas andinas que se remonta a miles de años y continua en la época de los incas. Los detalles pueden variar según la cultura, pero en general, las personas a menudo mantenían los restos óseos de sus antepasados en mausoleos o cistas, donde los deudos podían visitarlos fácilmente, venerarlos o incluso buscar su bendición y consejo.

Los huesos almacenados también tenían un aspecto práctico, ya que otorgaban a quienes los cuidaban derechos sobre sus propiedades como las tierras y fuentes de agua. Estos restos servían como prueba fehaciente de que los tatarabuelos de una persona habían trabajado la tierra, lo que les otorgaba derechos legales sobre la propiedad. Aunque las referencias mencionadas corresponden en su mayoría a la época de los incas y a las observaciones de los cronistas, es evidente que la tradición de culto a los antepasados tenía raíces históricas profundas; que también se pueden aplicar al caso de los waris.

Los hallazgos de tumbas en la capital, la ciudad de Wari, demuestran de manera concluyente que la convivencia con sus muertos fue una característica distintiva de esta sociedad, que se iniciaba tras el fallecimiento de uno de sus miembros. Los diversos contextos funerarios, desde los más elaborados hasta los más simples, se asocian a recintos mortuorios, donde existen claros indicios de rituales en honor a sus difuntos. Hasta el presente, no podemos afirmar con certeza si todos los ocupantes de un mausoleo eran miembros de la familia del personaje principal o sus acompañantes en la otra vida. Lo que sabemos es que los cadáveres, después de haber recibido un trato especial, se sepultaron en tumbas con cubiertas de piedra que incluían un orificio que mantenía cierto vínculo. Además, es posible que las tumbas de nobles o personajes importantes fueran abiertas en fechas determinadas para rendirles culto en lugares públicos, tal vez como lo hicieron los incas.

Si bien hasta la fecha se han excavado diversas áreas con arquitectura funeraria compuesta por galerías subterráneas, cámaras de piedras finamente talladas, fosas y cistas cuidadosamente acabadas, que corresponden a la élite gobernante wari, no se ha encontrado ninguna tumba intacta. Casi todas han sido despojadas de su con-

tenido, ya sea debido a saqueos históricos o la retirada intencional de los restos y ofrendas por aquellos que los consideraron deidades.

A pesar de las limitaciones, estamos en condiciones de describir las características arquitectónicas de los sepulcros que pertenecen a la arquitectura del poder. Su monumentalidad y el uso de materiales constructivos específicos indican que el culto a los ancestros fue una práctica institucionalizada en la cultura wari.

Las cámaras funerarias de Cheqo Wasi

Cheqo Wasi (Casa de Piedra), ubicado en la parte central de la ciudad de Wari, es uno de los sectores que muestra mausoleos o sepulcros construidos con grandes lajas de piedras en forma de cajas. Se trata de un área no residencial relacionada con el culto a los muertos, siendo un lugar donde posiblemente preservaron los cadáveres de los miembros de la élite gobernante.

Este lugar, al principio excavado por Julio C. Tello en 1942, ha develado un importante sector vinculado a la ideología religiosa y las prácticas conexas con el tratamiento de sus difuntos, sobre todo los pertenecientes a la élite gobernante. De acuerdo con las notas de campo de Julio C. Tello, recién publicadas por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y relacionadas con la expedición al Vilcamayo el año de 1942, se sabe que Tello excavó cámaras megalíticas en Wari Wakaurara. Estas cámaras tenían diferentes niveles y fueron encontradas saqueadas. A pesar del corto periodo de trabajo de campo (10 días), lograron realizar un registro gráfico y descriptivo de las cámaras o mausoleos construidos con bloques de piedra labrada y que tenían compartimientos en diferentes niveles. Estas secciones estaban protegidas por recintos de mampostería ordinaria que rodeaban las cámaras, dentro de los cuales se hallaron restos óseos humanos dispersos e incompletos, resultado del saqueo.

En 1977, con motivo de celebrarse el tricentenario de la fundación de la UNSCH, el arqueólogo Mario Benavides excavó un área aproximada de 600 m² en el sector denominado Cheqo Wasi. Así, puso de manifiesto un conjunto de cámaras funerarias construidas con grandes bloques de piedra labrada que forman cámaras megalíticas con niveles subterráneos, encerradas por recintos circulares o cuadrados asociados a pequeños complejos de habitaciones. Una de las cámaras, situada en la entrada del sitio, está delimitada por una estructura cuadrada y en su interior cuenta con cámaras de hasta tres niveles, a las que se accede mediante unas gradearías y una entrada de doble jamba. Un detalle que resalta es que los pisos fueron hechos de diatomita compacta, mientras que las paredes estaban enlucidas y pintadas de blanco. En la parte superior de las cubiertas, en general, hay orificios circulares que se conectan a una especie de canaletas talladas en la roca, que comunican los distintos niveles. Esto podría haber servido como conducto de ventilación o para el depósito periódico de ofrendas con fines rituales. Debido a su arquitectura y a los materiales empleados en su construcción, se sugiere que este lugar corresponde a

un sector funerario donde se enterraron miembros de la élite gobernante.

Según Benavides (1983), todas las cámaras funerarias fueron construidas para estar en ambientes subterráneos, rodeadas por muros perimétricos, algunos con accesos y otros sin ellos. Dentro de las cámaras, señala que se encontraron restos óseos humanos, incluyendo cráneos que se pintaron de color rojo bermellón. Un detalle que destaca es la presencia de un orificio que servía para comunicarse con el exterior, a través del cual es posible que arrojaron un líquido rojo como parte de sus rituales, quedando impregnado en el canal tallado en la fracción interna de las cámaras.

Un dato que no se menciona, en los diferentes reportes del sitio, es la presencia de un conjunto de espacios arquitectónicos situados en las inmediaciones y los espacios intermedios entre los conjuntos de las cámaras funerarias. Estos recintos se hallaban enlucidos y pintados de blanco, con hornacinas en sus paredes internas, e incluían una red de canales que atravesaban transversalmente los recintos, con cajas de agua cada cierta distancia. Debido a su ubicación, al parecer se trata de espacios arquitectónicos asociados a rituales fúnebres. Se menciona el hallazgo de una especie de mechero hecho a partir de la mitad de la cabeza de un fémur humano, que tenía la forma de media naranja y vaciado en su interior con dos agujeros para las mechas.

Finalmente, señala que develaron 16 cámaras que habían sido saqueadas. En una de ellas se encontraron 16 cráneos con deformaciones dolicocefalas, pintados de rojo, colocados en unas hornacinas y sobre el piso de una estructura de planta rectangular. No se halló ningún individuo en su posición original, ya que los restos óseos estaban dispersos e incompletos debido a la depredación de las tumbas. De todas las cámaras develadas, solo dos presentan hornacinas (Benavides, 1984).



Vista de las excavaciones de Julio C. Tello en el sitio Wari Wakaurara durante 1942. Archivo Tello



Excavaciones de Mario Benavides en 1977 en el sector de Cheqo Wasi muy cerca de las cámaras líticas excavadas por Tello. Foto: Mario Benavides



Recintos construidos con mampostería ordinaria que rodean a las cámaras funerarias en el sector de Cheqo Wasi – Foto: Mario Benavides



Cámaras megalíticas de piedras labradas con cubículos cuadrados con cubierta que tenía dos niveles excavados por la expedición de Tello en 1942

Esta información se complementa con la publicación de los cuadernos de Tello, a cargo de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, como parte de su última expedición arqueológica a Ayacucho en 1942. En dicha publicación, su discípulo Manuel Chávez describe sus excavaciones en el sitio de Wari Wakaurara, donde develaron dos mausoleos compuestos por cámaras de piedra, rodeados de muros rústicos. Dentro de estas cámaras había esqueletos incompletos, cuyos cráneos se pintaron con cinabrio, lo que hace presumir que los cadáveres se calcinaron luego de haber sido despedazados.

Por su parte, Cirilo Huapaya, quien tomó notas de los dictados de Tello, menciona los resultados obtenidos en las cámaras funerarias. Describió las cámaras megalíticas con pisos superpuestos, utilizando lajas en los techos, en cuya pared había una especie de nicho de piedra labrada y un acceso que servía de comunicación con otra cámara pequeña. No encontró ninguna tumba intacta, lo que los lleva a presumir de que fueron profanadas por buscadores de tesoros.



Hornacina de forma rectangular al interior de una cámara funeraria en el sector de Cheqo Wasi

Las cámaras funerarias de Chupapata

El sector de Chupapata se ubica en el límite suroeste del Complejo Arqueológico de Wari, justo al borde de un acantilado donde aún quedan restos de un gran muro perimétrico. Colinda al este con el sector de Monqachayuq y al oeste con la quebrada de Ocros.

Este sector, en realidad, constituye una extensión del sector de Monqachayuq. Fue separado por la carretera Ayacucho-Quinua, ubicándose en el km 23. Su nombre alude a un extremo de una quebrada de la que se tenía constancia solo por la presencia de dos cámaras funerarias de piedra labrada que emergían de la tierra,

ocultas entre la tupida vegetación circundante. Este indicio nos motivó a realizar excavaciones con el fin de determinar su funcionalidad y asociarlo con el conjunto arquitectónico.

Las excavaciones develaron la existencia de un conjunto arquitectónico que constaba de unidades habitacionales y estructuras funerarias, divididas por un muro central. La identificación de las cámaras funerarias se basó en su develamiento en un área donde se pudieron observar con claridad dos cámaras funerarias asociadas con estructuras de mampostería ordinaria.

La primera cámara se situaba en el interior de un recinto de planta cuadrangular con unas dimensiones de 4 metros de largo por 3.50 metros de ancho. Este recinto se construyó con muros de piedras canteadas en forma de lajas y algunos cantos rodados, cuyas paredes presentaban revoques de barro, con un enlucido de color blanco lechoso. En el lado norte, se encontraron evidencias de una escalinata de tres peldaños que permitía el acceso al interior de la cámara de piedra; la cual se hallaba a modo de una caja con dos niveles y ocupaba una posición central. Tenía una planta cuadrangular construida con grandes lajas finamente talladas, unidas mediante presión, así como con grapas y amarres en algunos bloques. Sus dimensiones eran de 1.40 metros de lado y una altura de 2.12 metros, y tenía una probable cubierta inclinada hacia un costado, en dirección al norte.

En el paramento del lado este, se halla un orificio rectangular a modo de conducto de ventilación, con dimensiones de 16 cm de largo por 12 ancho. La cámara presenta dos compartimentos verticales, donde el nivel superior muestra un buen acabado con una gran laja en el piso que —al mismo tiempo— forma parte del techo del nivel inferior. Hasta el momento, no se ha encontrado ningún contexto en el interior de la cámara, ya que una parte estaba expuesta con vegetación.

El nivel inferior tiene forma similar a una «L» mayúscula, construida con piedras labradas y unidas mediante mortero de barro; además, estaba cubierto por un relleno y había sido objeto de saqueos. En la parte externa de la cámara, dentro del recinto que la rodea, se encontraron restos óseos humanos dispersos, aunque en un estado de conservación deficiente.

La segunda cámara megalítica se encuentra adyacente a la anterior, separada por un muro central. Tiene una planta casi cuadrada con unas dimensiones de 1.91 metros de ancho y una altura de 2.15 metros. Esta cámara consta de dos niveles, siendo el nivel superior construido con 5 grandes bloques sólidos de piedra labrada en forma rectangular, que encajan perfectamente sin necesidad de mortero. El inferior está compuesto por bloques de piedra labrada y piedra canteada, unidos con mortero de barro, y el techo de este nivel forma parte del piso del nivel superior.

La cámara carecía de techo y estaba parcialmente cubierto por un relleno que, al ser excavado, develó un entierro secundario múltiple que incluía 31 cráneos; muchos de los cuales presentaban deformación dolicocefala, con partes de la estructura anatómica dispersas y sin una disposición ordenada dentro de la cámara, lo que

no correspondía a la totalidad de individuos. Una buena parte de los restos óseos, incluyendo los cráneos, presentaban pintura de color rojo.

Asociado a los entierros, se encontraron tres vasijas domésticas sin decoración, con manchas de hollín, además de una concentración de objetos de piedra semi-preciosa en miniatura que representaban semillas de pallar, ó, felinos estilizados, conopas con la forma de una llama, sapos y otros elementos.

Un detalle que no debe pasarse por alto es la presencia del ajuar funerario en miniatura dentro de la tumba colectiva secundaria. Al parecer, estos objetos inicialmente pertenecieron a una tumba de la época wari, pero fueron extraídos o saqueados y luego utilizados en el entierro colectivo tardío que —por todos los indicios— tuvo lugar en una etapa posterior al colapso de la ciudad de Wari.

Surgen interrogantes importantes: ¿Acaso se trataba de los antiguos waris que abandonaron la ciudad debido a circunstancias obligadas y que, después de muchas décadas, los han devuelto al sitio para continuar venerando a sus ancestros? ¿O estos objetos formaban parte de los grupos que destruyeron la ciudad y se apropiaron del ajuar funerario de las tumbas saqueadas, para luego reusarlos en sus propias tumbas?

La reocupación de la ciudad con entierros posteriores que utilizan las tumbas de la época wari se ha definido mediante hallazgos de otros entierros secundarios en la parte externa de la cámara, en el interior del mismo recinto que tiene un acceso orientado hacia el lado este. Se trata de otros dos contextos funerarios con tumbas secundarias. En el primero de ellos se hallaron tres cráneos deformados de adultos que estaban asociados a otros restos óseos del cuerpo. En el segundo contexto, se encontró una concentración de cinco cráneos mezclados indistintamente con otros huesos, como fémures, que permanecían sobrepuestos.

El elemento indicador clave que nos proporcionó la certeza de que se trataba de tumbas de la época posterior al colapso de wari, fue el hallazgo de vasijas claramente relacionadas con el Intermedio Tardío y vinculadas a las manifestaciones culturales de los grupos conocidos como los chankas.

Las excavaciones en Chupapata han revelado que, además de la ocupación poswari, existe toda una secuencia que se remonta a la época huarpa, y se ha identificado una presencia y constante y densa durante la época wari. La construcción de las cámaras funerarias con bloques de piedra finamente trabajados se atribuye al periodo de máximo apogeo de la ciudad.

Debido a la monumentalidad de su construcción y las características de las habitaciones asociadas a las cámaras funerarias, parece que este lugar de enterramiento estuco destinado a personajes de la élite que gobernó wari. Es posible que se tratara de un mausoleo familiar, dado el número limitado de cámaras que estaban asociadas a un otro recinto contiguo, donde había otras tumbas en fosas bajo el piso. Estas, por desgracia, fueron completamente saqueadas en el pasado.



Vista panorámica del conjunto arquitectónico de Chupapata con las cámaras funerarias y área de ocupación doméstica separada por un muro central



Detalle de las cámaras funerarias de Chupapata con accesos orientados hacia el lado este



Detalle del hallazgo de entierros secundarios múltiples en una de las cámaras funerarias

Detalle del acabado en la parte interna de las cámaras funerarias de Chupapata



Vasijas asociadas a los entierros poswari en la parte externa de las cámaras funerarias



Los mausoleos del sector de Monqachayuq

El sector de Monqachayuq abarca aproximadamente cuatro hectáreas y constituye uno de los barrios del Complejo Arqueológico de Wari, ubicado en el extremo oeste de dicho complejo, en el área sagrada de Wari. Dentro de este conjunto funerario monumental, se encuentra una estructura en forma de una «D» que tiene un diámetro de 19 metros, acompañada por dos muros perimétricos adosados que alcanzan un grosor de hasta tres metros. En primer lugar, es necesario confirmar que el sector de Monqachayuq forma parte de una necrópolis o cementerio donde se encuentran diversas estructuras funerarias, las cuales pertenecen a una o varias élites que gobernaron la ciudad de Wari.

La construcción de Monqachayuq se vincula de manera estrecha con la época de máximo apogeo de la ciudad, durante la cual la influencia la cultura tiahuanaco

se manifiesta claramente en el sitio. Consideramos que el arte del tallado en piedra, con una mampostería fina, representó una contribución significativa de la cultura altiplánica, la cual también aportó su ideología religiosa y otros conocimientos que asistieron a la consolidación y desarrollo de la sociedad wari. Antes de la llegada de esta presencia, no existen indicios de una tradición de tallado de piedra con la destreza y la técnica utilizada en su elaboración. A pesar de que se usaban piedras canteadas y planas, así como adobes y tapiales, no hay ninguna evidencia de la talla de sillares de piedra.

La elección del sector de Monqachayuq como área de entierros no fue fortuita, ya que existen evidencias que demuestran que en la época precedente —correspondiente a los huarpas— se encontraban estructuras, tal vez circulares y rectangulares, enlucidas y pintadas de rojo. Estas estructuras estaban asociadas a entierros en fosas, como quedó demostrado en el área del mausoleo en proceso de construcción, en una zona cercana hacia el lado sur y en el propio mausoleo.

En esta última área, se hallaron fosas cavadas en la roca, que fueron en parte destruidas para dar lugar a una nueva infraestructura funeraria. Esta incluyó varios tipos de enterramientos, como fosas cavadas en la roca debajo de recintos y patios, cistas con revestimiento de muro interno y cubierta de piedras sólidas circulares con orificio en la parte central; asimismo, de fosas interconectadas bajo tierra con tapa de lajas. Además, se descubrieron fosas al interior de galerías subterráneas de corte trapezoidal, en cuya parte superior existen recintos con hornacinas que estaban enlucidos y pintados de blanco, y que sirvieron para rituales y el culto a los ancestros.

El develamiento de un mausoleo cercano, por parte de Ismael Pérez (2000), es un hallazgo interesante. Este mausoleo se encuentra construido a una mayor profundidad, pero en menor extensión, y presenta una forma peculiar que incluye cámaras y una estructura central que se asemeja a un foso circular, asociado a un pasaje subterráneo con forma de una silueta de llama. Este diseño nos hace pensar acerca de un sistema de creencias donde se reproduce una cosmovisión particular.

Dado que este mausoleo se encuentra bajo tierra y a mayor profundidad, es plausible pensar que está vinculado al inframundo o al mundo de los muertos. Esta conexión con el mundo terrenal posiblemente se establecía a través de los recintos funerarios en la superficie, los cuales —a su vez— estarían relacionados con el mundo celestial mediante los orificios por donde entraba la luz solar durante rituales dedicados al culto de los ancestros.

El descubrimiento del mausoleo en el sector de Monqachayuq reveló un tipo de arquitectura funeraria hasta entonces poco conocida, que pone de manifiesto el poder que ostentaba el grupo gobernante de la época. La construcción de este mausoleo requirió la participación de especialistas y grupos de personas que cavaron y extrajeron grandes volúmenes de tierra y roca en una zona con un diámetro de cerca de 20 metros y una profundidad alrededor de 10 metros desde la superficie.

Los constructores waris demostraron una indiscutible especialización y maes-

tría en las técnicas constructivas en la edificación del mausoleo. Dichas técnicas se caracterizan por su sencillez, solidez y simetría, atributos que no habrían sido posibles sin un programa constructivo bien definido y una eficiente organización de los trabajos por parte del Estado. La edificación del mausoleo está estrechamente ligada a la época de máximo apogeo de la ciudad, durante el cual se percibe un fuerte proceso de interacción con la cultura tiahuanaco. Consideramos que el arte del tallado en piedra con una mampostería fina representó una contribución importante traída por la cultura altiplánica. Además, de las destrezas técnicas, esta cultura aportó su ideología religiosa y otros conocimientos que contribuyeron a la consolidación y desarrollo de la sociedad wari.

Los resultados obtenidos confirman que se trata de un sector funerario complejo, construido en el momento de máximo desarrollo de la ciudad. En este sector se edificaron complejos mausoleos, galerías subterráneas, un patio hundido, cistas y fosas. Es digno de mención el descubrimiento de un nuevo mausoleo construido con una cuidadosa mampostería de piedras finamente labradas; además, presenta compartimientos orientados hacia un espacio central y se halla a una profundidad de 8 metros dentro una estructura arquitectónica con forma de una «D».

También resalta la presencia de galerías subterráneas que poseen dinteles elaboradas con bloques de piedra labrada, los cuales tienen orificios que se conectan con fosas excavadas en la roca. Lamentablemente, ninguna de las tumbas develadas ha sido encontrada intacta; por el contrario, muestran evidentes signos de saqueo y destrucción, aunque también es viable considerar la posibilidad de que los restos hayan sido trasladados de forma intencional, con el fin de proteger y preservar a los ancestros.

Las excavaciones realizadas han sacado a la luz una serie de evidencias, entre las que destaca un hallazgo espectacular y único en su género: un mausoleo real que fue saqueado por completo. Este monumento constituye actualmente uno de los mejores ejemplos de arquitectura funeraria construida a base de muros de piedra finamente labrados, que formaban parte de un conjunto que incluía pasajes y una estructura central; todo ello cubierto por un gran relleno expofeso.

Este conjunto funerario monumental, ubicado en el sector de Monqachayuq, fue construido a una profundidad de 12 metros y consta de pasajes y una estructura central que fueron construidos utilizando muros de sillares dobles. Estos muros están compuestos por bloques rectangulares de piedras labradas, cuyo pulimento permitió un ajuste perfecto de los sillares sin necesidad de argamasa visible. Además, sobre estos muros se colocaron bloques rectangulares a modo de cornisas, que cubren la parte superior de los muros, dándole sobriedad y solidez.

Sin duda, nos encontramos frente a una arquitectura única y novedosa que fue concebida con el propósito de preservar y honrar a los restos de un gobernante, posiblemente junto a su entorno familiar o personas con vínculos cercanos. Aquí, el lenguaje simbólico es evidente y claro, ya que se trata del lugar donde probable

que descansaran los restos de uno de los gobernantes y sus acompañantes, a fin de honrarlos y venerarlos.

El develamiento de un conjunto de compartimientos construidos con una mampostería de alta calidad, compuesta por piedras primorosamente labradas, confirma que se trata de un mausoleo construido para una de las élites gobernantes de la ciudad de Wari. En el interior de estos compartimientos no se hallaron evidencias de entierros, ya que los pisos estaban limpios, sugiriendo la posibilidad de que los cadáveres fueran retirados para su resguardo y trasladados a un lugar más seguro. Esta suposición se sustenta en el hallazgo, entre los escombros, de cuentas de turquesa, lapislázuli y pequeñas placas de oro de forma circular, que al parecer formaban parte del ajuar funerario de las tumbas.

Mausoleo con pasajes subterráneos

Ismael Pérez (2000) dio a conocer el descubrimiento de lo que parece ser una tumba real, con la planta en forma de llama, que alguna vez habría sido el lugar de descanso de uno de los gobernantes waris. A pesar de haber sido totalmente saqueada, esta tumba representa un importante testimonio de la arquitectura monumental funeraria. Fue construida con piedras labradas que formaban pequeñas cámaras subterráneas, de forma tanto rectangular como circular, dispuestas de manera ordenada hasta en cuatro niveles. Estas cámaras se conectan a través de pozos y pasadizos angostos. Parte del techo del nivel superior estaba destruido, pero se conservaron algunas evidencias en los lados norte y sur, con accesos laterales en los costados.

En el nivel inferior, que también cuenta con varias cámaras, estas son de tamaño mayor que las de los niveles superiores. Las paredes de los accesos están enlucidas y pintadas de blanco. En este nivel, destaca una estructura cilíndrica con una profundidad de más de 5 metros, donde se observan piedras salientes en su interior, a modo de peldaños que permitían el acceso a una cámara grande y aislada en el fondo. Es muy probable que hasta esta cámara haya sido una de las tumbas más importantes de las descubiertas en Wari.

Algunos vestigios de los ajuares funerarios se encontraron en niveles subsiguientes del mausoleo, a profundidades que oscilan entre los 8 y 15 metros por debajo del nivel del suelo actual. Resulta sorprendente que esta tumba excepcional esté asociada con estructuras arquitectónicas cuyos muros están enlucidos y pintados de blanco.

Las características de esta tumba sugieren con fuerza que corresponde a una de las más importantes y que perteneció a uno de los principales gobernantes waris. Por desgracia, esta tumba fue objeto de saqueo en el pasado. Finalmente, en los niveles subterráneos, a una profundidad de entre 8 y 15 metros, se encontraron parte del ajuar funerario; aunque su cantidad y relevancia son limitados. Esto refuerza la idea de que la tumba fue profanada y su ajuar robado durante la época de abandono del sitio.

Un dato adicional de interés es que encima de las galerías y a sus costados se registraron un conjunto de unidades habitacionales, con muros enlucidos y pintados de blanco. En estos módulos es probable que se llevaran a cabo actividades de carácter funerario, que tal vez incluyeron complejos rituales vinculados con los sus ancestros que estaban enterrados en la zona.



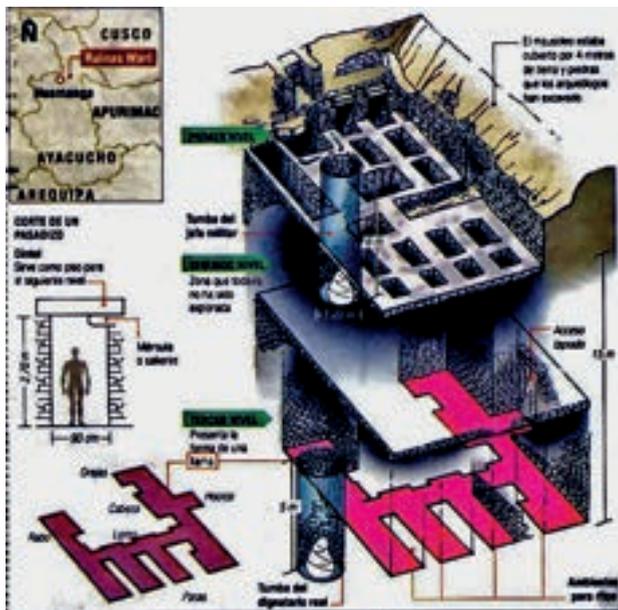
Vista del mausoleo con cubículos y una estructura central con pasajes subterráneos



Detalle de la mampostería del muro con piedras labradas unidas con mortero de barro



Vista del interior de los pasajes subterráneos al interior del mausoleo con paredes pintadas de blanco



Reconstrucción de los diferentes niveles del mausoleo con pasajes subterráneos con la forma del perfil de una llama. Fuente Ismael Pérez

El mausoleo inconcluso

Se ubica en el lado este y colinda con el mausoleo con pasajes subterráneos, y en el lado sureste con las galerías subterráneas excavadas por Solano y Guerrero (1981). Inicialmente, la superficie esta área era una depresión cultural alargada, orientada de norte sur, que estaba totalmente cubierta por arbustos, gramíneas, cactus y escombros. La excavación sacó a luz restos arquitectónicos dentro de un gran patio hundido de forma rectangular, con dimensiones de 24 metros de largo por 11.30 metros de ancho y una profundidad aproximada de 5 metros desde la superficie. Este patio hundido cuenta con dos muros laterales adosados a la roca en los lados este y oeste, alcanzando una altura máxima de 4.50 metros. También se observan dos escalones a modo de pequeñas plataformas, aunque algunos tramos se encuentran en estado de deterioro.

La técnica de manufactura empelada en este sitio corresponde a una mampostería especial, que se caracteriza por la utilización de lajas de piedra canteada de forma alargada y con la cara plana orientada hacia el paramento interno. Dichas lajas se asentaron con mortero de barro, y detrás de ellas se colocaban piedras irregulares y barro para rellenar y proporcionar solidez a la estructura.

La parte interna del patio hundido estaba cubierta por dos tipos de rellenos: moderno y antiguo. El primero estaba compuesto por escombros provenientes de excavaciones realizadas en el mausoleo. El relleno antiguo consistía en tierra suelta y semicompacta que cubrían una gran cantidad de piedras de diversas dimensiones. Estas piedras mostraban un trabajo de canteado y labrado fino, presentando distintas formas y dispersas sin un orden aparente.

Entre las piedras labradas, se hallan ejemplares rectangulares, geométricos y trapezoidales con orificios centrales y cuadrangulares. También se encontraron formas que se asemejaban a los televisores antiguos, con los cuatro lados labrados y una cara plana, mientras que la otra presentaba una forma irregular de tipo cónica. Estas piedras se utilizaban para adosar a la pared o para la construcción de muros con dos hileras.

A una profundidad aproximada de 4.50 a 5 metros, se descubrió una parte del piso que había sido nivelado sobre la roca. En esta área se identificaron varias fosas y cistas disturbadas que estaban cubiertas por rellenos de piedras y tierra. No se hallaron restos óseos ni parte del ajuar que originalmente podrían haber estado en estas tumbas. Cabe destacar que una de las fosas tenía una profundidad de más de 3 metros y en su interior había fragmentos de cerámica de estilo Huarpa. En otras fosas se descubrieron las lajas que tal vez se utilizaron como cubierta de las tumbas.

A una profundidad aproximada de 4.50 a 5 metros, se descubrió una parte del piso que fue nivelado sobre la roca. En este piso, se definieron varias fosas y cistas disturbadas que estaban cubiertas por rellenos de piedras y tierra. No se encontraron restos óseos ni parte del ajuar asociado, excepto en una fosa que a una

profundidad de más de 3 metros contenía tiosos del estilo Huarpa. En otras fosas, se hallaron lajas de piedra labrada de forma rectangular enterradas, que probablemente se empearon como cubierta de las tumbas.

Un detalle que llamó nuestra atención fue la presencia de una especie de greclas escalonadas en la parte plana del piso, paralela al muro del lado oeste. Estas greclas estaban claramente marcadas como incisiones hechas con un instrumento puntia-gudo y se definieron con precisión al limpiar la superficie, mostrando una buena planimetría. Este hallazgo nos llevó a suponer que, tal vez, se estaba planeando la construcción de un nuevo mausoleo, con cámaras y celdas; sin embargo, este proyecto nunca se llegó a concretar. La gran cantidad de piedra labrada dispersa en el área podría haber sido destinada para este propósito.

La evidencia que captó nuestra atención fue el hallazgo de unos trazos escalonados dibujados en la parte plana del piso, en paralelo al muro del lado oeste. Estos trazos se hallaban bien marcados por medio de incisiones hechas con un instrumento puntiagudo y se identificaron con precisión al limpiarse la superficie, que estaba muy plana. La presencia de gran cantidad de piedras labradas dispersas en el área nos llevó a suponer que, tal vez, se tenía la intención de construir un nuevo mausoleo con cámaras y celdas, aunque este nunca llegó a concretarse.

La definición de la función del lugar, que primero denominamos «patio hundido», se basó en el hallazgo de dos probables cámaras adosadas a la pared interna y un posible acceso. Estas cámaras estaban construidas con piedras labradas.



Vista de una cámara funeraria en proceso de construcción que quedó inconclusa



Patio hundido con cámaras de piedra en construcción junto a un acceso y piedras labradas sueltas

La primera de ellas se encontraba en el lado sureste y se conectaba a través de un vano de acceso. Se trata de lo que parece ser una cámara funeraria de planta rectangular, compuesta por tres muros de una sola cara en su parte interna. Sus dimensiones, incluyendo el ancho del muro, son de 2.60 metros de largo por 2.50 metros de ancho. El espacio interior de la cámara mide 1.90 metros de largo por 1.80 metros de ancho, con un espesor del muro que varía de 30 a 70 cm. La base de la estructura se asienta sobre la roca natural y está sobre un relleno que sirvió para nivelar el piso. Los muros están compuestos por piedras labradas unidas con un mortero selecto de arcilla y arena fina. Para la unión de las piedras se utilizó puzolana blanca. Un elemento característico es la presencia de una acanaladura en el paramento del lado este, que tiene un ancho de 22 a 26 cm y una altura de 1.15 metros.

La segunda cámara, que está en parte construida, se encuentra cerca de la esquina del lado suroeste y tiene una planta rectangular. Se halla compuesta de tres muros, y las dimensiones internas son de 3 metros de largo por 1.60 metros de ancho. Las paredes tienen un grosor variable que va desde 20 hasta 60 cm. Fue construida sobre una superficie previamente nivelada con piedras pequeñas y tierra compactada. En las uniones de las piedras se observa la presencia de arcilla y puzolana. Además, en el paramento interno del muro este, hay una acanaladura redondeada; mientras que, en la esquina sureste, se halla una hornacina de forma rectangular que mide 50 por 40 cm.

Por las características que presentan las cámaras, podemos inferir que estaban en proceso de construcción. Se observan trazos labrados en el piso de la roca madre, donde se asentarían los bloques de piedra tallados. En su construcción ya se

había invertido una considerable fuerza de trabajo al extraer toneladas de tierra y roca, a una profundidad de 5 a 6 metros dentro del espacio rectangular. Sin duda, formaban parte de un proyecto para un nuevo mausoleo que no llegó a concretarse. La gran cantidad de piedras labradas dispersas en la parte interna —junto con las probables cámaras en proceso de edificación— nos indican que se hallaba en sus etapas iniciales cuando ocurrió algún evento de crisis que paralizó su construcción, dejándolo inconcluso.

El mausoleo real

Este sitio constituye uno de los mejores ejemplos de arquitectura funeraria construida con muros de piedra finamente trabajados. Estas paredes formaban parte de un conjunto que incluía pasajes y una estructura central, y estaban cubiertos por un gran relleno intencional. La edificación tenía una planta en forma de una «D».

El conjunto funerario monumental se ubica en el lado noroeste del patio hundido o mausoleo inconcluso, y al este de las galerías funerarias, orientado de norte a sur. Al principio, las evidencias de su existencia no eran claras, puesto que —después de retirar la maleza y los cactus de la superficie inicial— se descubrió la cabecera de un muro curvo grueso. A medida que se continuó con la exposición, se reveló que esta pared correspondía a un recinto con forma de una «D». Dicha edificación tenía la particularidad de no contar con las hornacinas de otros recintos descubiertos en el mismo sector de Monqachayuq y Vegachayuq Moqo.

El espacio en forma de una «D» tiene un muro recto orientado hacia el sur, donde se encuentra el acceso en la parte central. Su diámetro externo varía de 18 a 18.40 metros. El muro que circunda el recinto es grueso, con un ancho que oscila entre 2.75 y 3 metros, debido a que hay dos muros adosados y unidos con mortero de barro. En su construcción, se emplearon grandes bloques de piedras planas canteadas, cuyas caras llanas están orientadas hacia el interior del recinto. Se ha encontrado escasas evidencias de un piso compacto en el lado este, pegado al muro, y en gran parte del área interna no hay indicios de su presencia. Bajo la capa superficial y dentro del espacio interno, se ha definido un muro seco de lados irregulares, orientado de norte a sur. Esta pared no tenía una cimentación sólida y se construyó de manera rústica, tal vez con la finalidad de proteger y despistar a los saqueadores.

Las capas superficiales presentan una consistencia compacta, pero a medida que se profundizaba, se definió un gran relleno de tierra semicompacta, compuesto sobre todo por bloques de piedra canteada, tanto grandes, medianos como pequeños; tal vez desmontados de muros de otros recintos. Además, se hallaron bloques de piedra labrada sin un orden específico. El indicio de la presencia de estructuras funerarias se descubrió a través de la localización de una concha de spondylus, que se situaba debajo de un lente de arena de color amarillento, a una profundidad de 3.34 metros desde la superficie. La concha contenía pintura roja y estaba protegida por una piedra que formaba parte de la cimentación del muro.

Asociado al relleno, se encontraron diversos objetos, como cuentas de conchas marinas y turquesa, restos óseos humanos y animales en proporción limitada, chancadores y pulidores de piedra en regular número, y una significativa cantidad de fragmentos de cerámica de diferentes estilos. Destaca la presencia recurrente de unas botellas pequeñas del estilo Huamanga que, al parecer, fueron rotas como parte del ritual de entierro.

Luego de extraer toneladas de piedra y tierra, lo que sin duda demuestra un gran despliegue de fuerza de trabajo utilizado para cubrir a propósito el mausoleo y el recinto en forma de una «D», se hizo el primer hallazgo a una profundidad de 4.50 metros. Este descubrimiento consistió en un gran bloque megalítico de piedra labrada con orificio central que se encontraba sobre la roca madre, hacia el lado este, pegado al muro muy cerca de una cista en parte destruida. Esta cista tenía una forma cuadrada con los extremos redondeados, con un diámetro que oscila entre 2.4 a 2.6 metros y una profundidad de 3.46 metros. En su interior, había un relleno de tierra y piedras, aunque con escaso material cultural, incluyendo fragmentos de cerámica.

La cista, inusual por sus dimensiones, fue construida cavando con antelación en la roca madre y erigiendo un muro adosado perimétrico interno. Para su construcción, se utilizaron piedras planas canteadas con las caras planas hacia el interior. Sin embargo, en el lado oeste, se observa un gran bloque de piedra labrada de forma cuadrangular insertado en el muro, lo que nos permite afirmar que se usó una técnica constructiva mixta al combinar las piedras canteadas y labradas, unidas con mortero de barro. En el sureste de ella, se develaron otras dos cistas de pequeñas dimensiones de forma cilíndrica, con un paramento interno de piedras con las caras planas. Estas tres cistas, que hallaban en parte destruidas y sin ningún contenido, estaban delimitadas por un muro de contención. En dicho muro, se emplearon piedras labradas de forma cuadrangular y rectangular, algunas de las cuales se habían trabajado en parte y unidas con mortero de barro.

A una profundidad aproximada de 7 metros desde la superficie —en un nivel inferior y hacia el lado oeste, ocupando una gran extensión del diámetro interno—, se definió la cabecera de muros finamente trabajados. Esta edificación constituía un monumento funerario compuesto por ocho pasajes laterales, con una estructura central que los dividía en cuatro entradas a cada lado, todas orientadas de norte a sur.

Para la construcción del conjunto, se niveló con antelación la superficie. Sobre este espacio plano, se colocaron hasta tres capas delgadas de arena fina compactada, cada una de un color diferente. Encima de estos estratos de arena, se dispusieron directamente los bloques de piedra. No se encontró ningún indicio de cimentación.

Tanto los pasajes como la estructura central se construyeron con dobles muros de sillares, utilizando bloques rectangulares de piedras labradas. El pulimento de estos módulos permitió un perfecto encaje de los sillares, sin ninguna argamasa visible. Además, sobre los muros se colocaron bloques rectangulares a modo de

cornisas, que cubren el ancho superior, dándole sobriedad y solidez.

Los muros presentan un paramento del tipo sedimentario, constituido por sillares de pilastras a modo de contrafuertes. Estos sillares están del todo encajados, utilizando piezas finamente trabajadas de distintos tamaños, todas de forma rectangular con ángulos rectos que permitieron la unión de los bloques. Los planos de superposición y encaje, al parecer, se hicieron mediante un sistema de medidas, cuyas huellas han quedado impresas en las paredes; las cuales muestran alineamientos verticales y horizontales en color rojo y negro en la parte media de los muros. También se observan ángulos de 90 grados con alineamientos perpendiculares y una superficie nivelada. Esto nos lleva a proponer que los constructores eran especialistas con profundo conocimiento de obras de ingeniería. Emplearon instrumentos que les permitieron un manejo óptimo de los materiales en cualquier tipo de construcción, ya sea de pequeñas proporciones o de escala monumental, como es el caso del mausoleo.

La cámara central y parte de los pasajes carecen de techo, excepto las entradas ubicadas en el extremo noreste, donde se encuentran dos lajas rectangulares dispuestas entre los muros paralelos a modo de dinteles. Asimismo, no se han hallado evidencias de acceso mediante rampas o gradas, lo que sugiere que pudo haberse hecho a través de escaleras de madera debido a la profundidad de las estructuras funerarias.

La estructura central tiene una planta de forma cuadrangular con una longitud de 1.87 metros, un ancho de 1.87 metros y una altura de 2.12 metros. Está construida empleando la técnica del ensamblado. Presenta un vano de acceso ubicado en el lado noreste del muro norte, que se conecta con una de las cámaras o pasajes. El vano tiene un ancho de 65 cm y una altura de 67 cm, y el muro que contiene varía en grosor, de 92 a 1.10 metros. En la parte media del muro del lado este, hay una hornacina de cuerpo entero de forma rectangular que se extiende desde la base hasta la parte alta. Sus dimensiones son de 2 metros de altura y 72 cm de ancho, con las partes laterales o jambas que miden 40 centímetros de ancho.

Los muros se construyeron empleando sillares de piedra finamente labrados, tanto de forma rectangular como cuadrangular, que se encajan en las juntas para distribuir la presión, sin el uso de mortero. La disposición de los muros con los sillares corresponde al aparejo o isódomo, ya que hay bloques labrados con dimensiones iguales, lo que significa que las hiladas tienen la misma altura. También se puede observar en un mismo muro que los sillares están dispuestos en pseudoisódomos, con hiladas de diferente altura, pero a la perfección regulares. Estos muros cuentan con una doble hilera, con la parte central rellena de piedras pequeñas y un mortero compacto de arcilla y barro. En la parte superior de los muros se encuentran bloques o sillares que cubren todo el ancho, dando la apariencia de que fueron hechos con bloques únicos de piedra.

El pavimento es plano y está compuesto por una superposición capas de arena.

La primera capa es de color blanquecino, con una consistencia suelta y granulometría fina. Le sigue otra capa de arena de color gris verdoso, y debajo de ella se definieron otras capas de arena de color gris verdoso con una consistencia semicomcompacta. En estas capas, se han definido dos intrusiones de forma circular y cuatro hoyos pequeños que, al ser excavados, contenían ofrendas.

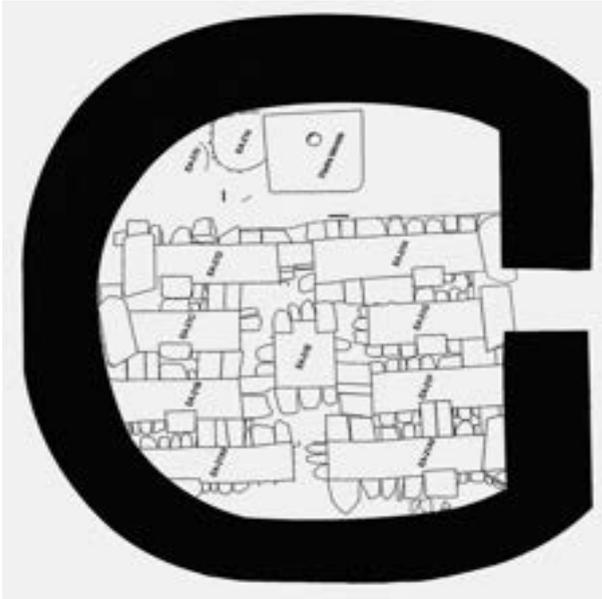
Los depósitos de ofrendas se encontraban en pequeños hoyos en las esquinas del muro del lado este y uno en la parte central. El primero tenía cinco pequeños bloques de pintura de color verde-agua y rosado, los cuales mostraban huellas de haber estado amarradas en pequeñas bolsas. En el segundo hoyo, se halló otro bloque de mayor tamaño de pintura de color verde agua con improntas de tela. La tercera ofrenda se ubica en otra fosa pequeña en la parte media del recinto y contenía dos fragmentos de material malacológico trabajado de forma alargada y espiralada, con las partes distales orientadas hacia arriba y abajo. Además, se hallaron dos fragmentos de spondylus y un lente de pintura de color verde agua. Por último, otro contexto incluía un hoyo con dos valvas de spondylus cubiertas de pintura de color verde agua, ubicado en la parte media del piso de la hornacina.

Además, en dos pasadizos ubicados hacia el lado sureste y noreste, se encontraron tres conchas de caracol marino tipo Cono y dos conchas univalvas de spondylus cerca de la cimentación. También se hallaron bloques de turquesa irregular en el piso del pasadizo, destacando uno que —al parecer— tenía una forma amorfa con pintura roja en algunas partes. Una observación más aguda y detenida, permite revelar diferentes tipos de representaciones, como la cabeza de un felino, un rostro humano, una serpiente, entre otros; dependiendo de la posición rotatoria que se le puede dar. Sin lugar a dudas, parece tratarse de una representación escultórica con una significación polisémica, cuyo contenido simbólico pudo haber tenido gran importancia en los rituales.

En ninguno de los pasajes, incluyendo la estructura central, se han encontrado evidencias de restos óseos humanos, excepto por un cráneo aislado y muy deteriorado se halló cerca al piso del pasaje ubicado en el lado sureste.

La gran cantidad de relleno de piedras y tierra con el que se cubrieron los mausoleos y el recinto en forma de una «D», nos lleva a sugerir que su entierro se hizo de manera planificada con la finalidad de ocultar las estructuras funerarias para su preservación. Esta actividad parece haber formado parte de un evento ritual que contó con participación de un grupo numeroso de personas, quienes trasladaron las piedras que desmontaron de los muros y extrajeron tierra para cubrir toda la infraestructura.

Ha captado nuestra atención, de manera singular, el hallazgo recurrente —en todo el relleno— de una abundante cantidad de fragmentos de cerámica. En particular, de botellas pequeñas de uso doméstico con una decoración consistente en cheurones en el gollete. Estas botellas parecen haber sido rotas de manera intencional en el proceso de entierro de las estructuras. Esto nos permite afirmar que el con-



Mausoleo real con planta en “D” de doble muro con estructuras internas con cistas, pasadizos y estructura central



Proceso de develamiento del mausoleo real cubierto por un gran relleno intensional

Aún no conocemos las causas que pudieron haber provocado esta acción, pero nuestra hipótesis sugiere que se llevó a cabo como respuesta a la gran inestabilidad del Estado wari, que amenazaba su preservación. No debemos olvidar que, en la cultura de la época, los gobernantes —tras su muerte— adquirirían estatus de deidades, y la conservación de sus cuerpos era crucial para mantener los bienes y privilegios de sus descendientes.



Vista del mausoleo real construido debajo de la roca madre



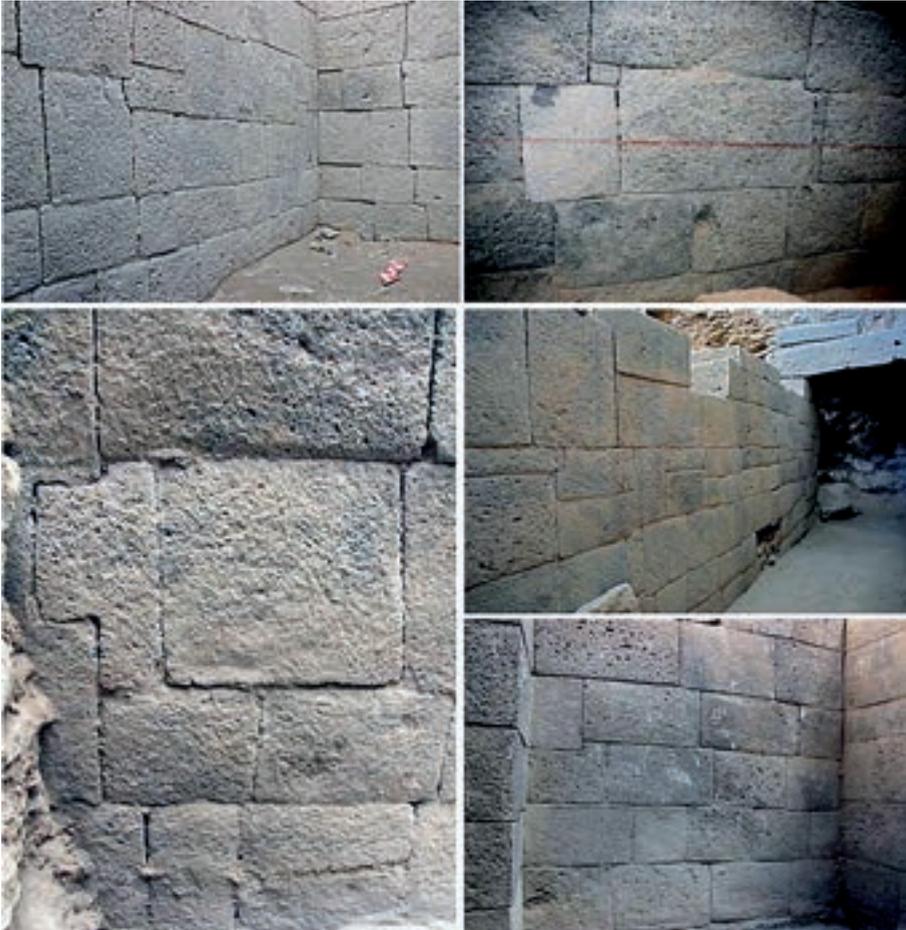
Vista en detalle del recinto principal del mausoleo real



Vista general de los dos niveles que presenta el mausoleo. La superior con nichos con muros de contención y la inferior con bloques de piedra finamente labradas



Vista del único acceso a través de uno de los pasajes que conecta con la estructura central



Detalle de los muros con mampostería fina de piedras labradas dentro del mausoleo

Galerías funerarias subterráneas

En diferentes temporadas, se descubrieron en otras partes del sector de Monqachayuq cuatro tramos de galerías subterráneas funerarias de planta rectangular alargada con corte trapezoidal, con muros laterales adosados a la roca. En la parte superior de estos muros, hay espacios arquitectónicos de planta rectangular que cubren y protegen todo el conjunto de las galerías. Entre todas, la de mayor dimensión y mejor estado de conservación mide 16.40 metros de largo, 1.44 metros de ancho y tiene una altura de 2.04 metros. Además, está orientada de este a oeste en el lado sur del patio hundido.

Esta galería muestra evidentes signos de paredes y techo colapsado en el extremo oeste, en el que hay una gran laja que separa un pequeño ambiente; allí hay una matriz de una fosa que no ha sido excavada. Presenta un tipo constructivo de mampostería ordinaria, con piedras planas enlajadas y unidas mediante una fina

capa de mortero de barro. El lado recto de las piedras se orienta hacia el paramento interno, donde se aprecian cinco pilastras ubicadas en el muro sur; en estos, aún se pueden notar evidencias de pintura blanca sin revoque de barro.

En el techo formado por nueve grandes bloques rectangulares de roca andesítica-basáltica que funcionan como cubierta de galería. En las uniones entre estos bloques, hay un orificio en la parte media que servía a modo de un tragaluz, proporcionando iluminación directa a cada una de las fosas cavadas en la roca.

El pavimento es plano y nivelado, con un espesor de 3 a 5 cm, hecho con diatomita, puzolana y arena, y posee una consistencia muy compacta. Está colocado sobre la roca madre y presenta cinco intrusiones en las cuales se definen fosas de forma cilíndrica, cuya profundidad oscila entre 2 a 2.80 metros. Dichas fosas están del todo cubiertas por un relleno de tierra y piedras. En ninguna de ellas se encontró un contexto intacto, ya que todas fueron disturbadas, y se han hallado solo fragmentos de cerámica, restos óseos humanos y de animales dispersos, sin ningún orden aparente.

La segunda galería, ubicada en lado noroeste del patio hundido, tiene una orientación de sur a norte y presenta una longitud visible de 10.60 metros por un ancho de 2.20 metros, con una altura de 1.85 a 1.90 metros. Tiene un corte de forma trapezoidal, con muros laterales construidos de mampostería ordinaria, y las piedras planas están canteadas, con las caras planas orientadas hacia el interior, donde se puede observar tres pilastras. Su acabado es un tanto rústico, con pachillas entre las uniones de barro. La excavación no se realizó en su totalidad hacia el lado sur, donde se percibe una gran destrucción en parte de los muros laterales y en los dinteles colapsados. Los bloques de piedra colapsados están dentro de la galería, aunque los que están *in situ* corresponden a nueve bloques de piedra labrada de forma rectangular y cuadrangular. Algunos de estos bloques presentan cuatro orificios laterales orientados hacia el este, que se asocian a otras fosas cilíndricas cavadas en la roca. En ciertos casos, se observan canales horizontales que descienden desde el techo hasta la boca de las fosas.

En el piso se encontró una fina capa de limo compactado que cubría fragmentos de cerámica, correspondientes a botellas pequeñas del estilo Huamanga. De igual modo, se halló una pequeña forma de flecha de oro, puntas de proyectil y fragmentos dispersos de restos óseos humanos, como molares y costillas. Al retirar el limo producido por filtración de agua, se definió un piso compacto de diatomita con puzolana en el que se detectaron cuatro intrusiones que correspondían a fosas cavadas en la roca, con una profundidad de 2.50 a 2.85 metros, y estaban cubiertas por tierra y piedras.

La tercera galería fue descubierta bajo un espacio arquitectónico de planta rectangular y estaba orientada de este a oeste. Posee una longitud de 8 metros y un ancho de 2.10 metros. El acceso se ubica en el muro del lado norte, que tiene 1.10 metros de ancho y donde se observan jambas de 80 cm de altura y un umbral de

10 cm de grosor. Asimismo, en el muro del lado norte, se hallan tres hornacinas de planta un tanto trapezoidal con restos de enlucido de color blanco en buen estado de conservación. Los muros se construyeron con mampostería ordinaria, utilizando piedras planas unidas con argamasa de barro. En cuanto a los acabados del paramento, exhiben un revoque de 8 a 10 cm de grosor y pintado de color blanco, y su estado de conservación es regular.

El piso está compuesto por agregados de puzolana con diatomita, de consistencia compacta y grosor de 8 cm; allí se definió la presencia de seis intrusiones irregulares que cortan el piso y se conectan con orificios circulares tallados en los bloques de piedra. El pavimento se colocó sobre una capa de apisonado de barro, que —a su vez— descansaba encima de grandes bloques de forma rectangular, que servían de techo de la galería situada debajo.

La galería tiene una planta rectangular de 7.30 metros de largo por 1.70 metros de ancho y una altura de 2 metros, desde el piso hasta el techo. Bloques megalíticos tallados de forma rectangular se utilizaron como piso del recinto superior, así como techo o cubierta de la galería funeraria subterránea. Esta galería tiene un corte ligeramente trapezoidal y consta de dos muros paralelos que se construyeron luego de cavar una ancha zanja. A los lados de la zanja se adosaron los muros, que presentan una sola cara interna con un paramento uniforme, y sobre ellos se colocaron lajas rectangulares como cubierta.

En la galería, se pueden apreciar dos columnas o pilastras edificadas con la técnica de la mampostería mixta, que tienen una altura de 1.74 metros, un ancho de 62 cm y un espesor de 26 cm. Están dispuestas a intervalos de 1.90 metros y forman una especie de tres paneles que sirven de soporte a los dinteles y a las lajas de piedra labrada. En las paredes de los muros interiores de la galería subterránea se observa una mampostería mixta, compuesta por bloques de piedras labradas de forma cuadrangular y piedras planas unidas con mortero de barro. En algunos segmentos del paramento, se puede visualizar que probablemente se utilizó una mezcla de puzolana con diatomita, que reemplazó al mortero de barro para darle una mayor solidez a la estructura.

La cubierta o techo está compuesta por seis grandes lajas de tipo andesítico-basáltico de forma rectangular con esquinas redondeadas. Sus dimensiones varían entre 1.95 metros y 1.80 metros de largo, 1.20 metros y 1.72 metros de ancho, y 24 cm y 28 cm de espesor. Además, presentan tres orificios a modo de tragaluz dispuesto a una distancia de 2, 2.50 y 2.60 metros; se conforman mediante tallados semicirculares ubicados en el extremo medio de las lajas y los dinteles. Al ser ensamblados, forman círculos de entre 14 a 16 cm de diámetro, cuya proyección central coincide casi con la parte media de unas fosas cavadas debajo del piso.

El piso de la galería — que se encuentra a una profundidad de 2 metros con respecto a las cubiertas— se constituye a partir de la mezcla compacta de agregados de puzolana con diatomita. A lo largo de su recorrido, el piso se halla alterado por

seis intrusiones de formas irregulares que contenían un relleno de tierra, puzolana y piedras a nivel del piso. Tres de estas corresponden a fosas funerarias, cuya profundidad oscila entre 2.50 a 3 metros. Cabe destacar que en una de las fosas disturbadas se encontraron restos óseos humanos dispersos, incluyendo huesos que corresponden a una cabeza. Esto constituye una de las pocas evidencias que sugieren que — en interior de las fosas de forma cilíndrica, cavadas en la roca— se habrían colocado individuos en posición fetal, probablemente en fardos.

No se han hallado evidencias de un acceso a la parte inferior, y todo parece indicar que las galerías funerarias subterráneas fueron selladas una vez que se depositaron los cadáveres en las fosas. Estas se cubrieron, a su vez, por losas circulares con un orificio central; el cual se alineaba en línea recta con otra abertura del techo, generando así un acceso de luz directa hacia las fosas.

El material cultural, recuperado dentro del relleno, estaba compuesto por tios de los estilos Chakipampa, fragmentos de ollas en miniatura del estilo Huamanga, Huarpa Negro sobre Blanco, Huarpa Ante, Okros, Wari Negro, Huamanga, Viñaque, Cruz Pata, Caja, y un fragmento tosco con bastante mica, quizás de filiación chanka. También se encontraron restos óseos humanos en escasa cantidad, como costillas, fémures, rotulas y fragmentos de cráneos, entre otros, dispersos en el interior del relleno.

Por último, el cuarto tramo de las galerías corresponde a otra orientada de este a oeste, colindante con la segunda galería, pero de menores dimensiones y más destruido. Al igual que en las anteriores, en la parte superior hay un recinto de planta rectangular cuyas paredes habrían tenido nichos internos y un piso compacto de puzolana con diatomita. Además, presenta evidencias de una gran destrucción debido a que los bloques de piedra labrada —que cubrían la parte interna— se removieron parcialmente, manteniéndose en su lugar dos bloques.

Debajo del espacio arquitectónico había otra galería subterránea cuyas dimensiones son de 5.80 metros de largo por 1.50 metros de ancho y una altura entre 1.95 a 2 metros. Tiene dos pilastras y muros de corte trapezoidal construidos con piedras planas, cuya cara plana estaba orientada hacia el paramento interno. El techo, compuesto por losas de piedra tallada, tiene tres orificios labrados que se alinean de manera vertical con la parte media de las tres fosas de forma cilíndrica cavadas en la roca.

Un hallazgo muy importante lo constituye un bloque de piedra tallada de forma circular con un orificio central recostado en la pared, al costado de una de las fosas. Ello demuestra que las fosas tenían cubiertas de piedra a nivel del pavimento interno; estas habrían facilitado el acceso al interior, y sobre ellas se depositarían ofrendas. Otra particularidad es la presencia de dos hornacinas en los muros laterales cuya base estaba a nivel del piso y se proyecta hasta la parte media. Tiene una forma trapezoidal y se halla en parte destruidos. Los materiales culturales asociados al relleno de la galería y las fosas están compuestos por tios y restos óseos huma-

nos y de animales dispersos sin ningún orden ni asociación.

El hallazgo de fosas asociadas a orificios o respiraderos es un dato importante, pues hasta ahora se desconocía su existencia; pese a que otras galerías subterráneas habían sido intervenidas por otros investigadores que no se percataron de esto. Por desgracia, ninguna de las fosas excavadas —en casi todas las galerías descubiertas estaba intacta—, ya que los cadáveres fueron extraídos con todas sus ofrendas (Pérez *et al.*, 2012). El pasadizo interno de las galerías, en la que se cavaron las fosas funerarias, pudo haber servido como área donde se depositaron las ofrendas de los personajes enterrados, ya que el tamaño de la fosa y la profundidad estaban diseñados solo para un individuo, siendo colocado en el interior. Una vez que ponían el cadáver, sellaban con una cubierta y se nivelaba el piso.

El hecho de que cada orificio del techo de las galerías esté relacionado con las fosas a modo de un tragaluz, como observamos y comprobados en las investigaciones, nos lleva a proponer que su construcción obedeció a ciertos criterios vinculados con la cosmovisión. La luz que penetraba a través de los orificios iluminaba de frente la fosa, estableciéndose una especie de comunicación entre inframundo y supramundo.

Desde el punto de vista de la arquitectura, podemos diferenciar la presencia de dos tipos de construcciones definidas. La primera, en la parte superior, correspondía a espacios arquitectónicos de planta rectangular con paredes enlucidas y pintadas de blanco, con hornacinas en los muros internos. Si bien tenía pavimento compacto de puzolana y diatomita, estas fueron colocadas sobre bloques de piedras labradas que servían como cubierta de la galería subterránea que estaba debajo de los recintos. La primera, en nivel inferior, atañe a la zona de las galerías, para cuya construcción fue necesario cavar y retirar una gran cantidad de tierra y la roca, sobre el cual levantaron dos muros paralelos adosados con pilastras y dinteles, que le dieron una forma trapezoidal. Las paredes internas de las galerías no tienen revoque, salvo las caras planas de las piedras.

La construcción de las galerías funerarias subterráneas se halla muy vinculada a la época de máximo apogeo de la ciudad, donde está presente la influencia de la cultura tiahuanaco. El arte de tallado en piedra, con una mampostería fina, es una contribución de la cultura altiplánica que llegó a Ayacucho, generalizándose durante la época de máxima expansión del Imperio wari. Antes de su presencia, no existen indicios de una tradición del tallado de piedra con la destreza y la técnica utilizadas en su elaboración.

En este tipo de tumbas probablemente corresponde a mausoleos destinados al entierro de personajes vinculados a la élite gobernante, tal vez con cierto grado de parentesco, o individuos que destacaron en ciertas actividades y gozaron de prestigio en la sociedad wari. La presencia de dos a cuatro fosas en cada una de las galerías nos indica entierros individuales y no masivos. No se han encontrado indicios de la existencia de una tumba intacta; por el contrario, se confirmó que este sector

fue objeto de intensos saqueos tras el abandono del sitio. El hallazgo de escasos restos óseos en el interior de las fosas excavadas, así como dentro de las galerías subterráneas, nos enfrenta a un escenario difícil y adverso durante las fases finales de ocupación del sitio.

Se ha descartado y cuestionado la propuesta de que, las galerías funerarias subterráneas, correspondan a un área destinada a la sepultura colectiva de individuos de clase media. Si bien en una de ellas se encontró una gran cantidad de restos óseos humanos dispersos sin ningún orden, esto ocurrió tras el abandono del sitio. Estudios recientes a los restos óseos encontrados en una de las galerías, develadas por Solano (1982), han demostrado que corresponden a decenas de individuos enterrados durante la época del Intermedio Tardío. Esto indica que hubo una reutilización de los espacios funerarios del período wari por parte de grupos poswari.



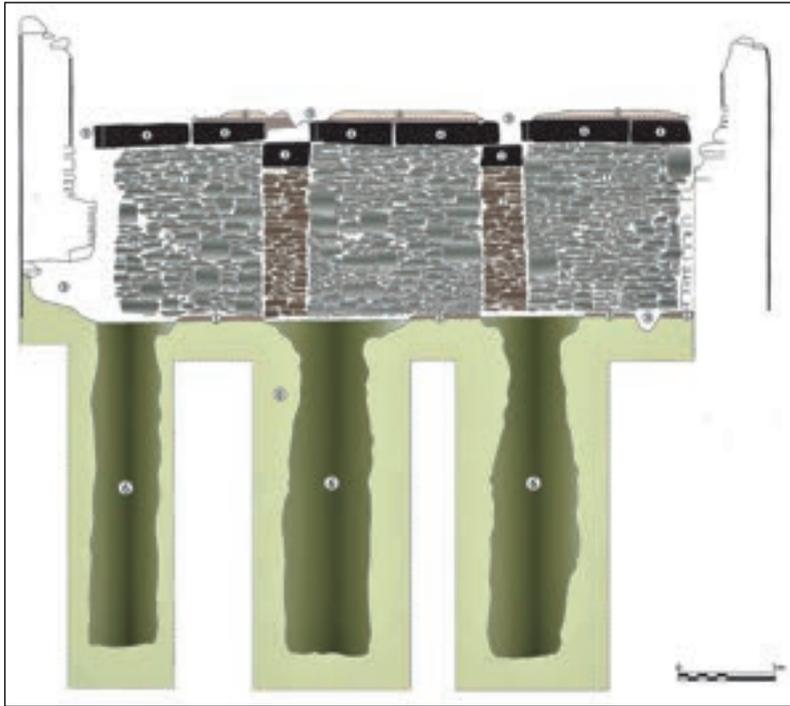
Galería funeraria subterránea con orificios que iluminan la parte interna



Detalle de orificio que ilumina justo en la parte media de la fosa funeraria



Galerías funerarias subterráneas en Monqachayuq con orificios en los techos que iluminan la parte interna



Dibujo de perfil de las galerías y las fosas al interior de las galerías subterráneas



Recintos rectangulares con enlucidos, hornacinas y piso de puzolana con orificio sobre las galerías subterráneas funerarias en Monqachayuc



Fosas circulares al interior de las galerías funerarias subterráneas en Monqachayuq

Los depósitos rituales

Uno de los mecanismos que emplearon los antiguos peruanos para establecer comunicación con sus deidades fue, sin duda, la ofrenda o pago. El «pagapu», como se conoce en el mundo andino, es un acto ritual de tributación a sus diferentes deidades ubicadas en los diversos niveles cósmicos, a través de la entrega de una ofrenda con la finalidad de obtener un favor específico. Forma parte del sistema de reciprocidad tributo-dones en una relación directa entre el individuo y el Dios tutelar a quien se le tributa. El fin inmediato es obtener protección, seguridad personal, cuidado, conservación y reproducción, o también aplacar la ira de las deidades.

Su realización en la mayoría de los casos estaba vinculada al calendario agrícola, en fechas y periodos determinados, y ligada a ciertas actividades desarrolladas por el individuo o su comunidad. Los elementos que componen las ofrendas varían en cantidad y variedad, dependiendo del estatus social de los individuos o del grupo social correspondiente.

La realización de prácticas rituales, que incluían la tributación o el «pago» a sus deidades, fue una actividad generalizada durante la época wari. Diferentes reportes muestran hallazgos que, en algunos casos, solo se señalan como pozos de ofrendas, depósitos rituales o confundidos con tumbas. Estos tienen características específicas que los distinguen tanto en su contenido como en su estructura.

Los hallazgos de ofrendas rituales han sido frecuentes en las sociedades del antiguo Perú. Para el horizonte medio o época del Imperio wari, los primeros reportes datan de 1927, cuando Julio C. Tello informó sobre el descubrimiento de un conjunto de ofrendas en el sitio de Pacheco, en el valle de Nazca; allí se encontraron fragmentos de vasijas finamente elaboradas que habían sido rotos exprofesamente por los waris, como parte de un ritual. Después, Roger Ravines (1977) dio cuenta sobre el develamiento de otras ofrendas en el sitio de Ayapata, en Huancavelica. En el mismo año, el equipo de investigación liderado por William Isbell y Anita Cook desenterró de manera fortuita un conjunto de ofrendas que incluían vasijas de gran tamaño con motivos iconográficos del Dios de los Báculos; las cuales fueron rotas de modo intencional y enterradas como parte de un ritual de abandono. En años posteriores, Ochatoma y Cabrera (2001, 2007) sacaron a la luz una serie de depósitos de ofrendas de diferentes tipos, en contextos ceremoniales y domésticos, en el sitio de Conchopata, destacando vasijas finamente elaboradas y luego rotas en un espacio ceremonial en forma de una «D». Esta estructura se asocia a las cabezas decapitadas y los camélidos incinerados antes del proceso de abandono. Finalmente, William Isbell (2002) reportó el hallazgo de otros depósitos de ofrendas, sobre todo coligados con tumbas.

Los depósitos rituales son un elemento común en una variedad de contextos arqueológicos y resultados de rituales que se desarrollaron en la sociedad wari. Como tales, constituyen evidencia física de que en algún lugar se llevaron a cabo peticiones o rituales destinados a invocar la protección divina, a acompañar ritos de iniciación, a rezar por una buena cosecha o solo a restaurar y mantener la armonía y el equilibrio entre seres sobrenaturales, dioses y espíritus, antepasados o deidades. En algún momento de esta secuencia ritual, se colocaron ofrendas como parte integrante de rito, que se dio en diversas circunstancias y momentos.

Los depósitos rituales hallados en el área sagrada de Wari, sobre todo en el sector de Vegachayuq Moqo, se encuentran ubicados en la parte interna de recintos rectangulares adosados a los muros. Estos almacenes encarnan evidencias de la realización de actos rituales, donde se depositaron diversos elementos en fosas cavadas, rompiendo el piso; después, fueron cubiertos para protegerlos.

Las evidencias empíricas demostraron que una de las prácticas comunes en el Horizonte Medio consistía en romper o «matar» ritualmente vasijas de cerámica, acompañadas de otros elementos, como entierros de camélidos enteros o partes del cuerpo, metales, tejido, etc. Estos componentes dependían a lo mejor del tipo de ofrenda realizado a sus deidades. En el caso de Vegachayuq Moqo, los depósitos

rituales se ubicaban en el interior de espacios arquitectónicos adyacentes a un patio asociado a una edificación ceremonial característica de este periodo, que tenía una forma en «D». Dentro de estos lugares, se efectuaron un conjunto de ceremonias rituales y actividades vinculadas con la astronomía para el control del tiempo.

Las ofrendas de las que informamos fueron halladas debajo de los pisos de espacios arquitectónicos y bajo el muro principal de mayor altura y grosor, en el cual se adosaron muros secundarios para crear recintos de planta rectangular. Estos lugares se encuentran en el lado oeste del recinto ceremonial en forma de una «D». Según las evidencias, podemos afirmar que estas ofrendas fueron colocadas en diferentes momentos. Algunas parecen corresponder a depósitos fundacionales relacionados con la construcción de nuevos espacios, renovación o reconstrucción. Otras se vinculan con rituales funerarios, mientras que las demás son ofrendas a las deidades o forman parte del proceso de abandono.

En este mismo lugar, Vegachayuy Moqo, de manera fortuita y en recintos adyacentes a los que ya mencionamos, Ismael Pérez encontró otro depósito al que denominó como «Tumba mural». Este almacén se identificó por un «forado» en la pared interna de la muralla que conforma el recinto 3. Se determinó que tenía forma cilíndrica, con una tapa de laja, y en su interior se hallaron restos textiles que forman parte de un contexto funerario disturbado bajo el piso del recinto. Esta perturbación se debió a la actividad de los propios habitantes y se trata de un depósito relacionado con el periodo posterior de la ocupación, vinculado al abandono de la ciudad de Wari.

De acuerdo con los análisis realizados, se identificó una variedad de tejidos fabricados con algodón y lana de camélidos, confeccionados mediante diversas técnicas, como la cara de trama, el brocado y los tapices entrelazados. Estos tejidos presentan decoraciones que envuelven motivos geométricos y figurativos relacionados con deidades y rituales. Los motivos decorativos representan escenas que incluyen deidades aladas y felinas, que portan bastones y cabezas trofeo; asimismo, otras veces, pumas y máscaras asociadas con vasijas y mates. Estas ofrendas parecen corresponder a un personaje importante que formó parte del grupo que gobernó la ciudad de Wari.

Según la asociación de elementos hallados en el interior de los depósitos de ofrendas, podemos afirmar que estas ofrendas se depositaron dentro de estructuras arquitectónicas de planta rectangular. Estas estructuras presentaban paredes enlucidas y pintadas, y un piso compacto compuesto de puzolana, diatomita y arcilla. Casi la totalidad de los depósitos se colocaban en fosas cavadas de forma irregular. Para ello, antes rompieron el piso y retiraron el relleno que se proyectaba hasta la altura de la base de la cimentación, con una profundidad de hasta 1.50 metros.

Teniendo en cuenta las evidencias encontradas, se reconocen diferentes tipos de depósitos. Algunos de estos corresponden a tumbas secundarias que fueron enterradas en el área sagrada, junto con varias ofrendas. En al menos dos de estas tum-

bas, los objetos asociados consisten en utensilios usados por mujeres, como *tupus* o prendedores, peines e instrumentos relacionados con actividades textiles. En otros casos, se encontró una única cista revestida por dentro con piedras, en cuyo interior había un plato que contenía una cabeza decapitada —asociada a una pequeña botella—; a lo mejor, se trató de una ofrenda a las deidades. También se descubrió otro depósito que contenía solo vasijas rotas de manera intencional, acompañadas de fragmentos de *spondylus*. Por último, hubo un depósito que contenía alimentos, como maní, maíz y restos de cuy.

Claramente, se trata de ofrendas que fueron colocadas en diferentes momentos, lo que podría estar asociado con eventos y cambios que ocurrieron durante el periodo de ocupación del sitio. Los grupos encargados de la administración y el cuidado del área ceremonial debieron desempeñar diversas actividades y participar en los rituales. No se puede descartar la posibilidad de que los entierros secundarios hayan pertenecido a personajes sacrificados o vinculados a la administración y el cuidado del templo.

La presencia de *spondylus* o el *mullu* adquiere importancia, pues desde épocas anteriores ha tenido un significado especial debido a su vínculo con el agua o como alimento sagrado de las deidades. Su presencia es recurrente en muchos depósitos de ofrendas encontrados en las excavaciones en el complejo arqueológico de Wari. Fuera de su gran conexión simbólica con el agua también se relacionaría con los procesos constructivos y de abandono de las estructuras arquitectónicas.

Como hemos podido observar, los depósitos rituales en diversos espacios arquitectónicos contiguos al área ceremonial en forma de una «D» presentan un contexto arqueológico que varía en función del contenido y el tipo de objetos asociados. Su presencia dentro del templo adquiere relevancia, ya que está en un área considerada sagrada, donde se realizaron un conjunto de rituales en honor a las deidades y a los ancestros.

En cuanto a los sistemas de enterramiento, se identificaron al menos tres tumbas secundarias sin duda asociadas a un conjunto de ofrendas. Por lo tanto, estas prácticas sociales adquieren gran relevancia y se convierten en una variable importante para comprender las diferencias y similitudes culturales en el Complejo Arqueológico de Wari. Por desgracia, hasta la fecha no se ha localizado una tumba primaria, ya que muchas de ellas fueron saqueadas en la época de abandono o retiradas por los mismos habitantes; probablemente, con el propósito de resguardar y proteger a sus difuntos. Esto se debe en parte a que uno de los principales cultos de los antiguos peruanos se relacionaba con el culto a los muertos, y su importancia se vinculaba de manera directa con la agricultura.

No debemos olvidar que durante la época del Horizonte Medio se produjeron importantes cambios sociales, económicos, políticos y jerárquicos (Isbell, 1988). Estos cambios no solo se reflejaron en los patrones de asentamiento y en la obtención de recursos, sino que también se expresaron en las diferencias halladas en los

patrones funerarios, lo que evidenciaría el desarrollo político y social del Imperio wari (Lumbreras, 1980). Por otro lado, Shady (1988) asoció este cambio sociopolítico con una serie de estados regionales interconectados a través de redes de intercambio que ejercieron control sobre sus respectivas áreas.

Siguiendo la conceptualización de investigaciones previas en el sitio, una ofrenda es el elemento o conjunto de ellos dispuestos en el interior de una fosa, cista o asociados a tumbas; cercanos a los individuos o fardos funerarios. Según los reportes de indagación de otros centros provinciales waris, donde se han develado tumbas primarias, sabemos que las ofrendas se encontraron dispuestas en las partes delanteras y laterales de los fardos funerarios, a veces colocadas sobre petates de junco o totora. Los objetos que componen estas ofrendas incluyen vasijas de cerámica, vasijas de mate, instrumentos de hilandería y textilería, objetos de madera, ofrendas de frutos y animales, tejidos de cestería, tejidos y adornos, entre otros elementos (Flores, 1977).

Además, se menciona que las ofrendas externas se dividen dos: principales y secundarias. Se propone que una ofrenda principal en un entierro wari tiene características particulares. Pueden ser del tipo «atado», entendido según Flores Ochoa como una ofrenda dedicatoria que contiene varios atributos envueltos en un textil (Chacaltana y Nash, 2009), o del tipo «envoltorio». Ambas mantienen su carácter único y personalizado, con algunos elementos recurrentes en su interior: cestas, vasijas de cerámica o mate, bolsas, metales, entre otros.

Esto también se asociaría con el crecimiento constante de las ciudades, así como con el interés en la economía y las relaciones públicas. Por supuesto, guarda conexión con los rituales públicos y la demostración de la hegemonía de los grupos que gobernaron la ciudad. En este contexto político y social, que hizo más complejas los sitios administrativos establecidos por la administración estatal, los depósitos rituales jugaron un papel fundamental. Junto con las modificaciones y ampliaciones constructivas, ocurrieron diversos sucesos que dejaron evidencia de la realización de un ritual asociado a un conjunto de objetos.

Sin duda, esto también se corresponde con la continuación del desarrollo urbano y el interés de la población en aspectos económicos y relaciones públicas. Por supuesto, esto guarda estrecho vínculo con los rituales públicos y las expresiones de hegemonía grupal que prevalecen en la ciudad. En el contexto político y social donde los lugares administrativos establecidos por la administración estatal se volvieron más complejos, los depósitos rituales desempeñaron un papel muy importante. Junto con la transformación y ampliación de los edificios, ocurrieron diversos eventos que dejaron evidencia de rituales asociados a un conjunto de objetos.

Basándonos en las observaciones realizadas y considerando los reportes sobre hallazgos de depósitos de ofrendas en sitios administrativos provinciales y en la propia metrópoli de Wari, podemos proponer la existencia de varios tipos de depósitos de ofrendas o «pagapus»:

- Depósitos dedicatorios o fundacionales, en los que se guarda un conjunto de objetos como parte de rituales al inicio de un nuevo ciclo o en la construcción de nuevos elementos arquitectónicos o remodelación.
- Depósitos terminales o de final de periodo de ocupación, que en el caso de Wari están asociados sobre todo con rituales de quemas intensas al aire libre de un conjunto de ofrendas, que se cubrieron de manera intencional; marcando el fin del periodo de ocupación y vinculándose con las crisis de las élites gobernantes o el colapso y abandono final del sitio.
- Depósitos vinculados a la actividad agropecuaria, relacionados con la fecundidad y reproducción de la tierra y los animales. Un ejemplo de esto es uno de los almacenes donde se encontraron restos de semillas de maní, maíz, lagenarias, entre otros; además, de la presencia de figuras de camélidos rotas de manera intencional.
- Depósitos de ofrendas asociados a entierros primarios o secundarios, que podrían corresponder a individuos sacrificados. Se ubican en la parte interna de los espacios arquitectónicos, en fosas simples cavadas tras romper el piso de los recintos, y estaban acompañados de objetos destruidos.
- Depósitos de ofrendas a divinidades o ancestros en momentos de crisis, con la finalidad de que el oferente obtenga un pedido o agradecimiento de la deidad a la que invoca, o de aplacar la ira de sus dioses cuando son objeto de castigos por no haber llevado a cabo los «pagos» dentro del proceso de reciprocidad tributo-dones.



Depósito de ofrendas de spondylus en muros fundacionales del sector de Chupapata



Depósitos de ofrendas al interior de recintos rectangulares adyacentes al recinto ceremonial en "D" del sector de Vegachayuq Moqo



Depósitos de ofrendas con diversos elementos al interior de los recintos adosados del sector de Vegachayuq Moqo



Escultura lítica de un ser antropomorfo con manos extendidas pintada de rojo al interior de un depósito de ofrendas en Vegachayuq Moqo



Depósito de ofrendas con vasos quebrados intencionalmente colocados dentro de una fosa en uno de los recintos adyacentes al área ceremonial en Vegachayuq Moqo

La religión y las deidades

La religión fue, sin duda, uno de los mecanismos más importantes utilizados por los waris en su política expansionista. La deidad principal y el símbolo de wari se basaron en la divinidad representada en la Portada del Sol de Tiahuanaco, conocida como el Dios de las Varas, que se halla rodeado de un conjunto de personajes mitológicos. Las representaciones de estos personajes siempre aparecen de manera idealizada, con la excepción de algunas figuras que tienen una forma realista.

La similitud con tiahuanaco llevó a arqueólogos pensar a algunos arqueólogos que todo esto era un fenómeno de expansión altiplánica, pero ahora se sabe que wari y tiahuanaco, además de ser contemporáneos, constituían dos Estados con ámbitos y métodos expansivos diferentes, con un límite territorial muy preciso que apenas se atrevían a alterar. En el territorio wari, el Dios de los Bastones aparece rodeado de un conjunto de personajes mitológicos, entre los que destacan el felino, la serpiente y el halcón. Estos elementos se representan en la cerámica, y un ejemplo destacado son las vasijas gigantes encontradas en Conchopata, cerca de la actual ciudad de Ayacucho, las cuales fueron ceremonialmente quebradas en algún ritual desconocido.

La aparición en Perú de rasgos estilísticos y temas asociados con tiahuanaco en Bolivia se limita claramente a dos estilos de cerámica ceremonial que se han encontrado: Conchopata y Robles Moqo. La alfarería de Conchopata, procedente del sitio del mismo nombre, consiste en urnas decoradas con representaciones de seres míticos en una versión local; pero algo modificada de la figura mítica humana principal que aparece en la portada monolítica y piedras labradas de tiahuanaco.

En el estilo Conchopata, la imagen puede definirse como un ser antropomorfo de cuerpo entero, en posición erguida y frontal, en cuya cabeza hay un tocado irradiado por apéndices de rayos y penachos terminados en círculos concéntricos. Además, presenta cabezas en perfil de felinos, águilas y serpientes, y en algunos casos, mazorcas de maíz y una especie apéndices similares a dedos. En su rostro, los ojos son circulares y se dividen verticalmente, con una especie de lágrimas debajo de ellos. La nariz es ancha y la boca muestra dientes con colmillos. Esta figura tiene los brazos doblados y alzados hasta la altura de los hombros, empuñando un bastón en cada mano. Los extremos superiores de los bastones terminan en una especie de manos con tres dedos; mientras que los inferiores muestran cabezas de felinos o una figura humana en perfil, que al parecer representa a un prisionero. Por lo general, el cuerpo está cubierto por un *unku* que se extiende por debajo de la rodilla, ceñido por un cinturón con flecos en cuyas puntas se combinan las cabezas de felinos y serpientes.

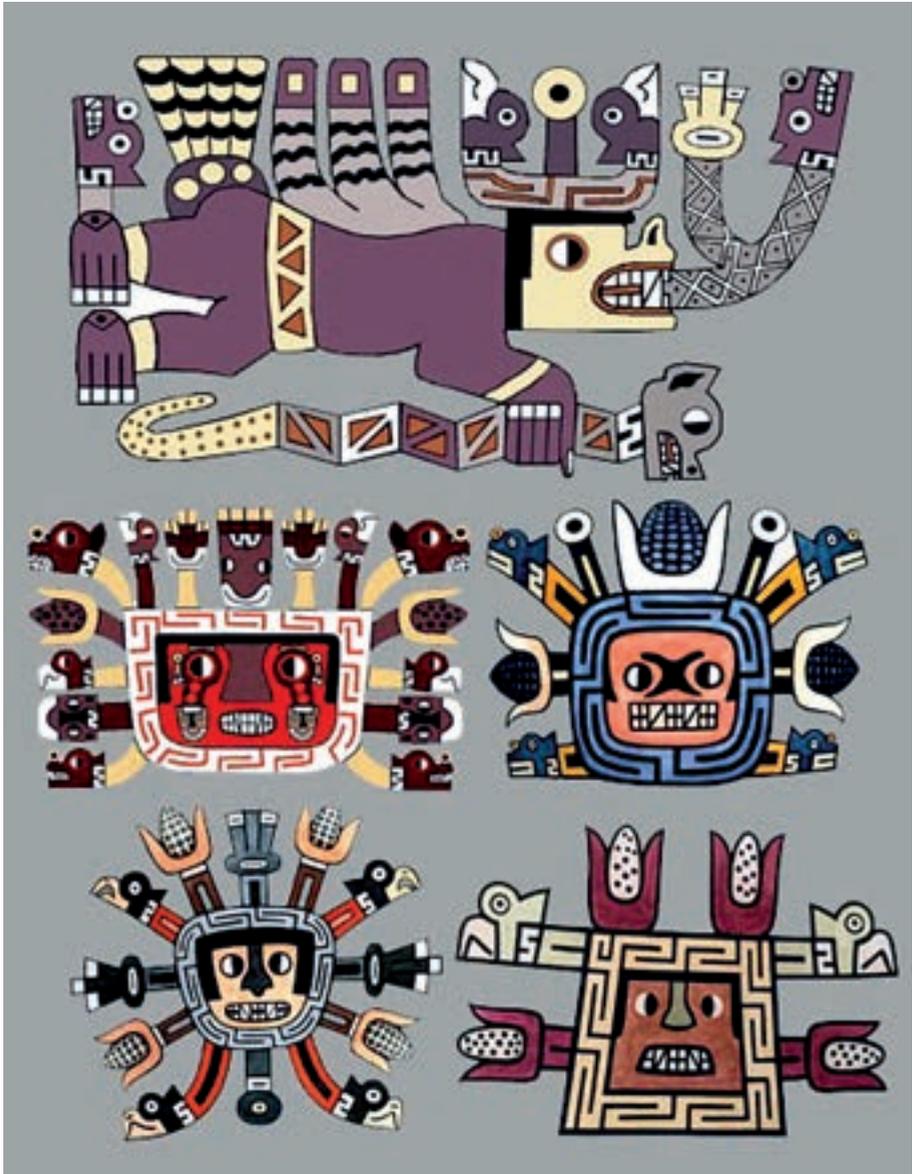
Durante las excavaciones en el sitio arqueológico de Conchopata en 1997 y 1998, encontramos representaciones solo de cabezas míticas de frente, sin cuerpo, en las que se repiten los mismos motivos, con ligeras diferencias; sobre todo en la forma de la nariz que se proyecta hasta la altura de la frente y presenta un gran ori-

ficio. La boca muestra dientes con colmillos grandes, de la cual sale una especie de lengua larga que llega hasta el tocado y termina en cabezas de serpientes o en una especie de tres dedos que al parecer encarna el símbolo del fuego.

Además de esta deidad central, se han identificado figuras aladas de perfil conocidas como los «ángeles asistentes». Estas imágenes están de perfil y presentan un cuerpo humano con los dos pies y un brazo en el que sostienen un bastón en la mano. Uno de los extremos del bastón termina en la cabeza de un felino, y el otro en una cola de serpiente. La cabeza de estas figuras es de un ser mítico con apéndices y una lengua similar a las cabezas sin cuerpo. Lo más destacado es la presencia de alas que se desprenden de la espalda y los glúteos, lo que les da la apariencia de estar en actitud de vuelo. Aunque existen ligeras variantes en estas representaciones, el motivo central es el mismo, y parece tratarse del mismo personaje que aparece de frente en la deidad central. Esta representación por lo visto está relacionada con el mito del felino volador llamado Ccoa, que sigue siendo importante en el mundo andino debido a su vínculo con la fertilidad. Se creía que este felino volador, que era un puma, arrojaba rayos a través de los ojos, orinaba lluvia, escupía granizo y gruñía trueno. Por lo general, se les asociaba con las deidades y controlaba los fenómenos atmosféricos, estando subordinado a ellos, pero también podía ser percibido como si una deidad de los cerros hubiera tomado esa forma.



Detalle de una representación de una cabeza de felino en perfil con una especie de tocado del cual se desprenden bandas que terminan en cabezas de falcónidas y felinos



Deidades wari como el Ccoa o felino volador y cabezas de la deidad mitológica con rayos que terminan en cabezas de felino, falcónidas y mazorcas de maíz



Reconstrucción de las deidades wari con personajes de cuerpo entero de frente, con báculos en los brazos

El surgimiento de estos temas bajo una representación iconográfica determinada ha dado lugar a diversos planteamientos. Entre ellos, Menzel (1968) propuso que la difusión de las ideas religiosas de tiahuanaco a wari se realizó a través de pequeños grupos de personas, quizás misioneros o viajeros, que transmitieron las nuevas creencias en el área de Ayacucho. Luis Lumbreras planteó al principio un patrón de peregrinaciones como mecanismo de difusión, aunque esto fue complementado con la idea de un intercambio de productos o la participación de algunos ayacuchanos en adoración al culto de tiahuanaco. Ambos investigadores coinciden en que la presencia de estas representaciones en Ayacucho no resultó de una conquista militar, y los textiles fueron uno de los medios de transporte de estas imágenes debido a su facilidad de traslado.

Por su parte, Isbell (1987) propuso una hipótesis diferente a las anteriores, ya que propone un desarrollo paralelo en wari y tiahuanaco, pero con orígenes comunes en una antigua tradición extraña a ambos. Su argumento se centra en la representación del Dios de las Varas, que después de su aparición en Chavín, perdió fuerza a nivel panandino, a excepción de Pucará, ubicado en Puno. Al parecer, esta deidad recobró fuerza y apareció de manera simultánea tanto en tiahuanaco como en wari.

Los depósitos o almacenes

Los recintos vinculados a las áreas de almacenamiento o depósitos dentro del área sagrada de Wari se ubican principalmente en el sector de Vegachayuq Moqo, en las estructuras rectangulares adosadas al muro perimétrico del área ceremonial y sobre una plataforma construida con terrazas ubicadas en el extremo noroeste del sector. En esta zona hay un conjunto de recintos, de los cuales destaca uno de buen acabado con hornacinas, además de otros con pequeñas dimensiones que rodean un patio donde se hallan pozos troncocónicos. En estos pozos, es probable que se acopiara, almacenara y preservara productos alimenticios y otros elementos durante la fase final de ocupación en el sector de Vegachayuq Moqo.

Uno de los recintos que destaca por su arquitectura corresponde a una estructura de planta rectangular, con una división interna que posee un único acceso en el centro del muro orientado hacia el norte. Sus dimensiones internas son de 8.85 metros de longitud por 2.80 metros de ancho. Cuenta con cinco hornacinas equidistantes en el muro del lado sur, las cuales tienen una forma cuadrangular y cuyo acceso se hallaba tapiado. Internamente, se divide por un muro adosado de construcción tardía que tiene otro acceso. Los muros y las hornacinas se enlucieron con barro y pintados de blanco, con un pavimento compacto de puzolana.

Sobre ella, se recuperaron mazorcas y granos de maíz carbonizado, una cantidad significativa de restos óseos de camélidos, huesos de una probable ave, escasos restos óseos humanos, 13 puntas de proyectil de obsidiana, fragmentos de moldes de cerámica cruda, junto con fragmentos de cerámica de diversos estilos.

El recinto con hornacinas parece haber sido el principal del sector al que se accedía a través de una antesala, donde había cuatro cuartos separados por muros cortos adosados a la pared y una especie de columna central que formaba accesos amplios. Tenía un piso compacto de puzolana y diatomita, con presencia de intrusiones que rompían el pavimento. Delante de este ambiente, hay cuartos pequeños de paredes delgadas que colindan con un patio pequeño, mediante el cual se ingresaba a los espacios descritos. Las dimensiones de los recintos varían de 1.80 a 1.86 metros de ancho por un largo que oscila entre 2.20 a .250 metros. Aunque en los muros se observan las piedras con las caras planas hacia el paramento interno, se encontraron indicios de revestimiento con tierra seleccionada, arcilla y material orgánico, sobre los cuales se pintó de blanco.

Hacia el lado sur, hay cuatro recintos que rodean el patio. De ellos, uno tiene la planta en forma de una «D», otro es circular y los dos restantes tienen planta rectangular con uno de los lados adosados a los muros curvos. El recinto con forma de una «D» tiene un muro recto con un acceso en la parte media que se ubica hacia el sur, donde se halla el patio. El recinto circular, de igual modo, cuenta con un acceso orientado hacia el patio y un diámetro interno 2.40 metros. Los muros de ambos recintos se construyeron utilizando piedras en forma de lajas, con dos hileras unidas con mortero de barro, y cuentan con un piso parcialmente conservado de consistencia compacta; el cual está hecho con puzolana, diatomita y arena. En los dos recintos de muros curvos, el pavimento se ha mantenido solo en pequeños tramos, y la altura de los muros varía de 12 a 35 cm con respecto al piso. No se encontraron contextos ni materiales culturales debido al deterioro causado por la presencia de fosas intrusivas.

Hacia el lado oeste del conjunto, destacan otros cuartos pequeños cuyo tamaño no excede de 2 m², con accesos que conducen a otros de las mismas dimensiones. Fueron construidos con dos hiladas y tenían revoque de barro y, tal vez, pintura blanca. Tienen un piso de diatomita y presentan fracturas debido a las intrusiones.

Paralelo a los muros del lado este de los recintos pequeños, con una orientación de sur a norte, se develó un canal que servía para el drenaje de las aguas pluviales. Esta estructura estaba ubicada debajo del piso y fue construida utilizando piedra tallada y canteada, con un ancho interno de 14 cm y una altura que variable de 12 a 14 cm. Mostraba una cubierta parcial de lajas de piedra en algunos tramos y carecía de ella en otros. La longitud total del canal descubierto es de 4.50 metros, y se conecta con otro a través de una caja colectora de agua con cubierta de piedra labrada.

Finalmente, en la parte central del conjunto, se encuentra un patio pequeño con un pavimento de consistencia compacta que consta de tres pisos superpuestos, a través del cual se accede a todos los ambientes. Lo que ha llamado la atención y ha reforzado la hipótesis de funcionalidad del sitio como área de almacenamiento, es la presencia de cuatro fosas troncocónicas debajo del pavimento, que —a su vez— sirve como cubierta de una de ellas; mientras que, en las restantes, se definió a través de una matriz circular a nivel del piso.

La presencia de las fosas troncocónicas, los cuartos pequeños alineados alrededor de un patio, así como recintos finamente acabados y ubicados dentro de este pequeño conjunto, nos indican una ocupación probablemente vinculada con el control y la administración de los productos que se almacenaban y consumían dentro del sector de Vegachayuq Moqo.

Si recurrimos a la analogía etnográfica en el mundo andino contemporáneo, aún podemos observar ciertas semejanzas con lo que se conoce como «trojes». Estas estructuras tienen planta cuadrangular o rectangular con dimensiones y alturas variables, y se utilizaban para almacenar productos. Los accesos a dichos espacios se cierran gradualmente a medida que se depositan los productos, y conforme se

consumen, se retiran las piedras de los accesos. Antes de esto, se colocan y cubren con paja y otras hierbas aromáticas para evitar que los productos almacenados sean atacados por los insectos.

Las estructuras en forma de cúpula invertida, construidas debajo del pavimento con paredes y piso totalmente enlucidos, donde se encontraron evidencias de fragmentos de tela con granos de maíz carbonizado, están asociadas a un conjunto de cuartos pequeños alineados alrededor del patio. Esto sugiere un escenario en el cual las actividades realizadas están vinculadas con el almacenamiento de productos alimenticios y, por qué no, la insinuación de textiles en otros ambientes. Estos espacios quizás estuvieron a cargo de ciertos personajes vinculados a la élite que resguardaban, controlaban y administraban la distribución de estos productos dentro de este sector.

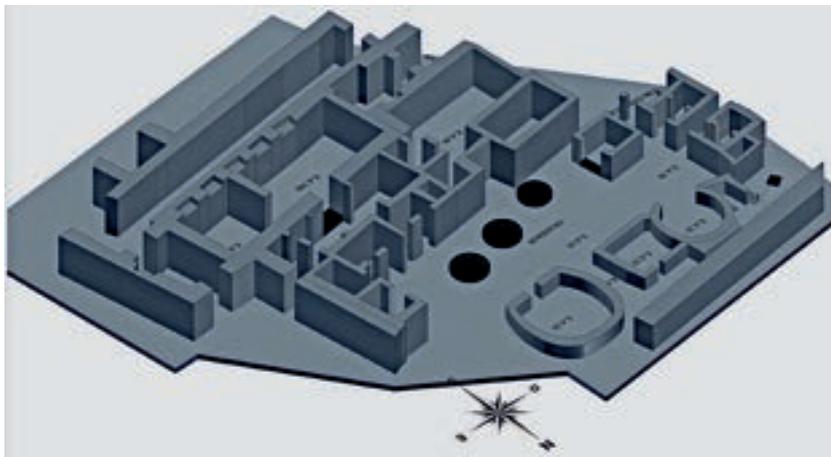
Por desgracia, el proceso de saqueo y destrucción que sufrió la ciudad durante la última fase de ocupación afectó el registro arqueológico, alterando o desapareciendo los contextos, de los cuales solo quedó la infraestructura. Las fosas intrusivas, en casi todos espacios arquitectónicos, incluyendo las cistas y fosas funerarias, son muy perceptibles, ya que afectaron no solo el piso, sino también los estratos inferiores en los que había ocupaciones precedentes. A pesar del efecto destructivo de esta actividad, las intrusiones nos permitieron identificar muros y pisos de ocupaciones anteriores, que fueron rellenados de manera intencional, sucesiva y en diferentes momentos. Es probable que el sitio haya tenido diferentes funciones que aún no han sido definidas con claridad debido a la restricción del área excavada.

Otro sector donde se hallaron evidencias de depósitos, dentro del sector de Vegachayuq Moqo, son los recintos adosados a un gran muro ubicado hacia el lado este del área ceremonial en forma de una «D». Estos recintos son rectangulares y alargados, con un piso compacto de puzolana. En uno de los extremos internos, se observan pozas de forma troncocónica que están debajo del piso y tiene una profundidad de 1.50 metros y un ancho de alrededor de 2 metros. Estas pozas tienen una pared adosada de muros de piedra plana con las caras alineadas hacia el lado interno, que tal vez se enlucieron. En total, se identificó desde una hasta tres fosas de diferentes dimensiones que, por sus características, sirvieron como depósitos o almacenes de productos para su preservación y consumo.

Otro ejemplo de depósitos wari se encuentra en el sitio arqueológico de Huaca Pucllana, en Lima. Allí se descubrieron grandes silos subterráneos construidos con adobe, en los que se almacenaban alimentos como maíz, frijoles y quinua. De igual modo, en Pikillaqta, en Cusco, se hallaron cuartos de pequeñas dimensiones que, al parecer, sirvieron como áreas de depósitos de un conjunto de objetos que correspondían a los tributos obtenidos de los grupos humanos que sometieron los waris.

En sociedades complejas, como es el caso de los waris, el Gobierno habría dispuesto de un conjunto de recursos preservados en los almacenes para su consumo diario o para ofrecer a cambio de diversos mecanismos, entre ellos, el trabajo u

otros servicios. En este contexto, es importante hacer una diferenciación entre los depósitos domésticos de uso local y los almacenes del Estado, que estaba bajo el control de la élite en el poder y que contaban con una adecuada planificación y supervisión por parte del Estado.



Reconstrucción isométrica del área correspondiente a los depósitos y almacenes en el sector de Vegachayuq Moqo



Detalle de pozos troncocónicos con revestimiento de piedra o enlucidos debajo de los pisos del sector de Vegachayuq Moqo

La astronomía

La investigación sobre la actividad astronómica de los waris aún se encuentra en una fase incipiente. Esto, pese al incremento de evidencias relacionadas con la observación cotidiana de la salida y puesta del sol, la aparición de la luz y la oscuridad, el ciclo lunar, el movimiento de las estrellas y la determinación del ciclo agrícola, basado en la observación de las temporadas de lluvias y sequías.

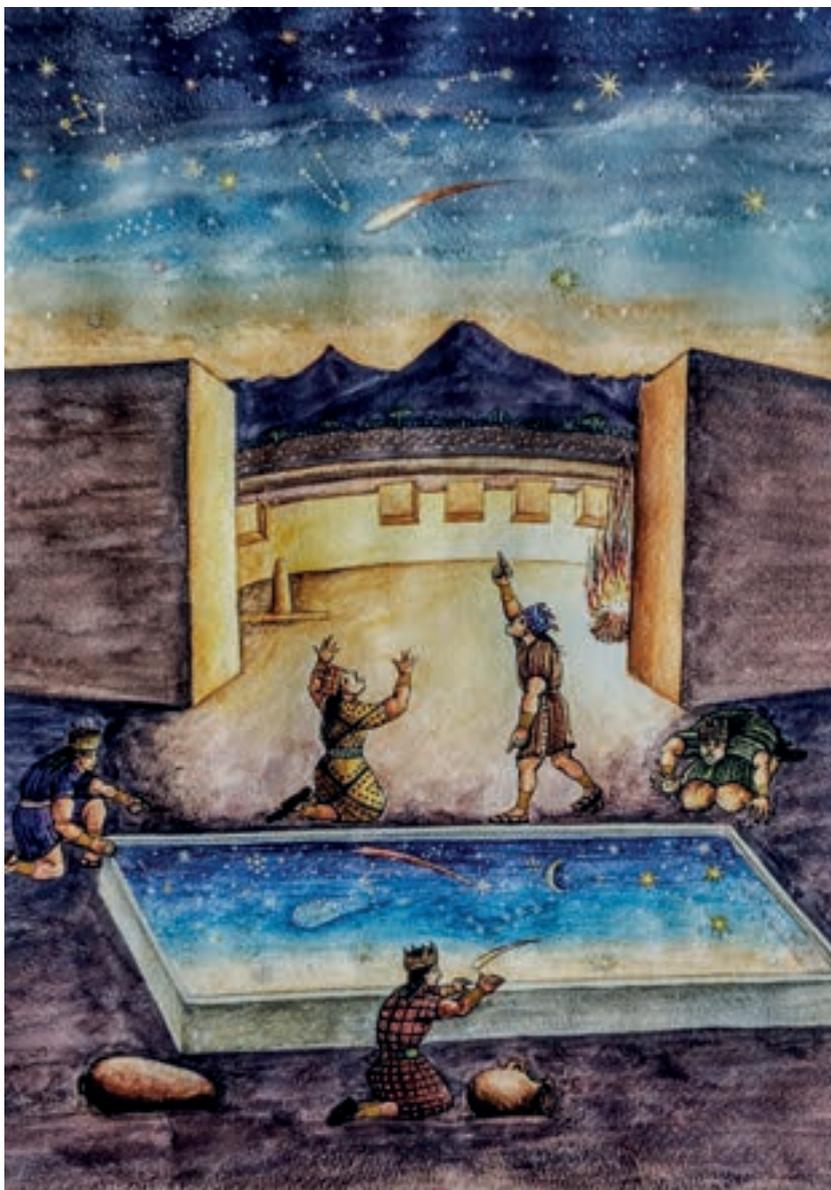
Dentro de una configuración geográfica donde se asentada la ciudad de Wari —cuya economía se basaba en la agricultura—, es de esperar que la preocupación fundamental del culto girara en torno al agua o la lluvia, como se expresa en la representación de sus deidades: el felino volador o Ccoa, la serpiente o los batracios. Por otro lado, las condiciones del entorno natural, con una estación seca prolongada o lluvias que podrían tornarse peligrosas debido a su exceso, sumado a su relación con los ciclos agrícolas y de las plantas, nos llevan a pensar que había un vínculo muy estrecho con la naturaleza; el cual se manifestaba en el culto a ciertas deidades.

Las excavaciones arqueológicas realizadas en Wari durante los últimos cinco años han sacado a la luz nuevos hallazgos vinculados a la práctica de la astronomía y al manejo y control de agua. Estos se sumaron a otros ya existentes, pero que no se trataron de manera adecuada.

Un testimonio de la práctica de la astronomía se encuentra en el sector denominado Qawarikuna, ubicado al suroeste de la parte alta de la colina del cerro San Cristóbal. En este lugar, hay una planicie con afloramientos de grandes bloques de roca basáltica que presentan un conjunto de oquedades circulares, a modo de pozos pequeños de base redondeada, que se labraron en la plataforma superior. Cuatro bloques de roca dispuestos en la superficie, cada uno con pocitos de diferentes dimensiones y cantidad. Entre ellos destaca una con siete oquedades, cuya función está sin duda vinculada con la observación astronómica.

Durante el año de 1982, en el sector de Vegachayuy Moqo, se descubrió una estructura megalítica de forma rectangular finamente trabajada por la cara superior, que medía 5.80 metros de largo por 2.20 metros de ancho. Tenía un borde deteriorado de 25 cm de ancho y una profundidad de 15 cm. Una estructura similar, pero mejor conservada y de mayores dimensiones, fue encontrada por nosotros en el año 2012 hacia el lado opuesto del mismo sector, sobre un montículo. Esta mesa megalítica, tallada magistralmente en roca dura, posee forma rectangular y sus dimensiones son de 6.73 metros de largo, 2.30 metros de ancho y un grosor variable de 34 a 54 cm. Tiene una superficie plana con un desnivel interno que rodea los cuatro lados, dándole la forma de un pozo poco profundo con una altura de 16 a 18 cm. Estaba enterrada exprofesamente debajo de recintos de ocupación tardía, acompañada de ofrendas, entre ellas dos bloques de obsidiana y dos vasijas tiwanakenses que corresponden a sahumeros. Finalmente, otra estructura pétreo megalítica develada difiere de las anteriores debido a la presencia de oquedades

irregulares en el interior del desnivel que forma el pozo. La función atribuida a estas estructuras está relacionada con la astronomía, ya que pudieron haber funcionado como recipientes-espejo de agua para la observación de la luna, las estrellas y las constelaciones; o en última instancia, como pluviómetros para medir la cantidad de agua de las lluvias, dado que los pocitos difieren en tamaño y profundidad.



Reconstrucción hipotética de las actividades astronómicas asociados al reloj solar y el espejo astronómico de piedra labrada en el recinto en “D” de Vegachayuq Moqo



Pocitos labrados en roca en el sitio de Qawarikuna en el sector de Cerro San Cristóbal



Detalle de los pocitos de función astronómica en el sector de cerro San Cristóbal



Mesa lítica con desnivel tallado para el llenado de agua
y uso como espejo astronómico



Detalle del reloj solar o intiqahuana al interior del área ceremonial en “D”

Otra estructura vinculada al control del tiempo es el «reloj solar» que se encontró en la parte interna de los recintos ceremoniales en forma de una «D». Se trata de una que presenta apariencia tubular insertada en el piso, bordeada por un pequeño muro circular o también en forma de una «D» que se descubrió en Vega-chayuq Moqo, Monqachayuq y Conchopata. Tal como señaló Fredy Salinas (2003), la denominación correcta sería *intiqawana*, cuya traducción literal significa «lugar donde se mira la sombra del sol»; es decir, la ausencia o presencia de la sombra que decrece en el transcurso del día y a través de la cual se mide el tiempo.

Manejo y gestión del agua

Una ciudad con una población numerosa como Wari debió contar con una infraestructura hidráulica que permitiera la vida urbana. A partir de las evidencias encontradas en las últimas investigaciones, podemos afirmar que se desarrollaron diversas soluciones técnicas para gestionar el agua y satisfacer las necesidades de la ciudad. Esto, pese a las condiciones ambientales adversas, como la aridez y la accidentada configuración del suelo donde se asentó el núcleo urbano.

Si tenemos en consideración que existe evidencias de una ocupación humana importante en una época anterior, vinculada con la cultura regional huarpa (100-500 d. C.), es lógico suponer que parte de la infraestructura hidráulica fue al principio construida por esta sociedad. No es casual que se atribuya a los huarpas el haber desarrollado una avanzada tecnología agropecuaria que incluía la habilitación de suelos agrícolas con terrazas, canales de riego y reservorios. Gracias a esto, racionalizaron el uso del agua y de la tierra, logrando una economía agropecuaria de alto rendimiento, incluso superior a la actual.

Considerando este antecedente, es razonable suponer que los waris heredaron estos conocimientos, los mejoraron y adaptaron de acuerdo a sus necesidades en una ciudad que fue creciendo de un modo gradual y planificado. Las instalaciones hidráulicas se combinan con pozos, reservorios, otros depósitos y una red de canales de piedra y barro que —en muchos casos— atraviesan los muros para penetrar en los recintos.

Como en todas las ciudades prehispánicas, la planificación en la construcción de la gran ciudad de Wari se hizo a través de maestros constructores, quienes posiblemente se valieron de maquetas de barro y piedra para diseñar y dirigir la construcción. Uno de los primeros problemas que tuvieron que resolver fue el abastecimiento permanente de agua en la urbe. Sin ella, la vida humana no habría sido posible, y mucho menos la construcción de las obras monumentales con altos muros, para lo cual el suministro de agua era esencial.

Los estudios de Valdez (1998) y Pérez (2010) documentaron la presencia de un canal que recorre cerca de 20 kilómetros desde su origen en la laguna de Yanaqocha, en las alturas de Huamanguilla, hasta Pampachacra, en la parte alta del

Complejo Arqueológico de Wari. Desde la laguna, situada al sur del «nevado» de Rasuwilka, sale un canal que desciende por la falda del cerro Troga, recorre la parte alta del poblado de Huamaguilla hasta la quebrada Llunkuna; continúa bordeando el cerro Quichkapata hasta la parte superior de la quebrada de Wamangura, y llega a los reservorios de Lorenzayúq y Hanansayúq en las cercanías del actual poblado de Quinoa. De estos reservorios, salen dos canales que se unen en las inmediaciones de la quebrada de Chipingura, que se dirige hacia Wari a través de la colina de Churucana, desde la cual se bifurcan dos canales hacia el sur y el norte, que con seguridad abastecían de agua a toda la ciudad.

Tal como lo describieron Valdez y Pérez, el canal se ha conservado en ciertos tramos, mientras que en otros ha desaparecido debido a factores naturales y culturales. Sus medidas son variables en algunos trechos, con una profundidad que oscila entre 0.70 metros y 1 metro, y un ancho que varía entre 1.10 a 1.50 metros. Fue construido con bloques de piedra labrada, piedras naturales y enlajadas, unidas con mortero de barro, arcilla y otros materiales, como la puzolana. Además, se le dotó de un piso con lajas para evitar la filtración del agua.

Un aspecto poco visible de la gran infraestructura dentro de la urbe metropolitana de Wari, son las redes de drenaje y conducción de agua, a través de las cuales podían evacuar o mantener agua sin cesar en la ciudad. Aunque existen indicios de grandes obras de infraestructura relacionadas con canales en Wari, hasta la fecha no se habían encontrado evidencias que demuestren estas propuestas. Sin embargo, durante las excavaciones realizadas entre 2012 y 2014 en Vegachayúq Moqo y Monqachayúq, se descubrieron restos de canales finamente contruidos con bloques de piedra labrada, junto con redes que se conectaban a cajas de agua, a través de las cuales se distribuía agua en toda la ciudad. Estas complejas obras de ingeniería están siendo poco a poco reveladas gracias a las investigaciones en curso.

El hallazgo del canal, cuya construcción muestra una avanzada tecnología en el trabajo de piedra y la ingeniería hidráulica, es uno de los mejores ejemplos de la construcción de canales o acueductos que transportaban agua a través de una red de distribución con canales primarios y secundarios. Estaba destinado probablemente para el consumo humano dentro de la ciudad de Wari. Para su construcción, se utilizaron bloques de piedra labrada que encajaban de manera perfecta y unidos con mortero de arcilla fina. El proceso de construcción requería la apertura de una trinchera de 80 cm de ancho por 65 cm de profundidad, con una ligera pendiente sobre la cual se colocó mortero de diatomita y puzolana triturada, combinados con arcilla y arena. Sobre este asiento se colocaban los bloques labrados cuya base tenía la forma de una «U», con otros bloques en forma de cubos cuadrados y rectangulares que ensamblaban y estaban cubiertos por otros bloques rectangulares.

Actualmente, en las inmediaciones del sector de Monqachayúq, hay una cantidad significativa de piedras sueltas labradas que, al parecer, formaban parte de los materiales constructivos de los canales; por desgracia, no se encuentran en su con-

texto original. A esto se suma la presencia de una escultura lítica de forma humana, tallada como vertedero de agua, a modo de una pileta, con un orificio en la boca y un engaste para conectarse con un tubo en la parte posterior.

También se registraron otros canales se construyeron para la evacuación de aguas de lluvia estacional o desechos de agua utilizada. Estos canales no tienen la misma calidad que las anteriores, pero se ubican debajo de pisos o al nivel de los mismos. Están contruidos con piedras enlajadas con un mortero especial y se cubrieron con piedras planas y canteada. Por lo general, se trata de canales que se dirigen hacia otros de dimensiones y profundidad más grandes, pero aún está por definirse, pues las excavaciones se han realizado de manera muy limitada.

Finalmente, a unos cuatro kilómetros al oeste del Complejo Arqueológico de Wari, en las cercanías de la carretera Ayacucho-Huanta, se encuentra una planicie en las faldas de los cerros Atoqpampa y Chaqowillka, donde se construyó una gran infraestructura hidráulica consistente en cuatro represas adosadas de forma circular, con un diámetro promedio de 50 metros y una profundidad de más de 4 metros. Estas represas estaban asociadas a canales que las interconectaban. En este lugar, conocido hoy como Tawaqocha, se almacenó, guardó y distribuyó el agua de las lluvias estacionales, teniendo una función temporal y efímera. Un caso similar se registró en la ciudad de Ayacucho, en las inmediaciones de la actual Ciudad Universitaria, donde existía una represa llamada Kichkaqocha, que desapareció debido al crecimiento urbano.



Vista del sector de Tawaqocha (cuatro pozas) usados para la siembra y cosecha del agua



Caja de agua o sumideros para recolección y evacuación de aguas del interior de recintos



Canal de piedras labradas usada probablemente como ductos para agua de consumo humano



Canal de forma trapezoidal conectado a un gran sumidero ubicado en un patio



Monolito de forma antropomorfa usada posiblemente como parte de una pileta de agua

Las unidades habitacionales

La mayor parte de la población que ocupó la ciudad antigua de Wari estuvo constituida, sin lugar a dudas, por habitantes comunes. En la época inca, a estos se les conocía como los *hatunrunas* o habitantes comunes y corrientes que tenían actividades especializadas y vivían en áreas específicas de la ciudad. Dentro de la gran urbe metropolitana de Wari, uno de los sectores donde se identificaron unidades habitacionales es el de cerro San Cristóbal, ubicado en el extremo sur de la ciudad de Wari, sobre un montículo y una pendiente natural, donde se descubrieron las viviendas de los pobladores comunes.

De acuerdo con los reportes existentes, dentro de la ciudad de Wari no existen lugares definidos para la clase trabajadora; es decir, unidades domésticas. Se supone que los pobladores comunes vivieron en la periferia de la ciudad; en particular hacia el lado sur, como es el caso del sector cerro San Cristóbal, donde se halló evidencias correspondientes a las unidades domésticas.

En las unidades domésticas de la época wari, se llevaban a cabo actividades diarias de producción, alimentación y consumo; asimismo, la atención y el cuidado de los miembros vulnerables, como niños, ancianos y enfermos. También se ocupaban de la limpieza y el mantenimiento de los espacios y, por su puesto, del descanso. Además, aunque quizás no a diario, en algún momento de sus vidas debían enfrentarse a la muerte, las enfermedades y los fenómenos naturales. Para explicar y controlar estos aspectos, se crearon mitos, deidades y rituales.

Los individuos que formaban parte del grupo doméstico interactuaban a diario en diferentes espacios y lugares en los que dejaban reflejadas sus actividades rutinarias. Las unidades habitacionales o domésticas son, entonces, los contextos físicos donde se llevaron a cabo relaciones singulares de interacción cotidiana relacionadas con la producción, el consumo, la reproducción, la muerte y la socialización.

Relativo a las viviendas de los waris, se intentó identificar las actividades vinculadas con la reproducción social, como la preparación y el consumo de alimentos, el descanso, la producción de bienes u otras actividades afines. En estos casos, la identificación de las áreas de actividad donde se realizaron estas labores nos ha mostrado un conjunto de contextos vinculados con elementos tales como la presencia de hogares con ceniza, concentraciones de fragmentos correspondientes a ollas para cocinar alimentos identificadas por manchas negras u hollín, restos óseos de animales, piedras calcinadas y áreas de almacenamiento. Respecto al consumo de alimentos, se han registrado diversos tipos de vajillas, como platos, cuencos, vasos y tazones, dentro de espacios determinados.

De manera general, podemos decir que en las unidades domésticas de la época wari, convivieron hombres y mujeres de distintas edades y roles sociales, cuyas relaciones sociales entre sus miembros se manifestaron de diferentes maneras; pudiendo incluso ser de tipo coercitivo.

Tomando en consideración que el conocimiento de las unidades domésticas es aún insuficiente dentro de la gran urbe, vamos a presentar las evidencias encontradas que nos permitirán tener una idea general de cómo fue una unidad doméstica o una vivienda de la época wari.

El sector de cerro San Cristóbal

El sector denominado cerro San Cristóbal se ubica cerca de la margen derecha de la carretera asfaltada de Ayacucho a Quinua, en las coordenadas 13°04'02" de latitud sur y 74°11'33" de longitud oeste, a una altitud de 2798 m s. n. m. Se encuentra situado sobre una pequeña colina, en cuyas faldas nace la necrópolis de Cheqo Wasi y los roquedales de Infiernillo y Rayosqa.

En la cima, se pueden encontrar varias estructuras, entre las que destaca una chullpa de planta cuadrangular y una profunda cisterna cónica que se ubica en el centro mismo de la cima. Este pozo, en lugar de parecer destinada a un depósito, parece más bien diseñada para ser utilizada como parte de una sepultura. Estaba cubierta por una losa labrada que presenta un agujero en el centro. La estructura cuadrangular ocupa un espacio de 100 m² y está delimitada por muros que rodean una arquitectura subterránea de forma cónica, la cual se excavó en la roca. A este muro se le agregó un revestimiento compuesto por pequeñas lajas de piedra, con una base de 3.70 metros de ancho y una parte superior de 70 cm de ancho, con una profundidad de 5 metros. En esta estructura se pueden apreciar tres capas de lajas megalíticas labradas, cada una de las cuales tiene un agujero en el centro y en algún momento fueron retiradas de su posición original.

Este sector se develó un conjunto de edificaciones concernientes a unidades habitacionales, que incluyen áreas de descanso, áreas para la preparación de alimentos, depósitos y almacenes; además, se identificaron cuartos de dos pisos pintados de blanco. Estas construcciones se construyeron sobre pequeñas plataformas y contienen cuartos, así como un recinto cuadrangular desde el cual se tenía una vista panorámica de un amplio sector de la ciudad. Uno de los hallazgos más resaltantes es la evidencia de una reocupación en el periodo poswari, durante el Intermedio Tardío, que se relaciona en la región con la cultura chanka. Este descubrimiento demostró que después del colapso de la metrópoli Wari, algunas áreas periféricas de Wari ocupadas, en parte, por grupos que podrían ser los descendientes de los antiguos waris.

La cima del cerro es plana y parece haber sido nivelada de manera intencional. En esta área, se encuentran salientes rocosos decorados con petroglifos que representan al árbol pati, así como pocitos circulares que sugieren actividades relacionadas con la astronomía.

Para este sector ubicado muy cerca de la margen derecha de la carretera asfaltada de Ayacucho a Quinua, no hay evidencias, ni reportes de investigaciones,

limitándose solo a una descripción de las estructuras visibles. Es probable que haya cumplido la función de ser un sector donde se practicaba la observación astronómica y de control, ya que desde la cima se divisa gran parte de la ciudad.

Las estructuras arquitectónicas develadas en el sector de cerro San Cristóbal corresponden a un conjunto habitacional construido durante la época wari. En este lugar, también se observan pequeños recintos que pudieron haber sido utilizados como almacenes de productos, aprovechando la corriente de aire que se encuentra en la parte alta de la colina. Por otro lado, su ubicación estratégica sugiere que pudo haber servido como un mirador natural para el control del acceso hacia la ciudad.

La construcción de los espacios arquitectónicos se llevó a cabo sobre una superficie irregular, con pendientes y afloramientos rocosos. Los materiales culturales asociados se encontraron desde las capas superficiales, y entre destaca la presencia de fragmentos de cerámica de la época wari. Además, se identificó una significativa cantidad de fragmentos de cerámica del Intermedio Tardío en dos contextos específicos. Estos fragmentos se caracterizan por su acabado burdo y corresponden a ollas y cántaros con decoración incisa, del tipo grano de café y listón mellado. Junto a ellos, se hallaron morteros, mano de mortero y percutores fracturados. Asimismo, había fragmentos de restos óseos de camélidos y cuy, algunos de los cuales se calcinaron por la actividad doméstica.

Por los contextos registrados, podemos afirmar que se trata de un conjunto de viviendas en las que se llevaban a cabo actividades de la vida cotidiana, tal vez complementadas con labores de vigilancia para controlar el acceso a la ciudad. Este es uno de los sectores de la urbe en los que, por primera vez, aparecen evidencias vinculadas con pobladores comunes. Hasta la fecha, las intervenciones se realizaron solo en áreas ceremoniales afines a las actividades rituales.

La presencia de espacios arquitectónicos de planta circular —construidos con mampostería ordinaria, en la parte externa de las edificaciones waris—, corresponde a la época poswari. Está vinculada a las manifestaciones culturales del Intermedio Tardío, que en la región se relaciona con los chankas. En las excavaciones se hallaron tres recintos circulares, y en dos de ellos se encontraron evidencias culturales asociadas con estilos de cerámica Arqalla y Qachisqo de la época chanka. Para su edificación se colocó un relleno intencional sobre un terreno irregular con afloramientos rocosos, que contenía fragmentos de cerámica de la cultura wari, incluyendo piezas de los estilos Chakipampa, Huamanga y cerámica doméstica sin decoración.

Ha quedado demostrado que la infraestructura de la época wari fue abandonada durante el periodo del colapso, pero luego fue reocupada en el Intermedio Tardío. Para ello, se realizaron remodelaciones en los espacios y se desarrollaron actividades domésticas, como se demostró en los contextos y áreas de actividad identificados en cada uno de los recintos ocupados. Hasta el momento, podemos afirmar que la reocupación de los espacios waris con fines de vivienda se focaliza

sobre todo en el sector de cerro San Cristóbal, ya que no existen evidencias de actividades domésticas en otras partes.

El descubrimiento de entierros secundarios de varios individuos en el interior de espacios arquitectónicos, de reducidas dimensiones en el sector de cerro San Cristóbal, se asocia con el periodo poswari. Esto nos permite afirmar que algunos de estos ambientes se utilizaron con propósitos funerarios. Además, existen evidencias de que —en ciertos casos— se retiraron o se aprovechó la presencia de tumbas waris, antes saqueados.



Vista de un conjunto de recintos de una vivienda con hornacinas internas y accesos



Detalle de un recinto rectangular con hornacinas internas en una unidad doméstica



Detalle de las cornisas para un segundo piso en una vivienda del sector de cerro San Cristóbal

En uno de los recintos vinculados a la época poswari, se encontró un piso compacto de tierra bajo el cual se hallaba un relleno que incluía material cultural; el cual estaba compuesto en su mayoría por fragmentos de cerámica de acabado rústico, claramente atribuible al Intermedio Tardío. También se encontraron fragmentos de cerámica de los estilos Chakipampa tardío, Huamanga y Huarpa, aunque en porcentajes mínimos. Además del material cerámico, se recuperaron objetos líticos, como una punta de proyectil, una porra circular fragmentada, manos de molienda y molinos rotos. Asimismo, se descubrieron restos óseos de camélidos dispersos y fragmentados. Ellos hallazgos indican que esta edificación se realizó durante el periodo de reocupación, muchos años después de su abandono inicial.

Las evidencias que definen una ocupación poswari dentro del Complejo Arqueológico de Wari la necesidad de modificar la propuesta vigente acerca de la ocupación del sitio. Se creía que el sector concerniente a la ciudad prehispánica de Wari, no ocuparon otros grupos en tiempos posteriores. Sin embargo, la presencia de evidencias arquitectónicas, materiales culturales y entierros vinculados al Intermedio Tardío nos llevan a señalar que hubo una ocupación prolongada, que abarca otro periodo posterior; aunque, por ahora, se concentra sobre todo en el sector de cerro San Cristóbal durante la época poswari.

Recintos rectangulares alargados con nichos internos y piso compacto en una unidad doméstica del sector de cerro San Cristóbal



Recintos habitacionales con accesos que presentan el umbral elevado por desniveles



El sector de Chupapata

Las áreas de actividad dentro de la unidad doméstica en el sector de Chupapata no son tan evidentes, dado que este sector sufrió saqueos durante el proceso de abandono. En realidad, el sector de Chupapata se compone de un conjunto dividido en dos partes. La primera parte está estrechamente asociada con estructuras de carácter funerario, evidenciadas por la presencia de dos cámaras de piedra finamente labradas y recintos donde había otras tumbas en cistas y fosas que habían sido perturbadas.

La segunda parte de Chupapata se halla delimitada por un muro que separa el sector funerario de otro que corresponde a un pequeño conjunto doméstico. En esta última parte, se identificaron diversas actividades domésticas, definidas a través de las asociaciones entre materiales y contextos; las cuales se exponen en el presente informe.

Tomando en cuenta las evidencias empíricas presentadas, procederemos a describir los indicadores y las características de los espacios arquitectónicos, donde se identificaron áreas de actividad vinculadas con distintas tareas de la vida diaria. Una de ellas corresponde, sin lugar a duda, a los lugares donde se procesaban y consumían los alimentos, comúnmente conocidos como hogares y cocinas. Estos espacios son cruciales en la expresión rutinaria de la vida cotidiana, ya que la preparación y el consumo de alimentos son actividades básicas para la subsistencia y continuidad del grupo. La identificación de estas áreas fue posible gracias a la concentración de ceniza, carbón, restos óseos calcinados, piedras de toba volcánica ennegrecidas y cambios en la coloración del suelo, causados por la combustión constante de materia orgánica. Además, se encontraron fragmentos de huesos de animales calcinados y fragmentos restaurables de vasijas de cerámica con huellas de hollín en sus superficies.

Esta área se localizó ya sea en el interior de una estructura estable o en un espacio multifuncional de carácter temporal. En ambos casos, el indicador principal para su identificación fue la presencia de un fogón u hogar, que se caracteriza por la concentración de ceniza con fragmentos o partículas de carbón, la concentración de piedras de toba volcánica ennegrecidas debido a la acción del fuego, cambios en la coloración del suelo y una mayor compactación del mismo.

Las estructuras estables también revelan otros contextos asociados, como la presencia de desechos y cuchillos de basalto u obsidiana; además, se hallan fragmentos de ollas, escudillas, cuencos, vasos y cucharas. Del mismo modo, están restos de cántaros de tamaño mediano y grande que, al parecer, se ubicaban en la superficie de estos espacios.

Se identificó otra área de preparación temporal en el patio, adyacente a la pared de uno de los recintos. Estos espacios tenían un carácter transitorio y estaban sujetas a cambios estacionales y de otros factores aún desconocidos. A diferencia del

caso anterior, en estas áreas no se observan los mismos componentes adicionales. En su lugar, se limitan a presentar pequeñas concentraciones de ceniza con carbón, fragmentos de vasijas utilitarias, restos óseos y piedras quemadas debido a la combustión.

Con relación a las áreas de descanso, podemos concluir que su ubicación dentro de la unidad habitacional no sigue un patrón constructivo específico. En cambio, se observan algunas diferencias en cuanto a su forma y acabado final. La identificación de estas áreas se basa sobre todo en la escasa presencia de material arqueológico, así como en la presencia de pavimentos bien elaborados, que están hechos de puzolana, diatomita y arena.

Al parecer, estos espacios de descanso recibieron cierto tratamiento en su acabado interior, aunque en algunos casos su identificación no fue sencilla, debido a las remodelaciones y cambios de funcionalidad a lo largo del tiempo. La ubicación de las áreas de descanso dentro de la unidad habitacional no sigue un patrón específico, ya que se identificaron —de manera indistinta— cerca de las áreas de preparación de alimentos o de almacenamiento. En algunos casos, incluso cuentan con hasta dos accesos, un que da al patio y otro que conecta con los pasadizos.

Las técnicas constructivas de las paredes son consistentes con la mampostería ordinaria y siguen el patrón arquitectónico establecido. Las variaciones se presentan sobre todo en el tratamiento interior, donde las paredes suelen tener un revoque de barro y, probablemente, pintura. Sin embargo, es importante destacar que se ha identificado un recinto con estas características especiales. Este recinto se diferencia del resto por la presencia de una tumba que había sido disturbada, con fragmentos de cerámica que —al parecer— corresponde a una etapa posterior donde se utilizó como área de entierro. Esto se deduce a partir de la presencia de una fractura en el piso.

El material que se recuperó en mayor cantidad durante las excavaciones arqueológicas es, sin duda, la cerámica. En particular, abundan fragmentos de cerámica que muestran una técnica de elaboración bastante sencilla y, en ocasiones, un aspecto tosco. Por esta razón, se ha denominado como «cerámica doméstica». Por otro lado, también se hallaron fragmentos de cerámica más fina con una iconografía detallada y un buen acabado. La presencia de estos trozos sugiere que cumplían una función relacionada con actividades rituales o tenían un papel en la jerarquía de los habitantes de este sector, que formaba parte de la ciudad de Wari.

Es cierto que los antiguos habitantes utilizaron una variedad de objetos cerámicos en su vida cotidiana. La función de estos no solo estaba determinada por su forma, dimensiones, decoración y tecnología de fabricación, sino también por el contexto arqueológico en el que se encontraban. En otras palabras, un objeto cerámico podía ser empleado en distintas actividades a lo largo de su vida útil; por lo tanto, sus funciones variaban con el tiempo, ya que no se les asignaba un rol exclusivo.

En muchas ocasiones, sobre todo en periodos largos de ocupación, la función

originalmente prevista para un objeto cerámico podía cambiar. Por ejemplo, algunos cántaros de grandes dimensiones —que al principio se usaban como depósitos para almacenar líquidos— podrían haber cambiado de función, cuando sus paredes se rajaron y fueron asegurados con hilos a través de agujeros paralelos. Esto demuestra la adaptabilidad de estos objetos a las necesidades cambiantes de las personas.

Por lo tanto, es importante considerar que los objetos cerámicos pueden tener funciones primarias (aquellas para las que se crearon originalmente) y funciones secundarias (usos adicionales que se les dieron). Es aquí donde el contexto cobra mayor importancia, puesto que el artefacto en sí mismo quizás limitaría nuestras inferencias.

Dentro de los espacios arquitectónicos excavados en el interior de las viviendas de Chupapata, se han identificado probables áreas de almacenamiento. Estos sitios se definen por su vinculación directa con las áreas de preparación y consumo de alimentos, así como con cuartos destinados a la reproducción social de los individuos. Su identificación se basa en la presencia de un conjunto de fragmentos de cerámica que corresponden a vasijas, como cántaros de dimensiones regulares. Estos recipientes podrían haber sido utilizadas para depositar líquidos o granos. Es importante destacar que no es necesario contar con un espacio exclusivo para el almacenamiento, debido a la multifuncionalidad de las áreas de preparación de alimentos; que hallan en pequeños espacios y dentro de un área restringida.

Una de las áreas que fungió como punto de concentración, tránsito y actividades diversas en la unidad habitacional fue, sin duda, el patio. Este espacio cuenta con un patrón definido, casi cuadrangular, y se rodea de varios recintos. Su característica distintiva es que se trata de un lugar arquitectónico de dimensiones mayores que los demás recintos, situados en la parte central de la unidad habitacional. Por lo general, este patio presenta una fosa de captación de agua que se conecta a un canal para el drenaje de aguas residuales o pluviales.

De los contextos encontrados sobre el piso del patio, podemos mencionar que el uso asignado al espacio fue multifuncional, ya que se identificaron diferentes áreas de actividad. Su empleo era, en cierta medida, flexible y variado de acuerdo con las necesidades de sus habitantes o a los cambios de temporada que se registran en la zona. Debido a sus características de su ubicación, técnicas constructivas y su asociación con otros cuartos, podemos afirmar que se trataba de un espacio abierto, situado en la parte central de la unidad habitacional, con una probable cobertura parcial en la periferia interna por la extensión de aleros de los recintos próximos. Los accesos ubicados en los cuatro lados comunicaban con cuartos y pasadizos, que lo convertía además en un espacio de tránsito permanente para sus ocupantes. El análisis de la distribución de indicadores nos lleva a proponer que también sirvió como parte de un taller temporal de producción de objetos lujosos: turquesa y lapislázuli. Además, como un área de preparación de alimentos, un almacén de vasijas

utilitarias o incluso un lugar de enterramiento, en las fases finales de ocupación.

El área donde se encontró el contexto de producción de objetos suntuarios correspondía a una esquina adyacente a un recinto, donde se hallaron numerosos fragmentos de turquesa y crisocola en proceso de elaboración; los cuales estaban dispersos dentro de un contexto. También se registraron cuentas de diferentes dimensiones y conchas de spondylus que, al parecer, formaban parte de los objetos de trabajo. Se encontraron algunos indicios de instrumentos de trabajo hechos de huesos de camélidos y objetos de cobre muy deteriorados. Por las características que presentaban las cuentas de turquesa, se determinó que cada fragmento se elaboró por separado, adelgazándolo mediante la abrasión sobre piedras o rocas duras. La perforación se hacía de manera alterna en ambos lados, posiblemente antes del acabado final, como se puede percibir en algunos de estos materiales a través del uso de punzones de hueso, spondylus e incluso piedras.

Otra de las actividades que forma parte de la vida cotidiana de los habitantes de cualquier poblado es, sin duda, la limpieza y el traslado de los restos o desechos de objetos, artefactos o de alguna actividad productiva o de consumo, ya sea dentro del mismo poblado o hacia otras áreas distantes. Aunque el tratamiento de la basura en la actualidad es complejo, dado que se demostró que no siempre se ajusta a una concepción generalizada, tal como lo propuso Schiffer (1988), creemos que su aplicación en nuestro trabajo es útil, ya que nos permite identificar y clasificar en función de los contextos donde se encontraron.

Los basurales, según su disposición específica, pueden ser primarios, secundarios y desechos de facto. Los primeros se componen de artefactos desechados en el mismo lugar de uso, mientras que los secundarios refieren a los artefactos desechados en sitios diferentes al original. Por último, la basura de facto incluye artefactos, por lo general, aún son utilizables, pero se dejan al abandonar un área de actividad (Schiffer, 1988).

En el caso del sector de Chupapata —dentro de la urbe metropolitana de Wari— nos referiremos en concreto a la basura secundaria, que consiste en una concentración o agrupamiento de diversos materiales, como restos de artefactos, desechos de alimentos consumidos, objetos descartados por rotura o uso excesivo, entre otros. Estos materiales se superponen unos sobre otros y se encontraron en áreas tanto abiertas como cerradas.

Una forma poco común de eliminar la basura era enterrarla en fosas pequeñas dentro de los cuartos. Esto quizás ocurría durante la remodelación de los pisos, cuando se abría una fosa que se rellenaba con basura; luego se cubría con tierra y se sellaba con lodo o de puzolana. De esta manera, se nivelaba el piso, aunque dejaba huella visible. En otros casos, se encontraron fosas pequeñas donde se depositaban los desechos, tan solo cubriéndolo con tierra para nivelar el suelo.

Los materiales encontrados son diversos, con un mayor porcentaje de fragmentos de cerámica, en algunos casos ceniza, huesos calcinados de camélidos,

herramientas líticas e instrumentos relacionados con la alfarera. Es importante destacar que esta práctica no fue un patrón generalizado, sino más bien ocasional, aprovechada durante las labores de restauración o remodelación de los edificios. Posee un número limitado y corresponde a las ocupaciones posteriores que tuvo el sitio.

Sin duda, la edificación evidencia un largo proceso de ocupación. Bajo los pisos y en intrusiones que llegan hasta la roca madre, se ha definido la presencia de muros anteriores que, al parecer, corresponden a la época huarpa. Esto sugiere que la construcción del conjunto habitacional de la época wari se realizó sobre una edificación preexistente, la cual podría haber incluido áreas destinadas, entre otras cosas, al entierro.

En las excavaciones realizadas, se ha encontrado en uno de los recintos una cabeza humana con algunos restos óseos dispersos, lo que constituye un entierro secundario. Esta sepultura ha sido alterada, ya que los restos óseos no presentan una relación anatómica natural. Se identificaron solo partes del cuerpo sueltas y desmembradas, lo que podría ser resultado de prácticas mortuorias vinculadas, tal vez con ciertos rituales o de los saqueos posteriores.

En el sector de Chupapata, gran parte de las tumbas del área adyacente al conjunto habitacional fueron perturbadas antes del abandono definitivo del sitio. Las evidencias que sugieren que este proceso se debió a un abandono súbito, producto de una probable crisis generalizada del Estado wari que afectó a la ciudad. Al parecer, la urbe soportó la presencia de grupos foráneos que la invadieron y saquearon, profanando tumbas y templos. Por otro lado, no debemos descartar la posibilidad de que algunas tumbas con entierros secundarios, en particular aquellas que contienen concentraciones de restos óseos y cráneos, estén relacionadas con prácticas rituales afines al culto de sus muertos.

La identificación de las diferentes actividades se logró a través de las relaciones existentes entre los espacios arquitectónicos y las áreas de actividad, que se observaron con precisión en los conjuntos de materiales asociados. La configuración de estos conjuntos resultó de un uso organizado del espacio. Es importante destacar que la delimitación y función de los espacios no se limitó solo a tareas específicas o conjuntos de ellas en zonas restringidas, sino que también incorporamos análisis parciales de las actividades basadas en la información obtenida de los contextos donde se recuperaron los materiales.

Esto nos condujo a observar que las áreas de actividad definidas —dentro de las unidades habitacionales— no son exclusivas ni se limitan a espacios estáticos, sino que corresponden a espacios multifuncionales donde las actividades se comparten o superponen según un conjunto de factores que influyeron en el uso del espacio para fines específicos. En este sentido, debemos señalar que la distribución de los restos arqueológicos sobre los pisos de las unidades habitacionales revela diversos elementos que permiten inferir actividades. Sin embargo, lo que nos llevó a definir

su funcionalidad en una escala con diferentes niveles fue el predominio de ciertos contextos en contraste con la variabilidad de las evidencias. Cabe destacar que los datos obtenidos en las excavaciones del sector de Chupapata, en Wari, constituyen uno de los pocos casos en los que el registro evidencia una gran disturbación durante el proceso de abandono.

La identificación de contextos disturbados, dentro de los espacios arquitectónicos excavados, nos proporciona información sobre la realización de un conjunto de actividades de carácter doméstico. Uno de estos contextos incluye el reconocimiento de áreas utilizadas para la preparación de alimentos. La presencia de elementos como ceniza, cuchillos y raederas de obsidiana, huesos calcinados, piedras calcinadas, huesos de camélidos y fragmentos de vasijas destinados a la preparación y consumo de alimentos, tanto en el interior de uno de los recintos como en una de las esquinas del patio, sugiere que esta área servía como fogón o espacio de preparación y consumo de alimentos.



Unidad habitacional con recintos y un patio con evidencias de actividad doméstica en el sector de Chupapata

El hallazgo de fragmentos de cerámica, que corresponden a cántaros de diferentes tamaños, dispuestos a lo largo de los estratos excavados o en concentraciones, nos indica que en algunas áreas se almacenaron estas vasijas con la finalidad de utilizar como contenedores de líquidos o alimentos para el consumo de los habitantes.

El descubrimiento de diversos instrumentos vinculados a la producción textil, como ruecas o piruros, estiques y separadores de fibras hechos a partir de huesos de camélidos con puntas romas, demuestran que en este sector se dedicaban al procesamiento de la lana y a la elaboración de tejidos. Aunque no se ha determinado la ubicación exacta de esta área, la presencia recurrente de estos artefactos es un indicador evidente de la realización de esta actividad.

La caída de Wari

La decadencia de la capital debió seguir al debilitamiento del poder. Todos los indicios sugieren que durante el siglo X de nuestra era, la capital fue abandonada como resultado de una gran crisis cuyas causas aún no han sido descubiertas. Algunos proponen que, dado que el dominio wari fue imperial y multinacional, la agudización de los problemas internos y externos que enfrentaron los pueblos dominados pudo haber sido el inicio de su declive. En consecuencia, las diferentes regiones se revelaron y se independizaron de la capital.

Otros argumentan que la crisis se originó por la inexperiencia en la gestión de un territorio ecológico tan extenso. Esto, sumado a las pugnas de poder internas, habría desencadenado el colapso. Por último, algunos sostienen que una crisis climática —específicamente una sequía— pudo haber causado una disminución de la población en la capital y en ciertos lugares de la sierra; mientras que, en la costa, la población pudo haber sobrellevado esta situación al desplazar su sede hacia la región.

No se conoce exactamente cómo sucedió, pero las evidencias que se van encontrando describen un escenario de hechos violentos, con saqueos que quedaron patentes en la destrucción y el saqueo masivo de tumbas y pisos de los recintos más importantes, que incluyen intrusiones profundas. Los arqueólogos han interpretado que la caída del Imperio wari se produjo en medio de guerras continuas que llevaron a una masiva movilización de la población. Por ejemplo, el sitio arqueológico de Azángaro, ubicado en el valle de Huanta, parece haber sido abandonado después de un episodio muy violento. Un caso similar se registra en el sitio de Jargampata, cerca de San Miguel en la provincia actual de La Mar. En esta zona, las poblaciones se trasladaron a las zonas altas para protegerse de la continuidad y ferocidad de las guerras que siguieron al ocaso de wari. Un comportamiento similar ocurrió en el valle del Mantaro, donde inmediatamente después de wari, surgieron poblados en las zonas montañosas, situados en los picachos de los cerros.

La caída del Imperio wari parece haber sido un evento violento y posiblemente

marcó la apertura de una época de gran inestabilidad social y política en Ayacucho. Las condiciones de una guerra civil prolongada llevaron a que las poblaciones se establecieran en lugares que les permitieran defenderse y preservar sus vidas. Se había inaugurado una era de gran conflicto. Durante esta nueva época, surgieron los chankas, pero no como el grupo que provocó la caída y destrucción de wari, sino como una expresión de las nuevas condiciones sociales. La caída de wari ocurrió en medio de una guerra intensa que continuó mucho tiempo después. Por lo tanto, si los chankas se ubicaron en las alturas y eran guerreros, fue porque el caos y la guerra civil los obligaron a hacerlo para sobrevivir. Los chankas parecen ser descendientes de los waris que, debido a la violencia secular, se vieron obligados a vivir en condiciones distintas, e incluso opuestas, a las del Horizonte Medio.

Con relación al colapso, podemos mencionar que la decadencia de la capital debió seguir al desgaste del poder. Todos los indicios apuntan a que durante el siglo X de nuestra era, la ciudad de Wari fue abandonada como resultado de una gran crisis, cuyas causas aún están en debate. Algunos proponen que, en la medida que el dominio wari era imperial y multinacional, la agudización de los problemas internos y externos planteados por los pueblos dominados pudo haber sido el inicio de su declive. Por consiguiente, los pueblos de diferentes regiones se revelaron e invadieron la capital, además de declararse independientes. Otros argumentan que se debió a la inexperiencia en la organización de un territorio ecológico tan vasto, y esto —sumado a las pugnas de poder internas— desencadenó el colapso.



Fosas intrusivas en el piso de la parte interna del recinto ceremonial en “D” de Capillapata



Edificio ceremonial con planta circular con evidencias de un gran saqueo por la presencia de intrusiones en el piso

Finalmente, hay propuestas que sugieren la presencia de una crisis climática, en concreto una sequía, que podría haber causado la despoblación de la capital y de algunos sitios en la sierra; mientras que, en la costa, la población pudo haber sobrellevado la situación. El antiguo poder local de Pachacámac aprovechó este contexto y desplazó la sede hacia la costa. Como se puede apreciar, existen diversas propuestas acerca del colapso de este gran imperio, y aún hacen falta más estudios para llegar a una solución concreta.

Ocupación poswari

Por razones que aún deben aclararse, alrededor del año 950-1050 d. C., el Imperio wari comenzó a colapsar y desintegrarse hasta su completa destrucción. Tras su caída, se inició el periodo conocido como Intermedio Tardío, que abarcó desde 1100 hasta 1470 d. C. Esta época se caracterizó por conflictos y aislamiento en todo el mundo andino.

La información arqueológica indica que en la región se encontraban asentados los chankas. Sin embargo, algunos historiadores cuestionan esto; y afirman que existía un conjunto de grupos étnicos que practicaban la deformación craneal como una forma de denotar afiliaciones étnicas basadas en categorías de parentesco, contadas mediante la descendencia (Kurin, 2014).

Las chankas eligieron ubicarse en las zonas elevadas de los cerros, donde sus asentamientos se hallaban aislados y carecían de fuentes de agua cercanas. Estos

establecimientos tenían muros de protección y miradores estratégicos. En conjunto, dichos elementos señalan un periodo de gran convulsión que siguió al colapso de wari, o la etapa poswari. Las sociedades que surgieron después de la caída del Imperio wari fueron producto de la fragmentación del Estado, y muestran signos de conflictos y violencia permanente debido a la inestabilidad política que surgió a raíz del colapso de wari, creando un gran vacío político.

De acuerdo con la información proporcionada por Kurin (2014), durante el Intermedio Tardío, las tasas de traumatismo se incrementaron en comparación con la época wari. Fue un periodo muy violento en la que diferentes comunidades presentaron datos de letalidad y distribución de traumas y heridas, similares entre los hombres y mujeres. Los individuos con modificaciones craneanas sufrieron con notoriedad más herida que otros, siendo víctimas de encuentros violentos y sucesivos. Además, se señala que los patrones de lesiones apuntan a la violencia etnocida al interior de las comunidades durante el Intermedio Tardío.

Hasta hace una década, se sostenía que el área ocupada por la ciudad de Wari no había sido ocupada después y que fue abandonada de manera definitiva. Sin embargo, esta afirmación se cuestionó a raíz de nueva información descubierta en excavaciones arqueológicas. Aunque Bragayrac y González (1991) advirtieron sobre el hallazgo de tumbas del periodo chanka en el sector de Vegachayuq Moqo, no ampliaron en la información y, en algunos casos, atribuyeron entierros encontrados en los nichos de este sector ceremonial a los waris. De modo similar, Solano y Guerrero (1981) reportaron el descubrimiento de un entierro colectivo secundario en las galerías subterráneas del sector de Monqachayuq, al que vincularon en orden cronológico con la época wari. Según la información presentada, se han identificado hasta 87 individuos dentro de una de las galerías, aunque estas se hallaban del todo disturbadas. Del grupo total de individuos, el 73 % eran varones, con una estatura promedio de 1.62 metros, aunque algunos alcanzaban a 1.69 metros. Las mujeres representaban el 26 % del grupo, con una estatura promedio de 1.55 metros y algunas llegaban a 1.63 metros.

Con respecto a las evidencias de patologías y traumas, la información es limitada, ya que mencionan la presencia de solo dos cráneos con deformación tabular oblicua y restos óseos con evidencias de fracturas cicatrizadas. En general, según el estudio de las piezas dentales, se concluye que tenían un buen nivel de nutrición. Un detalle adicional es que no se realizó un fechado mediante radiocarbono, generando una datación cronológica incorrecta, pues comprobó que dichos individuos correspondían a la época poswari.

Durante la última década, las investigaciones realizadas en la urbe metropolitana de Wari, revelaron nueva información contextual sobre entierros conexos a la época poswari; siendo identificados en la región como chankas. Uno de los primeros hallazgos corresponde a un entierro masivo secundario en el mismo sector de Monqachayuq, en el que algunos de los individuos presentaban deformación

craneal. A pesar de que los restos óseos se hallan desarticulados y superpuestos —a excepción de algunas vértebras unidas—, se identificó que estos individuos incluyen niños, hombres y mujeres jóvenes, adultos y ancianos.

La tumba se encontró en un pequeño montículo en el lado norte, casi en el punto medio entre el mausoleo en proceso de construcción y el mausoleo real descubierta por Martha Cabrera en 2015. Apareció casi de inmediato después de retirar las capas superficiales y no tiene una gran profundidad. Consiste en una fosa alargada de forma irregular y orientada de sur a norte, que mide 4.80 metros de largo por 2.50 metros de ancho. Presenta una concavidad no muy profunda, de 90 cm a 1.10 metros. Según el informe preliminar presentado por Tiffany Tung (2017), se determinó que había al menos 69 individuos identificados a partir de la presencia de 56 cráneos completos y 69 húmeros, que atañían en su mayoría a adultos, seguidos por adolescentes y niños. Desde el punto de vista cronológico, concierne a la segunda mitad del Intermedio Tardío y no se relaciona con la población wari, ya que el sitio reutilizó 300 años después del colapso de la ciudad.

El dato que llama la atención es que hay una alta frecuencia de trauma en los restos óseos humanos, lo que sugiere que fueron víctimas de una masacre, ya que más del 35 % de la población adulta y más del 20 % de los niños presentan traumatismo craneal *perimortem*. Además, la presencia de marcas de corte en un gran porcentaje de los huesos lleva a la propuesta de que los cuerpos se desmembraron y los músculos eliminados de manera intencional. En este contexto, se plantean dos posibles interpretaciones. La primera propone que esto podría corresponder a un tratamiento mortuorio único donde los cuerpos fallecidos se desmembraron, extrayendo todo el tejido muscular. La segunda interpretación es que podría tratarse de una posible práctica de canibalismo, donde la eliminación intencional de los músculos podría haber tenido como objetivo su consumo (Tung 2017).

Un detalle adicional es la presencia de varios restos óseos que tenían pintura de color verde y rojo, lo que podría indicar algún tipo de tratamiento corporal o ritual con cinabrio en el momento del reentierro. Además de los restos humanos, se recuperaron escasos restos óseos de camélidos, pequeñas cuentas circulares de caracol terrestre y cuatro botellas de acabado tosco, así como dos pequeñas ollas y una escudilla de base redondeada: asociados al entierro.

Según la información preliminar disponible, es probable que se trata de un reentierro del Intermedio Tardío. Esta práctica parece estar respaldada por evidencia empírica consistente en varios sectores de la antigua ciudad de Wari. El hecho de volver a enterrar a sus muertos en una fosa alargada e irregular, sin mucha preparación evidente, sugiere que se trató de un acto muy breve y apresurado. Sin embargo, por el momento, aún no encontramos una respuesta a la interrogante de por qué llevaron a sus muertos a la ciudad de Wari para su reentierro.

Otra evidencia de la ocupación poswari se encontró en el sector de Chupapata, ubicado dentro del «área sagrada» de Wari. Este sector, al parecer, forma parte

de un extenso conjunto funerario que incluye diversos tipos de tumbas, desde las simples excavaciones en la roca madre hasta mausoleos elaborados con bloques de roca ensamblados con precisión. A pesar de haber sido considerado como uno de los tantos sectores de la urbe metropolitana de Wari, parece ser que en realidad se trata de un área funeraria cortada en dos por la carretera Ayacucho-Quinua, que atraviesa un espacio lateral de la ciudad.

La presencia de este tipo de estructuras con bloques sólidos de piedra que forman una especie de cámaras no se limita a un solo sector, sino que también se halla en otros lugares como Cheqo Wasi y Chupapata. En Cheqo Wasi, investigado por Tello y Benavides, estas estructuras presentan de dos a tres niveles superpuestos y se accede a ellas mediante un pequeño vano. Lo que resulta peculiar es que estas cámaras se rodean de recintos construidos con piedra y barro, que se enlucieron y muestran evidencias de pintura.

En el caso de Chupapata, aunque hay dos cámaras funerarias, estas son de menor envergadura en comparación con las de Cheqo Wasi. Hasta el momento, solo se identificaron dos cámaras funerarias en Chupapata, separadas por recintos de menor tamaño que se encuentran en el interior de las cámaras. Es posible que primero se construyeran las cámaras funerarias y, luego, los espacios que las rodean, como elementos de protección y para llevar a cabo rituales funerarios.

A medida que se excavaba, se pudo comprobar que las cámaras funerarias habían sido saqueadas. Pese a la depredación de las tumbas en el interior, nos sorprendió descubrir entierros secundarios de individuos adultos que tenían algunos objetos asociados; los cuales están vinculados a una etapa tardía o poswari, junto con objetos de piedra semipreciosa que corresponden a la época wari. Los restos óseos humanos, si bien conservaban parte de su estructura anatómica, se hallaban en mal estado de preservación.

La presencia de entierros secundarios poswari plantea interrogantes que superan nuestras respuestas. Aún no hemos logrado comprender por qué los poswaris volvieron al sitio con sus momias y las volvieron a enterrar, ya sea utilizando las antiguas tumbas o improvisando sepulturas en recintos o fosas comunes. ¿Es posible que se tratara de los ancestros de los waris que abandonaron la ciudad debido a las circunstancias obligadas y que, después de muchas décadas, los hayan regresado al sitio con el fin de continuar venerando a sus ancestros o demostrar alguna ascendencia que les permitiera reclamar como herederos las tierras donde habitaron sus antepasados?

La presencia de una parte de un ajuar funerario que al parecer perteneció a una tumba wari y fue extraída para su resguardo y uso posterior, es un dato interesante a tomar en cuenta. Lo cierto es que se encontraron parte de un ajuar funerario wari en una tumba poswari, junto con objetos propios de estos grupos. En efecto, las excavaciones realizadas en una de las cámaras funerarias nos permitieron obtener información sobre la presencia de entierros secundarios tardíos; sobre todo

en el interior de una de las cámaras que, en la parte baja, contenía productos, como cuentas de crisocola, lapislázuli, spondylus e *illas* que correspondían a una clara manufactura wari. Frente a ello, cabe preguntarse si estos individuos enterrados o los miembros de estas comunidades fueron los responsables del saqueo masivo de las tumbas en la ciudad de Wari.

Dentro de la información empírica que se presenta sobre los sectores con evidencias de ocupación poswari, encontramos otro sector denominado Capillapata. En este lugar, se llevó una excavación de otra edificación ceremonial que presentaba una planta en forma de una «D»; esta, además, se hallaba asociada a un conjunto de recintos de carácter residencial, a lo mejor vinculado al culto religioso.

Se trata de hasta tres recintos de planta rectangular en cuyo interior o muy cerca del acceso se depositaron cuerpos, con hasta ocho individuos concentrados, presentando parte de la estructura anatómica completa; mientras que en otros se agruparon los restos óseos para su posterior reentierro. El indicador principal para su identificación cronológica es la asociación con objetos de cerámica muy burdos que corresponden al Intermedio Tardío. Varios cráneos se hallaban desarticulados del cuerpo y ubicados cerca de los restos óseos. Para su ubicación, al parecer, limpiaron y habilitaron un espacio donde colocaron los restos de manera indistinta en el interior de los espacios arquitectónicos. Aún no se ha determinado el sexo, la edad, ni los posibles traumas que pudieron haber sufrido, pero este es otro claro ejemplo de tumbas poswari.

Finalmente, para cuestionar la idea de que las tumbas poswari solo volvieron a ser sepultadas en áreas sagradas, se presenta el caso del sector del cerro San Cristóbal. En este lugar no solo se encontraron un par de tumbas poswari dentro de estructuras arquitectónicas, sino que también remodelaron el conjunto habitacional y utilizaron como viviendas. Además, les añadieron su sello particular de residencias de planta circular fuera del conjunto.

El sector de cerro San Cristóbal se ubica al sur del Complejo Arqueológico de Wari, dentro de los límites de la ciudad de Wari. Se asienta sobre un montículo natural con pendiente, el cual fue adaptado a través de terrazas, donde se construyeron viviendas de planta rectangular y cuadrangular; además, se edificaron empleando mampostería ordinaria, así como piedras de diferentes tamaños y formas irregulares unidas con mortero de barro. Asimismo, se pueden encontrar estructuras de diferentes tamaños (pequeñas, medianas y grandes), que incluían áreas para los depósitos o almacenes y la preparación de alimentos, así como patios, zonas de descanso, sistemas de drenaje, pasadizos y espacios de enterramiento. En estos sitios, se pueden distinguir dos tipos de contextos funerarios, incluyendo cistas y cámaras funerarias, que datan de la época wari. Durante el periodo de reocupación, se remodelaron los ambientes existentes y se construyeron dos nuevos recintos de planta circular, correspondientes al Intermedio Tardío.

En este sector, se puede afirmar con certeza, hasta el momento, que hubo una

ocupación breve y focalizada en instalaciones del periodo wari. Aún no podemos afirmar cuáles fueron las motivaciones de su presencia en el sitio, sobre todo en un área periférica ubicada en el extremo sur de la metrópoli urbana de Wari.

Ahora bien, se puede aseverar con seguridad que el Complejo Arqueológico de Wari fue reocupado durante la etapa del Intermedio Tardío por un grupo de pobladores; sobre todo en sectores focalizados, donde desarrollaron su vida cotidiana utilizando las instalaciones de la época wari. Por otro lado, hay evidencias de un reentierro de muchos individuos, por lo general de uno, como es el caso de Vegachayuq Moqo, o de dos a cuatro, en los sectores de Capillapata y Chupapata, así como entierros colectivos, como en el caso del sector de Monqachayuq. No cabe duda de que estos hallazgos estén vinculados con el culto a sus ancestros, una práctica generalizada en el antiguo Perú. Esta práctica se basaba en la creencia en una nueva forma de existencia que podía contribuir o coadyuvar en el destino de los vivos.

El descubrimiento de elementos materiales vinculados a un periodo posterior, que ocurrió después del colapso del Imperio wari; en particular de tumbas que —al parecer— fueron trasladados de otros lugares hacia la ciudad metropolitana, nos proporciona indicios claros acerca de temas relacionados con la memoria y los ancestros.

El culto a los ancestros no fue una práctica ajena a los grupos humanos del Intermedio Tardío, ya que posee una larga profundidad histórica. Los difuntos eran quienes cuidaban a la comunidad, el grupo familiar o sus parientes directos. Ellos buscaban establecer relaciones armoniosas entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

Podríamos decir que los antepasados definen a la comunidad, le confieren identidad y legitimaban la posición de tierras y recursos, protegiendo a sus miembros de injerencias externas. Por lo tanto, el culto al ancestro fue de gran importancia, y para ello, era necesario tratar adecuadamente los cuerpos de los difuntos, considerados como objetos sagrados a los que debían realizar ofrendas continuas en ceremonias rituales.

De lo mencionado, nos interesa ante todo el aspecto vinculado a la identidad y la posesión de bienes. La presencia de restos humanos de la etapa poswari, que según parece se llevaron hacia la metrópoli de Wari desde otros lugares, está relacionada con cuestiones de memoria que los vincularían con sus antepasados. Estos ancestros se vieron obligados a emigrar hacia otros sitios por motivos de seguridad, ya que la ciudad enfrentaba una gran inestabilidad y estaba siendo asediada por sus enemigos. Aún existen hipótesis que no han sido confirmadas en relación con la descendencia de los chankas. Algunos investigadores proponen que los chankas fueron los herederos de los antiguos waris, mientras que otros sugieren que podrían ser grupos procedentes de otras partes que llegaron para saquear la ciudad y se establecieron en puntos estratégicos.

Si la primera propuesta fuera válida, estaríamos frente a un tema de descen-

dencia en el que los grupos del Intermedio Tardío de la región se considerarían como los herederos de los antiguos waris, ya que compartirían una misma identidad. El traslado de los difuntos hacia la ciudad de Wari constituiría una señal de que, como descendientes, les corresponden las tierras y bienes que dejaron sus antepasados. Por lo tanto, la presencia de los ancestros enterrados en la ciudad estaría legitimando la propiedad que heredaron de sus antepasados.

Aún faltan argumentos sólidos que puedan respaldar esta hipótesis. Creemos que es necesario llevar a cabo estudios de genética para determinar si los entierros poswari encontrados en la ciudad de Wari tienen afinidades con los antiguos habitantes. Además, es fundamental contar con fechados radiocarbónicos que pueden indicarnos cuándo se trasladaron a la ciudad de Wari. Hasta el momento, disponemos de una datación que necesita ser reforzada, ya que se establece al año 1370 como la fecha para los restos óseos encontrados en el sector de Monqachayq.



Vista en primer plano de recintos circulares de la época poswari junto a edificaciones de conjuntos habitacionales en el sector de Cerro San Cristóbal

Tumbas secundarias colectivas enterradas en una fosa cerca al mausoleo real con pasadizos



Entierros secundarios de la época poswari al interior de recintos rectangulares ubicados en la parte externa del recinto ceremonial con plomadas



Vasija poswari asociado a entierro secundario en la parte externa de una cámara funeraria en el sector de Chupapata





Vasijas asociadas al entierro colectivo secundario
en el sector de Monqachayuq



Fragmentos de cerámica de la época poswari encontrados al interior
de unidades domésticas del sector cerro San Cristóbal

Referencias Bibliográficas

- Arnold, D. (1975). Ceramic ecology of the Ayacucho basin. Perú: Implications for prehistory. *Current Anthropology* 16, 183-205.
- Benavides, M. (1984). *Caracter del estado Wari*. Ayacucho: Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.
- Benavides, M. (1991). Cheqo Wasi, Huari. En W. I. McEwan (Ed.), *Huari administrative structure. Prehistoric Monumental Architecture and State Government* (págs. 55-69). Washibgton D.C.: Dumbarton Oaks Research.
- Bennett, W. (1953). *Excavations at Wari, Ayacucho. Perú*. New Haven: Yale University.
- Bragayrac, E. (1991). Archaeological Excavations in the Vegachayoq Moqo Sector of Huari. En W. a. Isbell (Ed.), *Huari Administrative Structure. Prehistoric Monumental Architecture and State Government* (págs. 71-80). Washington D.C.: Dumbartom Oaks.
- Bragayrac, Enrique; González, Enrique. (1991). Archaeological Excavations in the Vegachayoc Moqo Sector of Huari. En W. I. McEwan (Ed.), *Huari Administrative Structure: Prehistoric Monumental Architecture and State Government* (págs. 71-80). Washington: Dumbartom Oaks .
- Brewster-Wray, C. (1990). *Moraduchayuq: An administrative compound at the site of Huari, Perú*. Binghamton, New York: Universidad estatal de Nueva York.
- Cabrera Martha; Ochatoma, José. (2019). Arquitectura funeraria y ritual en el sector de Monqachayuq, Wari. *Anthropological Institute, Nanzan University*, 46-92.
- Canziani, J. (2017). *Ciudad y territorio en los andes. Contribuciones a la historia del urbanismo prehispánico*. Lima: Pontifica Universidad católica del Perú.
- Chacaltana, Sofia; Nash, Dona. (2009). Análisis de las ofrendas en los Andes Sur Centrales. Las ofrendas como tradición de origen prehispánico: El caso de Cerro Baúl, Valle Alto de Moquegua. En *Andes No 7* . Lima: Boletín del Centro de estudios Precolombinos de la Universidad de Varsovia.
- Cieza de León, P. (1984). *La crónica del Perú*. Lima: Ediciones PEISA.
- Cook, A. (2001). Huari D - Shaped Structures, Sacrificial Offerings and Divine Kingship. En B. y. (editores), *Ritual Sacrifice in the Ancient Peru* (págs. 137-163). Austin: University of Texas Press.
- Cook, A. (2001). Las deidades huari y sus orígenes altiplánicos. En B. C. Perú, *Los dioses del Antiguo Perú. Tomo II* (págs. 39-65). Lima: Banco Crédito del Perú - Colección Arte y Tesoros del Perú.
- Flores, J. (1977). Aspectos mágicos del pastoreo. En *Pastores de puna, Uywmichiq punarunakuna* (págs. 211-233). Lima: Instituto de estudios Peruanos.

- Fonseca, Javier; Brian Bauer. (2020). *The Wari Enclave of Espiritu pampa*. California: UCLA Cotsen Institute of Archaeology Press.
- Gil, F. (2002). Donde los muertos no mueren. Culto a los antepasados y reproducción social en el mundo andino. Una discusión orientada a los manejos del tiempo y el espacio. *Anales del Museo de América*(10), 59-83.
- Gonzáles, Enrique y Jorge Soto. (2004). *Una ofrenda Wari. Cuadernos de investigación. Serie Arqueología No 2. 2da Epoca* . Lima: Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú.
- González, E. (2007). *Historia Prehispánica de Ayacucho*. Lima: Lluvia Editores.
- Huapaya Cirilo. (2014). Expedición Arqueológica: Lima-Junín-Huancavelica-Ayacucho-Apurímac-Cusco. En C. d. Tello, *Expedición al Vilcamayo, 1942. Primera Parte: Sierra Central y Cusco* (págs. 297-366). Lima: Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Isbell, W ; Cook, A. (2002). A New Perspective on Conchopata and the Andean Middle Horizon. En S. e. (editores), *Andean Archaeology II* (págs. 249-305). New York: Kluwer Academic/ Plenum Publishers.
- Isbell, W. (1988). El origen de estado en el valle de Ayacucho. *Revista Andina No1, Centro Bartolome de las Casa*(Año 3), 57-106.
- Isbell, W. (1991). Huari administration and the orthogonal cellular architecture horizon. En W. I. (editors) (Ed.), *Huari administrative structure: Prehistoric Monumental Architecture an State Government* (págs. 293-315). Washington D.C.: Dumbarton Oaks.
- Isbell, William y Cook, Anita. (2002). A New Perspectives on Conchopata an the Andean Middle Horizon. En W. I. Silverman (Ed.), *Andean Archaeology II* (págs. 435-467). Ney York: Springer.
- Kaulicke, P. (1997). La muerte en el antiguo Perú. Contextos y conceptos funerarios: Una introducción. *Boletín de Arqueología PUCP, Vol. 1*, 7-54.
- Kaulicke, P. (2001). Vivir con los ancestros en el antiguo Perú. En L. M. Kapsoli (Ed.), *La memoria de los ancestros* (págs. 25-61). Lima: Editorial Universitaria.
- Kurin, D. (2014). Los impactos biosociales del colapso wari. En U. N. Arguedas (Ed.), *Investigaciones arqueológicas y antropológicas en los andes centrales, sud-centrales: historia, cultura y sociedad* (págs. 67-88). Andahuaylas.
- Larco, R. (1948). *Cronología Arqueológica del norte del Perú*. Trujillo: Biblioteca del Museo Arqueológico Rafael Larco Hoyle Herrera.
- Lumbreras, L. (1974). *Las Fundaciones de Huamanga. Hacia una prehistoria de Ayacucho*. Lima: Editorial Nueva Educación.
- Lumbreras, L. (1980). El imperio Wari. En J. M. Baca, *Historia del Perú II* (págs. 9-91). Lima: Juan Mejía Baca.

- Lumbreras, L. (1980). El imperio Wari. En *Historia del Perú. Tomo II* (págs. 9-91). Lima: Juan Mejía Baca.
- Lumbreras, L. (2007). *El imperio Wari*. Lima: Ediciones Altazor.
- Lumbreras, L. (2013). Introducción. En S. E. Berg, *Wari Lords of the Ancient Andes* (págs. 1-3). Cleveland: Cleveland Museum of Art.
- Lumbreras, Luis; Cisneros, Leonor. (1980). Los orígenes de la guerra y el ejército en el Perú. En L. Lumbreras, *Historia general del ejército peruano. Los Orígenes* (págs. 239-410). Lima: Talleres de Imprenta del Ministerio de Guerra.
- Meddens, Frank y Cook, Anita. (2001). La administración Wari y el culto de los muertos: Yako, los edificios en forma de “D” en la sierra surcentral del Perú. En *Wari, Arte Precolombino Peruano* (págs. 213-228). Sevilla, España: Fundación El Monte.
- Mejía Xesspe, Toribio. (2014). Viking Fund Inc. Expedición Arqueológica Peruana al Cusco 1942. Tomo I. En C. d. Tello, *Expedición al Vilcamayo, 1942. Primera Parte: Sierra Central y Cusco* (págs. 31-140). Lima: Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad Mayor de San Marcos.
- Menzel, D. (1968). *La cultura Huari. Las grandes civilizaciones del antiguo Perú. Tomo VI*. Lima: Compañía de Seguros y Reaseguros Peruano Suiza. Lima.
- Ñacari, M. (2019). *El rol del fuego en el área ceremonial de Vegachayuq Moqo-Wari (600-1000 d.C.): una aproximación a partir de los restos forestales y contenedores portátiles*. Universidad Nacional de Trujillo: Tesis de maestría.
- Ochatoma, J. (2007). *Alfareros del imperio Huari. Vida cotidiana y áreas de actividad en Conchopata*. Lima: Cano Asociados SAC.
- Ochatoma, J.; Cabrera, M. y Mancilla C. (2015). *El Área Sagrada de Wari. Investigaciones arqueológicas en vegachayuq Moqo*. Lima: Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.
- Ochatoma, José y Cabrera Martha. (2002). Religious Ideology and military organization in the of a D-shaped ceremonial precinct at Conchopata. En H. S. Isbell (Ed.), *Andean Archaeology II* (págs. 225-247). New York: Kluwer Academic Press.
- Ochatoma, José y Cabrera Martha. (2010). Los espacios de poder y el culto de los ancestros en el imperio Huari. En *Señores de los Imperios del Sol* (págs. 129-141). Lima: Banco de Crédito del Perú.
- Ochatoma, José y Cabrera, Martha. (2000). Arquitectura y áreas de actividad en Conchopata. En P. K. Isbell (Ed.), *Huari y Tiwanaky: Modelos VS evidencias. Primera Parte* (págs. 449-488). Lima: Boletín de Arqueología PUCP No 4.
- Ochatoma, José; Cabrera, Martha y Yoliño Vega. (2022). Evidencias de ocupación

- Huarpa en Vegachayuq Moqo- Wari: Análisis estilístico de la cerámica. En *Wari: Nuevos aportes y perspectivas* (págs. 47-74). Ayacucho: Editores Pres.
- Pérez, I. (2000). Estructuras megalíticas en el complejo Huari. Huari y Tiwanaku: Modelos vs Evidencias. *Boletín de Arqueología PUCP*(No 4), 505-547.
- Pérez, I. (2000). Estructuras megalíticas funerarias en el complejo Huari. *Boletín de Arqueología, Pontificia Universidad Católica del Perú*(No 4), 505-547.
- Pérez, Ismael (2010). Canales, acueductos, reservorios, qochas y puquiales que abastecían de agua a la metrópoli Wari. 103-128. En *Arqueología y Desarrollo. Experiencias y posibilidades en el Perú*. Luis Valle (editor). Ediciones SIAN. Lima.
- Pérez, Ismael; Gallardo, Alexander. (2012). Estudio del material textil procedente de una tumba disturbada en Wari, Ayacucho. *Investigaciones Sociales, Vol.16 Universidad nacional Mayor de San Marcos. Lima*(No 28), 155-165.
- Pozzi-Escot, D. (1991). Conchopata: A Community of potters. En W. I. McEwan, *Huari Administrative Structure: Prehistoric Monumental Architecture an State Government* (págs. 81-92). Washington: Dumbarton Oaks.
- Roca, Fermín y Sicha, Marimar (2019) Rescate arqueológico en Tantaorqo, Paucaycasa. Análisis de cerámica. Informe inédito de Prácticas preprofesionales para optar el Grado Académico de Bachiller en Arqueología. Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga. Ayacucho
- Rowe, J. (1959). Cuadro cronológico de exploraciones y descubrimientos en la Arqueología Peruana. *Arqueológicas 4. Museo Nacional de Antropología y Arqueología*.
- Schreiber, K. (2010). Los centros administrativos huari y las manifestaciones físicas del poder imperial. En *Señores de los imperios del sol* (págs. 153-161). Lima: Banco de Crédito del Perú.
- Schreiber, Katharina; Matthew Edwards. (2010). Los centros administrativos huari y las manifestaciones físicas del poder imperial. En K. (. Makowski, *Señores de los imperios del sol* (págs. 152-161). Lima: Banco de Crédito del Perú.
- Schiffer, M. (1988). ¿"Existe una premisa de Pompeya" en arqueología? *Boletín de Antropología Americana, Instituto Panamerica de Geografía e Historia. México*(19), 5-31.
- Shady, R. (1988). La época Huari como interacción de las sociedades regionales. *Revista Andina No 6*, 67-133.
- Solano, F., & Guerrero, V. (1981). *Estudio arqueológico en el sector de Monqachayuq - Wari*. Ayacucho: Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.

- Tiesler, V. (1996). Los entierros del sitio de Wari. Estudio de una población prehispánica. En E. G. (editor), *El templo mayor en la ciudad de Wari. Estudios arqueológicos en Vegachayuq Moqo- Ayacucho* (págs. 111-135). Ayacucho: Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.
- Tossi, J. (1960). *Zonas de vida natural en el Perú*. Lima: Instituto Interamericano de Ciencias Agrarias.
- Valdez, Lidio y Valdez, Ernesto. (1998). Inkapayarqan: Un canal en las punas de Ayacucho. En Boletín de Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. 4-9. Año 1 No 6. Lima
- Williams, C. (2001). Urbanismo, arquitectura y construcción en los Waris: Un ensayo explicativo. En *Wari. Arte Precolombino Peruano* (págs. 59-98). Sevilla, España: Fundación El Monte.
- Williams, Patrick; Isla, Jhony. (2002). Investigaciones Arqueológicas en Cerro Baúl, un enclave Wari en el valle de Moquegua. *Gaceta Arqueológica Andina. Instituto Andino de Estudios Arqueológicos*(26), 87-120.

WARI: Precursores de los imperios andinos
se terminó de imprimir en noviembre de 2023 en
los talleres gráficos de **Producciones estratégicas**
Urb. María Parado de Bellido Mz. K-13
Ayacucho - Perú



Wari fue un imperio que abarcaba casi todo lo que hoy llamamos Perú. Ese imperio compartía muchas de las mismas características que el imperio inca: una gran capital donde se concentraba el poder, como era el caso de la capital inca de Cusco; centros administrativos de diversos tamaños en toda la región; el Wariñan, una red de caminos similar al sistema vial inca que conectaba nudos importantes a lo largo del imperio y facilitaba el transporte y la comunicación; un ejército jerarquizado con probables órdenes militares; una religión compleja basada en la deidad de los báculos patrocinada por el estado. Al igual que los incas posteriores, el imperio wari parece haber mantenido talleres textiles y de cerámica controladas por el estado, utilizado un sistema de registro y contabilidad basado en el uso de quipus. Para ello, creó símbolos de poder como los templos, palacios y mausoleos con una arquitectura monumental y una extraordinaria variedad de obras de arte.

